



MANUEL ALFONSECA

El viaje de Tivo, el Arriesgado



Libro primero de las
Crónicas del Rompecabezas Más Lectulandia

En el lejano país de Tiva, el rey Tivo descubre que la única manera de salvar a su prometida Aguamarina es encontrar una de las piezas perdidas del Rompecabezas Mágico.

Lectulandia

Manuel Alfonseca

El viaje de Tivo, el Arriesgado

Crónicas del Rompecabezas Mágico-1

ePub r1.0

fenikz 22.08.15

Manuel Alfonseca, 1986
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA ENFERMEDAD DE LA PRINCESA

Tivo, rey de Tiva, estaba triste. Acababan de comunicarle la noticia de que su prometida, la princesa Aguamarina de Itin, se encontraba gravemente enferma. Es verdad que no la había visto más de media docena de veces en toda su vida, pero desde que ambos nacieron se había dado por supuesto que algún día se casarían. Los dos jóvenes aceptaron este enlace sin discusión, pues desde niños se habían llevado muy bien en las raras ocasiones en que estuvieron juntos. La distancia entre Tiva e Itin era tan larga, los caminos tan malos y peligrosos, que muy importante había de ser, en verdad, el motivo que obligara a una de las partes a emprender el viaje. La boda del rey con la princesa debía celebrarse cuando Tivo alcanzara la mayoría de edad.

Y ahora, inesperadamente, Aguamarina caía enferma. Los médicos de Itin se declararon impotentes para vencer el mal que la aquejaba y pidieron consejo a sus colegas más famosos del reino, algunos de los cuales estaban ya en camino para estudiar su caso.

Tivo no podía resistir la inactividad y decidió marchar. Inútil fue que Taria se opusiera y razonara que su viaje sería en vano, pues nada podría hacer por Aguamarina. Taria era el regente que se ocupó de la administración del reino cuando murió el padre de Tivo, y que le haría entrega de sus poderes cuando fuera mayor de edad. Siempre se había llevado bien con él, pues era un hombre muy agradable, amigo de bromas y amante de los niños. Pero Tivo era un muchacho muy testarudo, incapaz de seguir los consejos de nadie, una vez que había tomado una decisión. Por ello siguió adelante con los preparativos de su viaje.

Pero no iría solo. Larsín, su viejo maestro, iba a acompañarle. Tivo tenía gran confianza en Larsín, que le había educado desde que era muy niño y le había enseñado casi todo lo que sabía. Siempre acudía a él cuando se encontraba en dificultades o necesitaba consejo. En este caso, a pesar de la oposición de Taria, Larsín le aconsejó marchar. El anciano tenía el presentimiento de que la presencia de Tivo en Itin sería, no ya conveniente, sino esencial para la curación de la princesa.

Por fin llegó el momento de la partida. Apenas despuntó la mañana del día fijado, el rey y su reducido séquito salieron de la capital a lomos de sus caballos. Tan pronto cruzaron el puente sobre el río Duca, en cuya margen izquierda se levanta la ciudad, perdieron de vista a ésta. Tivo no sintió ninguna emoción especial. Ignoraba que

habría de correr muchas aventuras y peligros antes de volver allí.

La ciudad de Itin se encuentra muy cerca de la frontera suroeste del reino de Tiva, en la costa del mar de la Cinta. La distancia que la separa de la capital por el camino más corto es de unos seiscientos kilómetros. Al principio siguieron la margen derecha del río Duca casi hasta su nacimiento, en las estribaciones de los montes Latios, que constituyen la frontera occidental del reino. Ya avanzado el quinto día de viaje el camino que seguían se separó del río, bordeando las montañas en dirección sur. Desde hacía más de un siglo la paz reinaba en el país de Tiva, no siendo frecuente encontrar bandoleros y otros malhechores, por lo que no les ocurrió a los viajeros nada digno de especial mención hasta que llegaron a los últimos bastiones de la cordillera. A partir de este punto el camino se dirigía casi en línea recta hacia Itin, que sólo distaba ya unos doscientos kilómetros.

Corría la hora octava del undécimo día de viaje, cuando dos de los acompañantes del rey, que avanzaban algo destacados en función de vigilancia, regresaron súbitamente.

—Se acerca un jinete, Majestad —dijo el primero al llegar junto a Tivo.

Todo el grupo se detuvo y aguardó. Pronto pudieron oír el rumor de los cascos de un caballo que se aproximaba al galope. Unos momentos después apareció a su vista el jinete, que vestía la librea de la casa de Itin. Tivo le reconoció: se trataba de un noble caballero, llamado Cuinto, en quien el príncipe de Itin tenía gran confianza y que participaba activamente en las reuniones de su consejo privado.

Al divisar el grupo que le aguardaba, el recién llegado se detuvo. Pero, al percibir al rey, apareció en su rostro una expresión de sorpresa, espoléó a su caballo y se acercó. Cuando habló lo hizo con dificultad, casi sin aliento.

—Me sorprende veros aquí, Majestad. No teníamos noticia de vuestro viaje.

—En efecto —respondió Tivo—. Partimos con cierta precipitación y no nos dio tiempo a enviar aviso a Itin. ¿Cuál es tu misión? Muy urgente debe ser, a juzgar por la rapidez de tu marcha.

—Hace tres días salí de Itin con un mensaje para vos. La princesa Aguamarina está peor. Los médicos no pueden hacer nada por ella. Dos días antes de mi partida perdió el conocimiento y no ha vuelto a recuperarlo. El príncipe de Itin solicita vuestra presencia, puesto que el desenlace fatal se considera inminente. Pero veo que mi viaje ha resultado inútil, pues ya os habíais puesto en camino, aún sin conocer la desesperada situación de la princesa.

—Malas son las noticias que me traes, amigo mío. Pero ahora debemos apresurar la marcha. Quisiera encontrar viva a Aguamarina.

Durante los tres días siguientes, los viajeros se detuvieron únicamente el tiempo indispensable para no agotar totalmente a sus caballos. Gracias a ello consiguieron llegar a su destino a la puesta del sol del día decimocuarto desde que partieron de Tiva. Ninguna comitiva salió a su encuentro en las afueras de Itin. La tristeza reinaba por doquier en la ciudad.

—Tengo el presentimiento de que llegamos tarde —susurró Tivo a Larsín, que cabalgaba a su lado.

Cuando el grupo se detuvo a la puerta del palacio del príncipe de Itin, avanzó hacia ellos un soldado de la guardia. Cuinto desmontó, le saludó y habló con él unos momentos en voz baja. Luego se volvió al rey.

—¿Qué noticias hay? —preguntó éste.

—Parece ser que no ha habido ninguna novedad, Majestad. La princesa continúa inconsciente y el príncipe no se separa de su lecho. Por eso no ha salido a vuestro encuentro.

—Pasemos entonces a presentarle nuestros respetos. Además, quiero ver a la princesa.

Una hora más tarde, Tivo y su maestro se reunieron en las habitaciones del primero. Tan pronto se encontraron a solas, el rey dijo:

—No me gusta su aspecto. Tiene un extraño tono verdoso en la cara. ¿Crees que va a morir?

—Creo que la princesa no corre peligro inmediato —repuso Larsín—. Los síntomas de su enfermedad son evidentes.

La sorpresa de Tivo al oír estas palabras fue enorme.

—¿Cómo puedes saber tú lo que tiene, cuando los mejores médicos de Tiva no conocen su mal?

—No me extraña. Hace muchos siglos que el reino se ha visto libre de esta enfermedad. Sólo se la menciona en antiguas leyendas que a mí siempre me ha gustado investigar. No sólo he reconocido el mal de la princesa, sino que sé cual es el único remedio que puede curarla. Desgraciadamente será casi imposible obtenerlo.

—No comprendo por qué no mencionaste esto a los médicos que cuidan a Aguamarina —dijo el rey—. Tal vez ese remedio no sea tan difícil de fabricar como tú crees.

—No se trata de una medicina ordinaria, sino de un objeto que se perdió hace mucho tiempo y que sería totalmente imposible reconstruir.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Larsín miró a Tivo fijamente, como si dudara en descubrir su secreto. Cuando por fin habló, lo hizo lentamente y con solemnidad, como si estuviera pronunciando un discurso. Dijo así:

—La princesa permanecerá indefinidamente en el estado en que se encuentra, a menos que se la ponga en contacto con una de las piezas del rompecabezas mágico.

—¿El rompecabezas mágico? —exclamó Tivo—. Nunca oí hablar de él.

—Se trata de una historia muy antigua —explicó Larsín—. Todo comenzó en tiempos de Tivo el Grande, fundador del reino de Tiva. Cierta objeto precioso, no se sabe exactamente cuál, había sido puesto bajo su custodia, pero él no supo conservarlo. Su esposa, la reina Albaloa, a la que quería muchísimo, murió al dar a luz a su tercera hija. Desconsolado y furioso, el rey arrojó el objeto mágico contra el

suelo, rompiéndose en siete pedazos. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, Tivo el Grande se arrepintió e intentó reconstruirlo pegando las piezas entre sí, pero fracasó: no supo encajarlas adecuadamente.

—¿No fue capaz de resolver un rompecabezas de sólo siete piezas?

—Recuerda que el objeto tenía propiedades mágicas. Es posible que, en el instante de romperse, sus trozos se reblandecieran y cambiaran de forma, endureciéndose después. Sea como sea, ni el rey ni sus sucesores lograron unirlos adecuadamente, a pesar de que se ofrecieron grandes premios a quien fuera capaz de resolver el problema.

—¿Dónde están las piezas del rompecabezas? —preguntó Tivo.

—Fueron perdiéndose a lo largo de los siglos. La primera desapareció misteriosamente durante el reinado del cuarto rey de Tiva. La segunda fue entregada por el rey Elavor I a Illin, príncipe de Itin, como rescate a cambio de la mano de su hermana, Eleana, con quien deseaba contraer matrimonio. Veintiocho años más tarde Illin, que no se separaba jamás de la pieza, desapareció en el gran bosque durante una expedición de caza. Ni él ni sus acompañantes reaparecieron jamás. Pocos años antes se había perdido la tercera, cuando el rey Tivo III el Inconsciente fue aniquilado junto con su ejército durante una campaña contra los nómadas de la estepa. La cuarta se hundió en el mar, durante la gran batalla naval del año 155 de la fundación de Tiva.

»Después de estos hechos hubo más de un siglo de tranquilidad, hasta la gran invasión de los nómadas de la estepa, que tuvo lugar en el año 273. El rey Tivo VII y el príncipe de Itin perecieron durante una batalla decisiva ante las puertas de la capital, que fue tomada por los invasores. No fue posible expulsarlos de allí hasta doce años más tarde y, para entonces, la quinta pieza del rompecabezas había desaparecido.

»Hace tres siglos y medio tuvo lugar la triste historia de amor del rey Duva. De joven hizo un largo viaje por países muy lejanos, donde conoció a Laurin, hija del rey de Tacta, y se enamoró de ella. Pero el padre de la muchacha se negó a darle su consentimiento a menos que le entregara uno de los objetos mágicos cuya fama se había extendido por todo el mundo conocido. Duva regresó apesadumbrado, pues sabía que su tío, entonces rey de Tiva, se negaría a desprenderse de ninguna de las dos piezas que quedaban.

»Diez años más tarde murió el rey sin descendencia y Duva ocupó el trono. No había olvidado su gran amor e inmediatamente decidió partir con el rescate de Laurin. Pero su deseo no estaba destinado a cumplirse. Durante la travesía del desierto, la comitiva fue atacada por unos seres monstruosos que se apoderaron del rey y de la sexta pieza del rompecabezas. Sólo uno de sus acompañantes pudo regresar vivo con la noticia.

Tras estas palabras, Larsín guardó silencio, como si el desgraciado destino del rey Duva le conmoviera profundamente. Después de aguardar unos instantes, Tivo se decidió a interrumpir los pensamientos de su anciano maestro.

—¿Qué fue de la última pieza? —preguntó.

—Fue robada hace poco más de doscientos años, durante el período de las intrigas palaciegas. En aquel tiempo surgió una secta secreta, que entre otras cosas reclamaba el derecho de sucesión al trono para uno de sus miembros, un supuesto descendiente directo de Lupro I, aunque probablemente se trataba de un impostor. Como consecuencia de las actividades de esta secta, tres reyes de Tiva fueron asesinados en un solo año. Por fin, Tivo X desarticuló a los rebeldes, aunque algunos de sus principales cabecillas lograron abandonar el país. La desaparición de la pieza mágica fue descubierta demasiado tarde.

—Es decir, que ninguna de las siete piezas del rompecabezas forma ya parte del tesoro real.

—Peor aún —afirmó Larsín—. Es casi seguro que en todo el reino no se encuentra ni una sola. Hace casi un siglo que el rey Duva III emprendió una búsqueda muy completa, pero totalmente infructuosa.

—Lo que no comprendo aún es qué tienen que ver estas piezas mágicas con la enfermedad de Aguamarina —dijo el rey, muy pensativo.

—Los que padecían ciertas enfermedades sanaban inmediatamente en cuanto entraban en contacto con una de ellas —explicó Larsín—. Gracias a eso, la enfermedad de la princesa desapareció del reino durante muchos siglos. Por esta razón los médicos han llegado a olvidar hasta su existencia.

—Vamos a ver si he entendido correctamente la situación —exclamó Tivo de pronto, después de un largo silencio y como si hubiera tomado una decisión difícil—. La única esperanza de curación para Aguamarina consiste en que sea posible obtener una, al menos, de las piezas del rompecabezas. Para encontrarla será preciso emprender la búsqueda fuera de Tiva, a través de regiones parcialmente inexploradas y habitadas por seres monstruosos y enemigos peligrosos.

—Has expresado correctamente la situación —repuso Larsín.

—Por otra parte, —continuó el rey—, no estoy dispuesto a enviar a ninguno de mis súbditos a una misión erizada de peligros, ni quedarme aquí, tranquilamente, esperando que otros resuelvan mis problemas. Debo ir yo mismo.

—Has hablado bien —dijo Larsín—, y no esperaba menos de ti. Además, la empresa te corresponde. Es justo que un rey de Tiva enderece lo que otro rey de Tiva destruyó.

Una vez tomada la decisión, Tivo se sintió hervir de energía y entusiasmo y comenzó inmediatamente a hacer planes.

—Si he de partir, debe ser cuanto antes y en secreto. Ni Taria ni el príncipe de Itin me lo permitirían, si llegaran a enterarse.

—Sin embargo, opino que debes comunicar al regente tu propósito, así como los motivos de tu viaje. Además, debes darle instrucciones para el caso de que la misión fracase y tú pierdas la vida en ella. Recuerda que eres rey de Tiva y que no tienes descendencia.

—Aunque yo muera, la dinastía no se extinguirá. Mi primo Varga sería mi sucesor. Tienes razón, debo escribir a Taria contándoselo todo. Pero procuraré que la carta le alcance cuando ya sea demasiado tarde para oponerse a mi marcha.

—Me parece correcta tu actitud, pero ¿cómo conseguirás ocultarle tus intenciones al príncipe de Itin?

—Partiré mañana por la noche —dijo el rey—. Iré solo. Así será más fácil pasar desapercibido.

—No estoy de acuerdo —se opuso Larsín—. Me parece una locura emprender sin ayuda un viaje semejante. Es preciso que elijas unos cuantos compañeros de confianza.

—Eso es imposible. Correríamos el peligro de que la empresa fuera descubierta antes de tiempo. No puede ser. Iré solo.

—En ese caso, yo te acompañaré. —Y ante las protestas de Tivo, explicó—: Éste será el último servicio que prestaré al reino y a tu persona. Recuerda que soy tu maestro y debes obedecerme.

Por fin, Tivo se resignó. Decidieron salir de Itin al día siguiente, ocultos entre las sombras de la noche, llevando únicamente cuatro cabalgaduras, dos de las cuales transportarían las provisiones y el equipaje.

De pronto, Larsín alzó la mano exigiendo silencio. Se levantó, se acercó sigilosamente a la puerta de la estancia y la abrió de forma violenta y repentina. El corredor estaba vacío.

—Estoy seguro de haber oído un ligero ruido, como si alguien estuviera escuchándonos desde el otro lado de la puerta —dijo Larsín—, pero he debido equivocarme, pues no hay nadie aquí.

Poco después de este incidente, el rey y su maestro se separaron. El primero se acostó en seguida y durmió profundamente, pero el anciano permaneció despierto durante algunas horas, meditando sobre la arriesgada empresa que estaban a punto de acometer.

ELAVEL

Durante todo el día siguiente, Tivo encontró grandes dificultades para ocultar su nerviosismo y comportarse con normalidad. Afortunadamente, si alguien percibió su agitación, sin duda la atribuyó a su preocupación por el estado de la princesa que, como había predicho Larsín, permanecía estacionario. Aguamarina respiraba regularmente, podía incluso deglutir los líquidos con que los médicos la alimentaban, pero no recobraba el conocimiento. La gente comenzaba a darse cuenta de que su muerte no era inminente, y muchas actividades interrumpidas se reanudaron.

Tivo dedicó la mañana a la composición de una larga misiva, repleta de instrucciones para el regente, explicándole las razones de su repentina decisión.

«Siendo conscientes —decía, entre otras cosas, la carta— de que el gobierno del reino no puede depender del éxito o el fracaso de una misión como la que nos disponemos a emprender, hemos tomado la siguiente determinación: Durante un año a contar de la fecha de hoy, continuaréis en el cargo de regente del reino, como lo habéis sido desde la muerte de nuestro augusto padre. Transcurrido este tiempo sin más noticias nuestras, se considerará y aceptará nuestra renuncia permanente e irreversible al oficio real, nombrándose y coronándose solemnemente, en nuestro lugar, al heredero a quien legítimamente le corresponda».

Tan pronto hubo dado por terminada la carta, Tivo se la entregó a dos de los miembros de más confianza de su séquito, a quienes envió inmediatamente a la capital con orden de entregársela a Taria, en propia mano, lo antes posible. El regente la recibiría demasiado tarde para poder oponerse a los planes del rey, puesto que los mensajeros tardarían casi dos semanas en llegar a su destino.

Por la tarde, el rey sostuvo una larga entrevista con el príncipe de Itin, padre de Aguamarina, en la que debatieron diversos asuntos de estado. Esto le ayudó a pasar el tiempo, pues deseaba que llegara la noche para dar, por fin, comienzo a su aventura. Durante la entrevista tuvo buen cuidado de no dejar traslucir su intranquilidad. Se vio obligado a hacer grandes esfuerzos para comportarse con naturalidad, pues su próxima partida hacía que le resultara difícil mostrar interés por los asuntos que se estaban discutiendo, que pronto ya no le afectarían.

Por fin se puso el sol. Al filo de media noche, mientras la ciudad dormía, Tivo y Larsín salieron del palacio. El capitán de la guardia no opuso ninguna dificultad al

reconocer al rey. Instantes después, éste y su maestro avanzaban por las oscuras callejuelas en dirección a las afueras de Itin.

—He dispuesto que uno de los hombres de tu séquito, llamado Lamia, un lacayo de toda confianza, nos aguarde con los caballos y el equipaje fuera de la ciudad —susurró Larsín.

—Le conozco y tienes razón —dijo Tivo—. Pero, a pesar de todo, espero que no le habrás dado demasiada información sobre lo que nos proponemos hacer.

—No te preocupes. Sólo sabe que partimos de incógnito, pero no hacia dónde. Para desviar sus sospechas le he citado en el camino que conduce a la capital. Así, cuando mañana se emprendan indagaciones sobre nuestra ausencia, se creerá que hemos regresado allí. Los días de ventaja que esto nos proporcionará serán suficientes para evitar que el príncipe de Itin pueda alcanzarnos y obligarnos a regresar.

Poco después, Tivo y Larsín salieron de la ciudad y se acercaron al lugar fijado por el maestro, donde les aguardaba Lamia, quien sin más tardanza les entregó las cabalgaduras y emprendió el regreso hacia Itin. Los dos viajeros montaron sus caballos y continuaron durante breve trecho por el camino de Tiva. Después se desviaron y emprendieron un largo rodeo que, circundando la ciudad, les llevaría hasta la desembocadura del río que corría al oeste de la misma.

Cuando calcularon que había pasado el peligro de que alguien les oyera, Tivo y su acompañante conversaron con más libertad.

—Espero que habrás planeado cuidadosamente los pasos que conviene dar para buscar las piezas del rompecabezas —dijo el rey.

—Lo siento, Majestad. No tengo la menor idea de dónde podremos encontrarlas. Pero estimo que es conveniente salir cuanto antes de tu reino. Por eso nos dirigimos hacia el río Itin, que desemboca muy cerca de aquí, y lo cruzaremos. Al otro lado del río comienza el gran bosque, donde nadie se atreverá a seguirnos.

—Siempre he oído mencionar ese bosque con temor, pero nunca tuve ocasión de que me explicasen nada concreto. Supongo que debe haber algo terrible en él.

—Lo ignoro, pues nunca he estado allí. Pero sospecho que la mayor parte de las historias que sobre él se cuentan deben de ser meras leyendas o fantasías originadas en el hecho de que el bosque es extenso e inexplorado.

—Cuéntame alguna —rogó Tivo.

Pero Larsín se negó a ello, aduciendo que sólo serviría para hacerles cobrar temor hacia el lugar al que se dirigían y añadiría peligros imaginarios a una empresa de por sí suficientemente arriesgada.

Poco después de esta conversación, los viajeros juzgaron que la ciudad de Itin había quedado ya rodeada y enfilaron directamente hacia el oeste. Pero apenas habían enderezado su camino, cuando Tivo se detuvo bruscamente e hizo seña a Larsín de que le imitara.

—¿Qué ocurre? —preguntó el maestro.

—Hace un momento me pareció oír ruido de cascos de caballo —susurró Tivo—,

y ahora estoy seguro. El rumor ha continuado unos instantes después de que nos hemos detenido. Alguien nos sigue de cerca.

—¿Quién puede estar enterado de nuestra partida? No creo que ni el regente ni el príncipe de Itin se hayan atrevido a hacernos vigilar.

—Pronto lo sabremos —repuso el rey—. Adelántate tú para que nuestro perseguidor crea que continuamos la marcha. Yo le esperaré aquí.

Así lo hicieron. Apenas Larsín se hubo puesto en movimiento, Tivo volvió a oír el ruido de los cascos de un caballo en el camino que acababan de recorrer, y no se habría alejado el maestro más de doscientos pasos, cuando el rey distinguió una forma oscura que se acercaba.

—¡Alto! —gritó—. ¿Quién está ahí? ¡Avanza inmediatamente en son de paz, o disponte a luchar! —y al decir esto, desnudó la espada.

Hubo un breve silencio. Después, la figura de un jinete se destacó de la oscuridad y se acercó a él. Era imposible distinguir sus facciones. Entretanto, Larsín volvió grupas a su caballo y regresó rápidamente junto al rey.

—¿Quién eres? —preguntó éste, con la espada en guardia.

La respuesta del extraño cogió por sorpresa a Tivo, que casi dejó caer el arma en su sobresalto. La voz del jinete tenía un timbre claramente femenino.

—Soy Elavel —dijo.

Larsín también demostró su sorpresa, pues Elavel era la hija segunda del príncipe de Itin y hermana menor de Aguamarina.

—¡Elavel! —exclamó—. ¿Qué haces aquí, tan lejos de Itin?

—Sé que vais en busca de un remedio para mi hermana y quiero acompañaros —respondió la muchacha.

—¿Cómo lo supiste? —interrogó Larsín.

—Lo sé, y es suficiente. Quiero hacer algo por Aguamarina. No puedo permanecer en Itin, viéndola languidecer y sabiendo que existe una posibilidad de salvarla. Por eso quiero acompañaros.

—¡Es imposible! —protestó Tivo—. Apenas eres más que una niña.

—¿Acaso eres tú algo más que un muchacho? —contestó, airada, Elavel—. Sin embargo, no sólo emprendes este viaje por tu voluntad, sino que tu propio maestro te ha empujado a ello. Yo misma le oí decirte: «Es justo que un rey de Tiva enderece lo que otro rey de Tiva destruyó».

—¿Te parece correcto —exclamó, indignado, Larsín—, escuchar detrás de las puertas conversaciones que no te conciernen?

—Todo lo que se relaciona con la curación de mi hermana, me afecta a mí. No me siento culpable por haber hecho lo que dices.

—¡Todo esto es absurdo! —intervino Tivo—. No puedes venir con nosotros. No te permitiremos acompañarnos.

—¿Cómo vais a evitarlo? No impediréis que os siga, a menos que me abandonéis atada y a merced de las fieras.

—Regresaremos a Itin y partiremos cuando no puedas seguirnos.

—Olvidáis que conozco vuestros planes. Si hacéis lo que dices, iré a ver a mi padre y se lo contaré todo. ¿Crees que os permitirá partir? Puedo aseguraros que le parecerá absurdo vuestro propósito. No consentirá que el rey de Tiva emprenda semejante aventura con tan pocas probabilidades de éxito.

Larsín y Tivo se miraron muy serios. Después, rogando a Elavel que aguardara, se retiraron algunos pasos y hablaron así:

—Creo que tendremos que acceder a lo que nos pide —dijo Tivo—. No veo ninguna salida a esta situación. ¡Esto es una complicación inesperada!

—Yo la comprendo —adujo Larsín—. Sabe que existe una posibilidad de salvar a su hermana. Si se quedara en Itin, se vería reducida a aguardar impaciente nuestro regreso, preguntándose continuamente si nuestra misión habrá tenido éxito. Si fracasamos, es muy probable que nunca lleguen a Tiva noticias nuestras.

—¡Está bien! —exclamó Tivo, haciendo volver grupas a su caballo hacia donde Elavel esperaba.

—Puedes venir con nosotros —le dijo—. Pero debes tener en cuenta que no permitiré que tu presencia ponga en peligro el éxito de la misión. Si he de elegir entre protegerte a ti o conquistar el remedio que puede curar a Aguamarina, escogeré esto último.

—Nadie te ha pedido nada —repuso, ofendida, Elavel—. Si alguna vez me encontrara en peligro, me considero muy capaz de valerme sola. Puede que, cuando llegue el momento, sea yo quien tenga que ayudarte a ti.

—Sólo quiero que todo esté muy claro desde el principio, para que conozcas los riesgos que vas a correr si te empeñas en acompañarnos.

—Los conozco perfectamente. No será necesario volver a mencionarlos.

Dichas estas palabras, los tres viajeros continuaron su interrumpida marcha hacia el río. Comenzaba a amanecer.

EL GRAN BOSQUE

Fba ya avanzada la mañana cuando llegaron a la desembocadura del río Itin. Hicieron alto en la orilla, tomaron un refrigerio y emprendieron sin más tardanza la tarea de buscar un vado donde atravesarlo. Esto no resultó fácil pues, aunque la corriente no era rápida, el caudal era considerable y el río bastante ancho, pero por fin encontraron un lugar donde los caballos pudieron cruzarlo sin perder pie.

Al pisar la orilla opuesta, Tivo sintió una repentina sensación de temor e inseguridad. Su reino quedaba atrás: habían cruzado la frontera. Hacia adelante le esperaba lo desconocido, países inexplorados poblados de fieras salvajes, de enemigos implacables y de quién sabe cuántos peligros más. Ya la oscura y misteriosa sombra del gran bosque se destacaba a lo lejos, hacia el oeste. Sintió un agudo deseo de volver a su palacio, de abandonar la empresa.

El momento de duda pasó. Fijó sus pensamientos en la situación de su amada Aguamarina. Si él fracasaba, nada podría salvarla de permanecer para siempre en su estado de muerte en vida. Sería un reproche continuo a su cobardía. Nunca recobraría la fe en sí mismo si cedía al miedo y volvía atrás, antes de haber surgido el primer contratiempo. Apretó los dientes y continuó la marcha con sus compañeros.

A la caída de la tarde alcanzaron las lindes del gran bosque. No teniendo ánimos para entrar en él durante las horas de oscuridad, decidieron pasar la noche allí mismo. En prevención de posibles ataques, establecieron turnos de guardia, en los que Elavel insistió en participar, a pesar de la oposición de Tivo. Pero éste estaba demasiado cansado para discutir y cedió enseguida a la voluntad de la muchacha.

A pesar de que ninguno de los tres había dormido la noche anterior, les resultó difícil conciliar el sueño. El cielo estaba claro y había luna. El paisaje que les rodeaba estaba iluminado por un brillo espectral, frente al que contrastaba la masa negruzca del bosque, del que sólo les separaban un par de cientos de pasos. El ulular quejoso de una lechuza ponía adecuado contrapunto al carácter fantasmal del ambiente y al estado de ánimo de los viajeros. Por último, los muchachos cedieron al sueño bajo la mirada vigilante de Larsín, a quien correspondía la primera guardia.

Amaneció el segundo día del viaje. Después de un rápido y frugal desayuno, emprendieron la marcha. Al principio les fue fácil avanzar: los árboles crecían espaciados y la maleza no era abundante. Pero a medida que se adentraban en el

bosque encontraron mayores dificultades. A veces llegó a parecerles imposible conseguir que los caballos atravesaran ciertas espesuras y tuvieron que hacer frecuente uso de los machetes de los que, previsoramente, Larsín se había provisto. En estos casos, el anciano apenas pudo ayudar a los jóvenes. Éstos discutían frecuentemente a pesar de los esfuerzos de Larsín por imponer la paz: Elavel insistía en que Tivo se olvidara de su sexo y la considerara, simplemente, como un compañero de viaje dispuesto a aceptar su parte en todos los esfuerzos necesarios, en igualdad de condiciones con él. El joven rey se indignaba, porque se consideraba superior en fuerzas y conocimientos, además de que aun no le había perdonado la forma en que les impuso su compañía.

El gran bosque era inmenso. Los árboles, cuyos gruesos troncos se elevaban, desnudos de ramaje, hasta gran altura, entrelazaban sus copas formando un dosel impenetrable que no permitía ver el cielo. Los viajeros perdieron pronto el sentido de la dirección y cuando, después de tres días de marcha hacia lo que suponían debía ser el oeste, volvieron a encontrar su propio rastro, hubieron de reconocer que se habían extraviado.

Para renovar su provisión de alimentos recurrieron a la caza y la recolección. La vida animal del gran bosque, o bien no era demasiado abundante, o quizá desconfiaba de ellos y se mantenía oculta. A pesar de todo lograron capturar algún conejo y un par de aves de color oscuro, cuya especie desconocían. Los animales grandes faltaban por completo y, con el tiempo, el gran bosque comenzó a perder parte de su aureola de misterio y de temor.

Tanto Tivo como Elavel habían practicado frecuentemente el tiro con arco. La muchacha, en particular, tenía una puntería asombrosa y jamás perdía una flecha. El rey se sentía algo celoso, lo que no contribuía a aumentar la concordia entre los dos. Pero ella nunca se jactó abiertamente de su superioridad, por lo que no llegaron a producirse disputas importantes.

Durante sus descansos nocturnos, reunidos alrededor de la hoguera donde se preparaba la cena, discurrían sobre la dirección que debían seguir al día siguiente. Sin embargo, este tema no les ocupaba demasiado. Su ignorancia de la topografía del bosque era absoluta, por lo que una dirección era tan buena como cualquier otra.

La noche del tercer día de viaje a través del gran bosque, los tres aventureros dispusieron su campamento cerca de un pequeño claro. Afortunadamente, ni una sola nube empañaba el cielo nocturno y, por primera vez desde que les cubrió la cúpula arbolada, pudieron distinguir algunas estrellas. Larsín, que era entendido en astronomía, pudo pronto orientarse y calcular la posición de los puntos cardinales. Al menos, al día siguiente no tendrían que comenzar su viaje a ciegas.

Al amanecer, mientras recogían el campamento y se disponían a emprender la marcha, oyeron de pronto un rumor sordo que se aproximaba. La tierra parecía temblar bajo sus pies y los caballos, que aun no habían sido desatados del lugar de su reposo nocturno, dieron muestras evidentes de nerviosismo. El rostro de Larsín estaba

demudado mientras, volviéndose a los muchachos, les decía en voz baja:

—Algo muy grande se aproxima. Creo que debemos escondernos.

Todos se agazaparon entre la maleza y aguardaron ansiosamente. De pronto, a través de una espesura situada al otro lado del claro, apareció a su vista una bestia enorme. Su altura sería igual a la de tres hombres. Su cabeza gigantesca recordaba la de una rana. Las patas anteriores eran diminutas, reducidas a garras. Se apoyaba exclusivamente en las patas traseras, macizas, y en la cola poderosa.

El monstruo atravesó el claro sin fijarse en los viajeros. Casi había pasado de largo cuando uno de los caballos, incapaz de resistir por más tiempo su nerviosismo, se agitó espasmódicamente tratando de escapar. La bestia se detuvo y miró a su alrededor. Era inevitable que los descubriera.

Tivo desenvainó la espada y se puso en pie, dispuesto a enfrentarse solo al monstruo, pero su fútil acción fue innecesaria. Los caballos estaban locos de terror. Casi al mismo tiempo, dos de ellos lograron arrancar sus ataduras y huyeron desesperadamente. Sin perder un instante, la fiera partió en su persecución y en cuatro grandes zancadas alcanzó a uno de ellos. Su boca enorme se abrió, dejando ver una hilera de afilados dientes, y el caballo desapareció en su interior. Inmediatamente emprendió la persecución del segundo corcel, pero éste había cobrado cierta ventaja mientras la bestia devoraba a su compañero. Con gran estrépito, el monstruo se perdió en la espesura hacia el sur.

Temblorosos, los tres viajeros recogieron apresuradamente los restos del campamento, desataron a los caballos supervivientes y partieron en la única dirección que les pareció relativamente segura: el norte. Dispuestos a poner cuanto antes la mayor distancia posible entre ellos y la fiera, avanzaron a la mayor velocidad que les permitieron sus fuerzas y durante varias horas no se atrevieron a pronunciar palabra. Por fin, a mediodía se vieron obligados a hacer alto. Ni ellos ni los caballos podían dar un paso más.

No tuvieron nada mejor para comer que los restos de su cena del día anterior. Después de consumirlos, mientras descansaban unos momentos antes de reanudar la marcha, Tivo rompió el silencio por primera vez:

—Parece que no todas las leyendas sobre el gran bosque carecen de fundamento. ¿Qué animal era ése? ¿Lo sabes tú, Larsín?

—Jamás lo había visto antes. Pero he oído decir que el gran bosque es morada de bestias enormes, capaces de engullir a un hombre de un bocado.

—Y a un caballo —murmuró Tivo—. Veo que las historias no exageraban. Más bien se han quedado cortas ante la realidad.

—Tiemblo al pensar —dijo Elavel— en lo que habría podido ocurrir si el monstruo hubiera llegado hasta nosotros durante las horas de oscuridad.

—Demos gracias porque no ha sido así —exclamó Tivo—. Pero ahora debemos mirar hacia el futuro. Es preciso salir cuanto antes de este bosque. Si esa bestia o alguno de sus congéneres vuelve a aparecer, no creo que podamos escapar tan

fácilmente como esta mañana.

—¡Fácilmente! ¿Acaso no hemos perdido dos caballos?

—En efecto —repuso Tivo—. Pero ninguno de nosotros ha resultado herido, y eso es lo único que importa por el momento.

—Tienes razón —intervino Larsín— al decir que debemos salir cuanto antes del gran bosque. Lo malo es que no sabemos en qué dirección debemos marchar para conseguirlo.

—Yo propongo que sigamos hacia el norte —dijo el rey—. No creo que tardemos mucho en llegar a los montes Latios, que constituyen la frontera occidental de Tiva al norte del río Itin. Aun en el caso de que el bosque se prolongue hasta sus mismas laderas, podríamos tratar de ascender a una de las montañas para ver si desde lo alto es posible elegir mejor la dirección a seguir.

—Me parece una buena idea —dijo Larsín.

Elavel también estuvo de acuerdo con la propuesta de Tivo. Por consiguiente dieron por terminado el descanso, aparejaron los caballos y emprendieron la marcha en la misma dirección que habían seguido durante la mañana. La región del bosque en que se encontraban era algo menos espesa que las que hubieron de atravesar en las jornadas anteriores, por lo que su avance fue más rápido y no era tan fácil desorientarse.

Durante los dos días siguientes los viajeros continuaron en dirección septentrional sin tener malos encuentros. Por fin llegaron a un terreno más accidentado que hacía presentir la proximidad de las montañas. No pasó mucho tiempo antes de que la selva comenzara a clarear visiblemente. De pronto, sin previo aviso, el bosque terminó por completo. Ante ellos se abría un valle estrecho, flanqueado a oriente y occidente por dos elevadas cordilleras, sendos ramales de los montes Latios.

EL VALLE PERDIDO

Los tres viajeros se detuvieron unos momentos para deliberar sobre el camino a seguir.

—Tenemos tres opciones —dijo Tivo, resumiendo en pocas palabras la situación—: Podemos continuar hacia el norte a lo largo de este valle, o tratar de escalar la cordillera oriental o la occidental. Personalmente prefiero la última: me gustaría saber dónde estamos y reconocer la topografía del terreno lo más al oeste que sea posible.

—¿Por qué precisamente al oeste? —preguntó Elavel—. ¿Tenemos alguna razón para suponer que las piezas del rompecabezas se encuentran en esa dirección?

—Probablemente no —intervino Larsín—. De hecho, una de ellas se perdió en el gran bosque, del que acabamos de salir. Pero temo que tratar de encontrarla en ese laberinto de árboles y maleza sería como buscar una aguja en un pajar.

Tivo sintió un escalofrío ante la idea de volver a penetrar en el gran bosque y se apresuró a cambiar el rumbo de la conversación.

—Si no recuerdo mal —dijo—, al menos tres de las piezas salieron del país por la frontera del noroeste.

—Cinco, diría yo —repuso Larsín—, si contamos la primera, que desapareció misteriosamente, y la última, que debieron sacar del reino los fugitivos de la secta secreta cuando ésta fue desarticulada.

—Dos de las piezas cayeron en poder de los nómadas de la estepa, ¿no es cierto? —preguntó el rey.

—Efectivamente. Por otra parte, es probable que alguna de las otras haya ido a parar también a sus manos después de tanto tiempo. Creo que deberíamos investigar en esa dirección.

—En ese caso nos convendría seguir por este valle hacia el norte —dijo Elavel—. Además, el camino no es demasiado difícil. En cambio, esos farallones rocosos parecen imposibles de escalar.

—¿Y si después de seguir el valle durante muchas jornadas descubrimos que no tiene salida? Habremos perdido un tiempo precioso —adujo Tivo, a quien le atraía más la idea de ascender a la montaña.

—¿Crees que Larsín o los caballos serían capaces de trepar a esos picachos?

—No estoy proponiendo que lo hagan —respondió el rey—. Subiré solo y veré lo

que se pueda ver desde arriba. Luego regresaré aquí y discutiremos lo que conviene hacer.

—Me parece innecesariamente arriesgado —protestó Larsín—. No creo que debamos separarnos. Además, estoy de acuerdo con Elavel. Probablemente es imposible escalar las montañas por este lado.

—Avancemos un poco. Tal vez el ascenso se facilite más adelante.

Durante varias horas de marcha, el desfiladero serpenteó entre las dos laderas montañosas, cada vez más escarpadas, que se aproximaban entre sí, de modo que el camino que seguían se estaba convirtiendo en una grieta estrecha que amenazaba cerrarse completamente y cortarles el paso.

Más tarde, Tivo se dio cuenta de que hacía rato que escuchaba un sordo rumor, que hasta aquel momento no había rebasado el umbral de sus sensaciones conscientes. Estaba a punto de llamar la atención de sus compañeros hacia él cuando, de repente, Elavel exclamó:

—¡Mirad! ¿Qué es aquello? —y al mismo tiempo la muchacha señalaba hacia la estrecha cinta de cielo que las montañas dejaban ver sobre sus cabezas.

Tivo se detuvo, miró hacia donde indicaba Elavel y vio, a gran altura, un punto oscuro, a modo de pájaro enorme, que durante unos instantes permaneció estacionario. En seguida, como si se hubiera dado cuenta de que había sido descubierto por los viajeros, emprendió veloz vuelo hacia el norte, siguiendo un curso más o menos paralelo al del desfiladero.

—¿Qué era? —preguntó Elavel.

—Lo ignoro —respondió Tivo—. Me pareció demasiado grande para ser un águila. No sé de qué se trata y tampoco tengo demasiada curiosidad por verlo más de cerca. Puede ser peligroso.

Larsín no dijo nada, pero permaneció pensativo durante un buen rato.

Antes de continuar la marcha, Tivo hizo notar a sus compañeros el ruido que había atraído su atención poco antes del incidente y que aun podía percibirse, sordo y lejano, a su alrededor.

—Diríase que procede del suelo, bajo nuestros pies —exclamó Elavel, estremeciéndose—. Este sitio comienza a ponerme nerviosa. ¿Qué nuevo peligro nos acecha?

El rey se inclinó hasta el suelo y pegó el oído a tierra.

—Efectivamente, el rumor es mucho más intenso aquí. Además, creo que ya sé de qué se trata. Es agua que fluye. Debe de haber una fuente de aguas subterráneas por aquí cerca.

—Sigamos adelante hasta que la encontremos —repuso Larsín—. Nos vendrá bien para reponer la provisión de agua.

Así lo hicieron. Durante más de una hora avanzaron, esperando encontrar la fuente de un momento a otro, pero sin dar con ella. Entretanto, el sordo rumor se incrementó hasta convertirse en un rugido ensordecedor, por lo que se vieron

obligados a alzar la voz para comunicarse entre sí.

—Este ruido es demasiado intenso para que se trate de un simple arroyo subterráneo —exclamó Larsín.

—Creo que encontraremos la solución del enigma en cuanto doblemos el próximo recodo —gritó Tivo, a plena voz.

En efecto, las paredes del desfiladero se desviaban hacia la derecha unos veinte pasos más allá del punto en que se encontraban los tres viajeros. Cuando éstos, avanzando con precaución, llegaron hasta el recodo, se abrió ante ellos una vista estupenda.

A izquierda y derecha, las escarpas que bordeaban la grieta se separaban. Entre ellas se abría un espacio inmenso, rebosante de vida y de verdor. A corta distancia se veía un rebaño de ciervos que pastaban tranquilamente en una amplia pradera. Algo más lejos, un reducido grupo de animales aun más grandes, que Tivo no pudo reconocer, se movían perezosamente y mordisqueaban las hojas de los árboles de un bosquecillo. Acá y allá saltaban numerosos animales pequeños. Pero no fue ninguna de estas cosas lo que primero atrajo su atención.

A menos de cien pasos de la boca del desfiladero del que acababan de salir, una enorme masa de agua se precipitaba hasta el fondo del valle desde lo alto de la escarpa: un río entero, bastante caudaloso, al parecer. Al pie de la catarata, las aguas revueltas giraban en numerosos remolinos espumajosos, para después lanzarse raudas hacia el estrecho desfiladero. Pero poco antes de llegar a él, el río desaparecía como por arte de magia, como si se lo hubiera tragado la tierra. Y esto era, precisamente, lo que sucedía.

Después de contemplar la escena durante largo rato, impresionados por su titánica belleza, Larsín hizo seña a Tivo y Elavel de que le siguieran, hizo girar grupas al caballo que montaba (desde que perdieron dos cabalgaduras en el gran bosque los muchachos habían insistido en marchar a pie) y volvió atrás por donde habían venido, deteniéndose en un punto lo bastante alejado de la catarata como para poder conversar sin hacer un gran esfuerzo.

—¡Un río subterráneo! —exclamó Elavel—. Temo que el suelo se hunda bajo nuestros pies.

—No creo que corramos peligro —dijo Tivo. Dirigiéndose a Larsín, añadió—: ¿Por qué nos has hecho volver aquí?

—Estamos bastante escasos de comida —explicó el maestro—. Cerca de la entrada del valle hay algunos animales que, afortunadamente, no nos han visto. Creo que lo primero que debemos hacer es tratar de cazar uno por sorpresa. Nos proporcionaría alimento para varios días.

—Tienes razón —exclamó Tivo—. Yo lo haré. —Y, sin esperar respuesta, se dirigió de nuevo hacia la boca del desfiladero.

De pronto, se dio cuenta de que Elavel le acompañaba.

—¿A dónde vas? Es mejor que te quedes con Larsín. Dos cazadores son más

fáciles de descubrir que uno solo. Si los ciervos huyen, ¡adiós, comida!

—Mientras tú persigues a los ciervos, yo probaré suerte con aquellos animales que ramonean junto al bosquecillo —replicó la muchacha—. Así, aunque uno de los dos falle, nos quedará otra oportunidad de conseguir comida.

A regañadientes, Tivo aceptó la idea de la joven. Acordaron no dar comienzo a la caza hasta que los dos hubieran tenido tiempo de situarse en posición ventajosa.

Arrastrándose sobre el vientre, el rey se acercó a su presa con gran cuidado. Tan pronto llegó a un lugar que le pareció adecuado para sus propósitos, preparó el arco y oteó las cercanías del bosquecillo en busca de señales de Elavel. Durante largo rato no advirtió rastro de ella y, cuando al fin la distinguió, se encontraba tan cerca de las grandes bestias que perseguía que comenzó a temer por su seguridad. Aquellos animales cuyo nombre desconocía podían ser peligrosos. Sin duda eran herbívoros, pero su gran tamaño indicaba una fuerza colosal. Un pisotón de una de sus inmensas pezuñas sería, ciertamente, fatal. Era muy propio de Elavel, pensó, correr riesgos innecesarios y poner en peligro su seguridad y la de sus compañeros.

De pronto, uno de los ciervos próximos al rey levantó la cabeza en actitud alarmada. Temiendo haber sido descubierto, Tivo se incorporó, hincó la rodilla en tierra y disparó la flecha. Actuó rápidamente, de forma casi instintiva, y estaba seguro de que su proyectil haría blanco. Pero no pudo seguir su vuelo. Oyó un gran estrépito a su espalda y trató de volverse, pero antes de conseguirlo sintió el choque de un cuerpo pesado contra el suyo y cayó al suelo, derribado e inerme.

Tivo se creyó perdido. Esperaba ser despedazado por los dientes o las garras del animal que le había atacado, que supuso sería algún carnívoro. Pero nada de esto ocurrió. Cuando recobró el aliento, se incorporó y miró a su alrededor. Estaba solo. Los ciervos habían desaparecido. A lo lejos, una nube de polvo señalaba el lugar donde algún grupo de animales huía a la desbandada.

Buscó a Elavel con la mirada. La linde del bosquecillo estaba desierta. Temiendo por su seguridad, corrió hacia allí, pero no encontró rastro de ella. Se introdujo entre los árboles y, apenas había dado algunos pasos, la vio sentada triunfalmente sobre el cadáver de una de las grandes bestias a las que había dado caza.

—¿Has tenido suerte? —preguntó la joven.

—No lo sé. Lo he dejado todo para buscarte. Temía por ti.

—Ya ves que no era necesario. Te dije que soy capaz de valerme sola.

—Ve a avisar a Larsín —sugirió Tivo, algo molesto—. Mientras tanto, yo buscaré mi presa. Aun ignoro si mi flecha dio en el blanco.

Un poco más tarde, los tres viajeros se encontraban cómodamente sentados entre los árboles del bosquecillo, resguardados del ruido de la catarata, aguardando a que la comida estuviese lista. Sobre una fogata se iba asando lentamente una buena porción del lomo del animal muerto por Elavel. Ésta, satisfecha por su hazaña, charlaba sin interrupción, pero Tivo estaba muy silencioso. Había encontrado su ciervo, pues su proyectil alcanzó el objetivo. Pero se sentía extrañamente descontento.

Permanecieron en el mismo lugar durante todo el resto de aquel día y el siguiente. Dedicaron el tiempo a descansar, tranquilos por primera vez desde su partida, y a ahumar una parte de la gran cantidad de carne de que ahora disponían, a fin de asegurar su conservación durante el mayor tiempo posible. Esto les permitiría más tarde viajar con rapidez, sin preocuparse tanto de la búsqueda de alimentos.

Por fin, al amanecer del tercer día, reemprendieron la marcha a través del valle. Éste era tan extenso que no se veía su fin. Los dos ramales de los montes Latios, que hasta aquel punto habían corrido casi tangentes, se separaban ampliamente aquí. Los viajeros albergaban la esperanza de haber hallado el deseado paso hacia el norte, el camino hacia los nómadas de la estepa y las piezas perdidas del rompecabezas. Pronto se convencieron de su error.

Tras cinco días de marcha ininterrumpida, percibieron claramente que las dos cordilleras que les rodeaban se estaban aproximando de nuevo entre sí. El valle se estrechaba visiblemente. Poco después vieron surgir del horizonte del norte algunos picos escarpados. A medida que avanzaban, los espacios entre éstos se iban cerrando con cúspides menos elevadas y farallones de roca, hasta que tuvieron que convencerse de que las montañas parecían haberles cortado totalmente el camino. En ninguna parte pudieron observar señales de un paso practicable.

Después de dos días de búsqueda infructuosa al pie de las montañas, Tivo volvió a proponer su vieja idea de intentar trepar a la muralla de roca con el fin de distinguir con más claridad el paisaje que les rodeaba y quizás así descubrir en qué dirección debían desplazarse para encontrar un paso. Después de elegir un lugar donde el ascenso parecía algo más practicable, Tivo se dispuso a comenzar su intento. Estaba cambiando las últimas frases con la muchacha y con su maestro, cuando la expresión del rostro de aquélla le sorprendió. Elavel miraba, estupefacta, hacia un montón de rocas apiladas al pie de la montaña. Siguió la dirección de su mirada y no pudo contener su asombro.

—¿Qué diablos es eso? —exclamó.

KIAL

En lo alto del apilamiento de rocas se encontraba una figura notable. A primera vista parecía un hombre, pero era extraordinariamente alto, casi un gigante. Su cuerpo fornido estaba desnudo, a excepción de una única prenda, a modo de ancho ceñidor, que le cubría desde la cintura hasta un poco por encima de las rodillas. Su piel era muy oscura, casi negra. Sus facciones, muy atractivas, eran enérgicas. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Pero lo más sorprendente en él eran dos grandes protuberancias que parecían surgir horizontalmente de sus hombros, se proyectaban verticalmente en ambas direcciones al final de un corto pedúnculo y, mientras por una parte se elevaban por encima de su cabeza, por otra se prolongaban casi hasta el suelo.

—¿Qué diablos es eso? —repitió Tivo. Larsín y Elavel permanecieron mudos, contemplando al desconocido. Éste no se movió ni hizo ademán de querer romper el silencio.

Durante largo rato, que a Tivo le pareció eterno, las dos partes continuaron mirándose en perfecta inmovilidad, como convertidas en piedra. Por fin, sin previo aviso, de la boca del extraño salieron, con voz profunda, estas enigmáticas palabras:

—Os felicito. No habéis tardado mucho en acudir a mi llamada.

Los tres viajeros se miraron, perplejos. Tomando la iniciativa, Tivo interpelló al misterioso ser:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros? ¿Cómo puedes afirmar que estamos aquí en respuesta a tu llamada, siendo así que no te conocemos? Apostaría que, hasta hoy, ninguno de nosotros había oído hablar de ti. Además, emprendimos este viaje por nuestra propia voluntad, sin que nadie nos impulsara a ello.

—¿Has terminado ya? —preguntó el desconocido.

—Por el momento, sí —contestó Tivo, con franca hostilidad en la voz—. Ahora aguardo tus respuestas y tus explicaciones.

—Trataré de contestar a todas tus preguntas. Me llamo Kial. Nada de lo que sucede en este mundo me está oculto y tengo acceso al corazón de casi todos sus moradores. Sé que estáis convencidos de que este viaje ha sido idea exclusivamente vuestra, y en cierto modo así es. Pero en el corazón del hombre actúan también fuerzas ocultas, para las que no puede encontrar explicación. Yo soy una de esas fuerzas. Fui yo quien impulsó a cada uno de vosotros a abandonar vuestro país y

emprender una misión desesperada.

»Por otra parte —continuó Kial— no estoy tan seguro de que una de tus afirmaciones se ajuste totalmente a la realidad. Creo que uno de vosotros sí ha oído hablar de mí. ¿No es cierto?

Tivo miró con sorpresa a sus compañeros. Por la expresión del rostro de Elavel dedujo que ésta estaba tan asombrada como él. Larsín, sin embargo, estaba muy pensativo.

—¿Conocías a este ser que afirma tener acceso a nuestros pensamientos más íntimos? —preguntó el rey a su maestro.

—Sabía algo sobre esas fuerzas de las que habla, e incluso había oído mencionar el nombre de Kial en relación con ellas —repuso Larsín—. Pero ignoraba que pudiera tratarse de un ser de carne y hueso. ¿O es tu aspecto una mera apariencia? —preguntó al desconocido.

—No lo es —respondió éste—. He adoptado esta forma permanentemente, con todas sus consecuencias.

—Y ¿qué quieres de nosotros? —preguntó Tivo—. ¿Acaso te interesas tanto por la salud de una muchacha enferma que te has tomado todas estas molestias para ayudarnos a encontrar el remedio que puede salvarla?

—La salud de Aguamarina me interesa profundamente, al igual que la de cualquier otro ser humano —respondió Kial—. Pero las acciones y empresas de los hombres son siempre mucho más complicadas de lo que a primera vista parecen. Los caminos forman encrucijadas, unas vidas se entrelazan con otras, de modo que es prácticamente imposible afirmar que un acto mío no tiene consecuencias o me afecta únicamente a mí. Yo percibo, globalmente, todas esas consecuencias que a vosotros se os escapan. Veo cómo se ajusta vuestra misión en la marcha general de las cosas. No me preguntéis más. Saber más de lo necesario aumentaría excesivamente vuestras preocupaciones y podría poner en peligro el éxito mismo de la empresa.

—¡Luego hay algo más! —exclamó Tivo—. Pues bien, me niego a seguir adelante si no nos explicas qué es lo que esperas obtener de nosotros.

—¿Renunciarías a la única esperanza de conseguir la curación de Aguamarina por satisfacer un orgullo inútil? —preguntó Kial, con ironía. Tivo guardó silencio.

—Dices que eres la personificación de una de las fuerzas que actúan en nuestro interior —dijo Larsín, al cabo de unos instantes—. ¿Cómo podemos estar seguros de que tratas de favorecernos? ¿Puedes demostrarnos que tu intención no es maléfica?

—No podéis estar seguros de nada, por el momento. Tendréis que creer en mí y en mis palabras. Pero algún día, antes de que la aventura termine, podré proporcionaros una prueba irrefutable. Aunque no todos vosotros la veréis.

Después de pronunciar estas palabras, Kial se negó a dar nuevas explicaciones a los tres viajeros e insistió en que el tiempo corría muy aprisa y era necesario continuar con su aventura sin más dilación.

—Estábamos tratando de encontrar una forma de atravesar estas montañas sin

vernos obligados a desandar el camino que nos ha traído hasta aquí —explicó Larsín—. ¿Conoces algún paso practicable?

—Hay uno sólo, muy difícil de encontrar. Os llevaré a él ahora mismo. Seguidme.

Entonces sucedió algo inesperado. Las protuberancias que sobresalían de sus hombros comenzaron a desplegarse y se revelaron como un par de alas enormes, parecidas a las de un murciélago. Agitándolas lentamente, Kial saltó desde lo alto del amontonamiento rocoso donde había permanecido durante toda la conversación y se deslizó sin esfuerzo hacia el nordeste, siguiendo la línea de las montañas. Al verle volar, los viajeros se quedaron como clavados en tierra.

—De modo que fue él quien pasó sobre nosotros cuando penetramos en el desfiladero —murmuró Elavel.

—Ha dicho que le sigamos —exclamó Larsín—. Si no nos damos prisa, le perderemos de vista.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Tivo.

—Es lo único que podemos hacer —repuso el maestro— si no queremos vernos obligados a regresar al gran bosque.

Larsín montó en uno de los caballos. Los dos jóvenes le siguieron, conduciendo las otras dos cabalgaduras. Kial estaba ya tan lejos que apenas podían distinguirlo.

Caminaron sin descanso durante varias horas. A veces perdían de vista a su guía, pero siempre que esto sucedió volvieron a localizarle en seguida, pues Kial se remontaba para hacerse más visible.

De pronto, el hombre-murciélago emprendió el descenso y desapareció tras unas colinas que se alzaban a su paso. Los tres viajeros se apresuraron a ascender a ellas. Cuando pusieron pie en la cumbre percibieron un paisaje impresionante por su salvaje belleza. En esta parte de la cordillera, las montañas descendían prácticamente a pico sobre un terreno enormemente desigual. Profundas gargantas cortaban el paso en todas direcciones. Acá y allá, rocas de todas las formas y tamaños imaginables yacían esparcidas como los despojos de un combate de gigantes. Tivo se sintió sobrecogido y un poco temeroso ante esta demostración del poder titánico de la naturaleza. Su alivio fue casi tangible cuando distinguió la figura de Kial que, posado sobre una enorme roca a algunos cientos de pasos de distancia, les aguardaba. De alguna forma se le ocurrió la idea de que el extraño ser parecía sentirse a gusto en aquella desolación, como si tuviera dominio sobre ella.

A través del laberinto de rocas, el hombre-murciélago les condujo por caminos que poco a poco convergían con las escarpas de la cordillera. Tuvieron que dar largos rodeos para evitar abismos impracticables y obstáculos de todo tipo. Kial les ayudó con gran paciencia, aunque para él aquel terreno no presentaba más dificultades que una llanura abierta. Cuando, después de grandes esfuerzos, llegaron al pie de las montañas, el sol se había puesto ya, por lo que decidieron pernoctar allí mismo y continuar la marcha al día siguiente.

Kial no les acompañó durante el descanso nocturno. En cuanto eligieron un lugar

adecuado para pasar la noche se despidió de ellos, no sin antes asegurarles que podían dormir tranquilos sin vigilancia, puesto que allí donde se encontraban no corrían ningún peligro, mientras que al día siguiente les esperaba una jornada agotadora, por lo que les convenía descansar lo más posible. Después extendió las alas y se alejó, negándose a explicarles a dónde se dirigía.

Después de reunir algunas ramas secas para encender una hoguera, pues la estación estaba ya algo avanzada y de noche refrescaba bastante, Tivo, Elavel y Larsín comentaron los sucesos del día durante la cena. Acabada ésta se dispusieron a conciliar el sueño, pero el rey estaba preocupado y dijo así a sus compañeros:

—¿Os parece prudente seguir su consejo y prescindir de los turnos de vigilancia?

—Yo creo que no tenemos nada que temer, puesto que Kial nos lo asegura —dijo Elavel—. Estoy tan cansada que, en cuanto cierre los ojos, me quedará dormida.

—¿Qué sabemos de Kial? —protestó Tivo—. Tan sólo lo que él nos ha dicho, que es muy poco. ¿A dónde ha ido? Tal vez a buscar ayuda para atacarnos durante el sueño. ¿No piensas como yo? —preguntó a su maestro.

—Personalmente, opino que podemos confiar en Kial —respondió éste—. Pero si tú crees que debemos vigilar, vigilemos.

—Está decidido, entonces —dijo Tivo, cortando las protestas de Elavel—. Yo haré la primera guardia. Estoy seguro de que no nos arrepentiremos de ello.

Mientras el rey de Tiva vigilaba, sentado junto a la hoguera, sus compañeros se tendieron en el suelo, envueltos en sus mantas. En pocos minutos su respiración regular indicó a Tivo que dormían.

De pronto, tal vez como reacción a la tensión nerviosa que le había sostenido durante toda la jornada, sintió un cansancio enorme. Durante largo rato luchó contra la somnolencia que le invadía. Se puso en pie y paseó por los alrededores, pero descubrió que casi no podía dar un paso. Sentía fuertes dolores en las piernas. Acabó por dejarse caer en tierra, cubriéndose con una manta y esforzándose por mantenerse despierto. Cerró los ojos unos momentos.

Cuando los volvió a abrir era de día. El fuego se había apagado y Kial estaba de pie, inmóvil, a su lado. Elavel y Larsín dormían aún a poca distancia. Avergonzado, reconoció para sí que se había equivocado en sus sospechas. Kial había tenido oportunidad sobrada de hacerles daño, pero nada les había sucedido.

—Despierta a tus compañeros y preparaos a marchar —dijo Kial—. Dentro de un rato volveré a buscaros. —Dicho esto, desapareció.

Los tres viajeros desayunaron rápidamente, recogieron el campamento y aparejaron los caballos. Apenas estuvo todo listo cuando vieron acercarse al hombre-murciélago, volando a poca altura.

—Ha llegado el momento de despedirnos —dijo Kial, mientras se posaba con ligereza a su lado.

—¡Pero si nos dijiste que ibas a mostrarnos un paso para cruzar las montañas y salir del valle! —protestó Tivo.

—Eso es, exactamente, lo que he hecho —contestó Kial—. Rodead esta roca junto a la que os habéis cobijado esta noche y encontraréis el camino que prometí mostraros.

Así lo hicieron. Al otro lado de la roca se elevaba un contrafuerte de la cordillera, en la base del cuál se abría la boca, negra como la tinta, de un túnel o caverna.

—Este túnel atraviesa las montañas y os llevará a su vertiente noroeste —explicó Kial—. No podéis perderos. No tiene bifurcaciones.

—¿No quieres acompañarnos un poco más? —preguntó Elavel—. Nos sentiremos menos seguros sin tu ayuda.

—No me es posible —respondió el hombre-murciélago—. Tengo otros asuntos que resolver. Además, vosotros no correréis peligro durante los próximos días. Después... será diferente. Pero puedo anticiparos algo: En vuestra aventura llegará un momento en que os encontraréis en una situación tan desesperada que todo os parecerá perdido. Cuando esto suceda, tened esperanza. Yo acudiré en vuestra ayuda.

»Antes de despedirnos quiero recordaros que tenéis una misión que cumplir: una misión aun más importante que vuestra propia vida. Salvar ésta a costa del éxito de la empresa significaría el fracaso de muchas cosas, más de las que podéis imaginar.

—¿Qué camino debemos seguir cuando lleguemos al otro lado del túnel? —preguntó Tivo.

—Eso tendréis que decidirlo vosotros mismos. Pero os aconsejo que no perdáis tiempo y energías preocupándoos por lo que os pueda deparar esta aventura y por los pasos que tendréis que dar para coronarla con éxito. Ocupaos, más bien, en resolver el problema inmediato. Recordad que no conocéis todos los detalles de la misión y las exigencias concretas que os demandará. Todo eso tendréis que ir descubriéndolo poco a poco, a medida que avancéis en el camino que habéis emprendido.

»Y ahora, adiós. Pero no temáis. Tened confianza. Os repito que soy yo quien os ha enviado a esta misión y que os ayudaré a cumplirla.

Después de darles estos consejos, Kial abrazó a los tres viajeros, desplegó las alas y se alejó volando hacia el sur. Pronto se perdió de vista.

—¿Te convences ahora de que Kial es amigo nuestro? —preguntó la joven a Tivo.

—No estoy seguro aún —respondió éste—. No sabemos lo que nos espera dentro de ese túnel.

—Pero debemos intentar cruzarlo —repuso Larsín—, pues no tenemos alternativa. Aunque, por mi parte, no dudo de que Kial intenta realmente ayudarnos.

Tivo y Elavel procedieron entonces a recoger gran cantidad de ramas secas que pudieran hacer el papel de antorchas para iluminar su marcha a través del túnel. Por fin se introdujeron en él. Era bastante estrecho y serpenteante, de modo que se vieron obligados a marchar en fila india. Pero su altura era suficiente para un hombre montado a caballo.

Como les había anunciado Kial, no encontraron bifurcaciones ni peligros, aunque

la marcha fue larga y fatigosa en extremo y la estrechez del túnel les produjo una intolerable sensación de claustrofobia y un gran deseo de volver a ver el sol.

Hicieron tan sólo un breve alto para comer y reanudaron la marcha en seguida, pues estaban deseosos de salir de allí cuanto antes. Pero hasta muchas horas más tarde no distinguieron a lo lejos una ligera claridad, que poco a poco fue creciendo a medida que se aproximaban al otro extremo del túnel. Por fin pusieron pie en el exterior y se encontraron al aire libre, al borde de una empinada cuesta que descendía hasta una amplia llanura desértica sobre la que incidían los últimos rayos del sol poniente. Habían abandonado el valle perdido.

EL DESIERTO

La proximidad de la noche les obligó a buscar refugio. Al cabo, se convencieron de que ningún lugar sería más adecuado para protegerles del frío intenso que comenzó a hacerse sentir tan pronto desapareció el sol tras del horizonte, como el propio túnel por el que acababan de atravesar la cordillera. No deseaban regresar a él después de su larga marcha de un día entero a través de las tinieblas, pero no pudieron encontrar ramas secas que les permitieran encender una hoguera junto a la que pernoctar al aire libre.

A la mañana siguiente hicieron un rápido inventario de sus posesiones y vituallas. La abundante provisión de carne que habían reunido durante el primer día de su estancia en el valle perdido había disminuido considerablemente. Como mucho, tendrían suficiente para cuatro o cinco días más, si la racionaban hasta lo indispensable. El problema más acuciante era el agua. Hasta ahora no habían sufrido escasez de este elemento, pues tanto en el gran bosque como en el valle perdido encontraron arroyos y fuentes que les permitieron renovar su provisión. Pero ahora, después de cruzar las montañas, se encontraban ante un terreno desértico, desprovisto posiblemente de agua, vegetación y animales grandes, a través del cual tendrían que marchar, quizá durante muchas jornadas. Era indispensable llenar al máximo sus mochilas y cantimploras antes de dar comienzo a esta nueva etapa de su viaje.

—Kial podía habernos avisado de lo que nos esperaba —refunfuñó Tivo—. En el valle perdido habría sido más fácil encontrar agua y alimento.

—Eres injusto, Tivo —le reconvino Larsín—. Kial no tenía obligación alguna para con nosotros y nos ha prestado un gran servicio. Además, no es bueno apoyarse exclusivamente en los demás y tratar de eludir nuestras propias responsabilidades. Lo menos que podemos hacer es ocuparnos nosotros mismos de resolver el problema del avituallamiento.

—Estoy de acuerdo —repuso Elavel.

—¡Era de esperar! —exclamó Tivo, revolviéndose contra ella—. Cualquier cosa que haga o diga Kial está bien para ti. Desde que le encontramos has dejado de pensar por ti misma.

—Pues tú no has hecho otra cosa que protestar y amenazarnos con los grandes males a los que nos exponíamos al seguir sus consejos. Hasta ahora tus augurios han carecido de todo fundamento. Más te hubiera valido callar.

Tivo intentó responder agriamente a la joven, pero Larsín se lo impidió.

—¡Por favor, muchachos! Discutiendo violentamente sólo conseguiremos retrasar la tarea que debemos realizar. Es imperioso que encontremos agua y alimento.

De mala gana, Tivo se contuvo. En el fondo se daba cuenta de que a sus compañeros no les faltaba razón. Pero tenía el genio vivo y el orgullo de la juventud y no quería reconocer ante ellos que se había equivocado totalmente en sus juicios sobre el hombre-murciélago, que hasta entonces se había desvivido por ayudarles.

La boca del túnel se abría sobre un estrecho pretil en el flanco de la montaña, por lo que la primera dificultad que les aguardaba era cómo bajar hasta la llanura. Desafortunadamente, la ladera era bastante empinada y estaba cubierta de grava suelta, por lo que el descenso resultaría difícil y peligroso, especialmente para los caballos. Los viajeros no disponían de cuerdas, pues Larsín no había previsto la posibilidad de que se vieran obligados a practicar alpinismo.

Sus temores se vieron confirmados muy pronto. La montura que conducía Elavel perdió el equilibrio en uno de los puntos menos practicables y se precipitó en medio de una pequeña avalancha. En cuanto a la muchacha, se salvó por poco de acompañar al caballo.

Cuando al fin llegaron al pie de la ladera, sin más inconveniente, encontraron moribunda a la pobre bestia. Un somero examen convenció a Larsín de que el animal, que se había roto dos patas, no tenía salvación. Tuvieron que darle muerte para ahorrarle sufrimientos.

—Al menos, ahora no tendremos que perder tiempo buscando piezas de caza —comentó Tivo—. Aquí tenemos alimento suficiente para varios días.

—¡Cómo! —exclamó Elavel, indignada—. ¿Piensas que vamos a comer la carne de ese caballo?

—¿Por qué no? Necesitamos provisiones para atravesar el desierto y aquí las tenemos. Sería estúpido desaprovecharlas.

Larsín compartió el parecer del rey, por lo que Elavel hubo de callar, aunque no muy convencida. Después de preparar la carne del caballo muerto y repartir la carga, los viajeros emprendieron la búsqueda de algún arroyo o corriente de agua donde llenar sus cantimploras.

La suerte les fue propicia, pues pocas horas después dieron con lo que buscaban y se hallaron por fin en condiciones de dar comienzo a la travesía del desierto. Sólo les faltaba decidir la dirección de su marcha. Ninguno de ellos tenía una idea clara de la geografía de la región, pero suponían que no debían de hallarse lejos de la frontera noroeste del reino de Tiva. Por ello no fue difícil que se impusiera la opinión del rey de marchar directamente hacia el oeste y alejarse lo antes posible de los montes Latios.

Cuatro días más tarde nuestros viajeros se encontraban en el corazón de un mundo hostil. El suelo estaba cubierto por una fina capa de polvo que se levantaba con cualquier soplo de aire y se adhería a la piel, los vestidos y la garganta,

haciéndoles difícil respirar e incómoda la marcha y provocándoles una sed excesiva, en detrimento de su provisión de agua. Además, la muerte del caballo les había forzado a emprender la travesía del desierto a pie, pues las provisiones y el equipo eran carga suficiente para las dos monturas que quedaban.

No habían recorrido más que un breve trecho después del descanso de mediodía, cuando Larsín señaló a los muchachos un objeto extraño que acababa de atraer su atención, a cierta distancia a la izquierda de la dirección que venían siguiendo.

—Vamos a ver qué es —propuso Tivo.

Cuando se acercaron un poco más pudieron distinguir que no se trataba de un objeto único, sino de gran cantidad de huesos esparcidos y medio enterrados en la arena, que aparentemente habían pertenecido a un animal bastante grande. Algunos de los huesos conservaban jirones de carne ensangrentada, lo que indicó a los viajeros que la muerte del animal no podía haber tenido lugar mucho tiempo atrás, y que sus restos habrían sido devorados por algún gran carnívoro o carroñero. En corroboración de esto, distinguieron un rastro fresco que se alejaba hacia el sur. Las huellas, de gran tamaño, parecían corresponder a un ser que se desplazara únicamente sobre las patas traseras.

Continuaron la marcha. Algunas horas más tarde, después de ponerse el sol, mientras los aventureros buscaban un lugar algo resguardado donde pasar la noche con menos incomodidad, Elavel miró casualmente hacia atrás y distinguió una forma oscura que se movía en el horizonte del este, en la dirección de donde precisamente acababan de llegar. Las sombras del crepúsculo no le permitían distinguir su forma, pero pronto fue evidente que se estaba aproximando muy aprisa, siguiendo su rastro.

Tivo desenvainó la espada y avanzó algunos pasos. A medida que la sombra se acercaba, pudo distinguir con más claridad sus detalles. Percibió primero que no se trataba de un ser único, sino de dos enormes caricaturas humanas. Después vio que sus cuerpos globulares, casi esféricos, se sostenían sobre dos piernas extremadamente largas y delgadas, que terminaban en unos anchísimos pies planos. Sus brazos, cortos y musculosos, les prestaban la apariencia de una fuerza colosal. Carecían de cuello. Pero era su rostro lo que hacía más horrible su aspecto: dos ojos diminutos y hundidos brillaban como carbones encendidos sobre un hocico bestial, que terminaba en una boca de la que sobresalían dos agudos colmillos. Una mata de pelo hirsuto en la cabeza y dos orejas enormes completaban el cuadro. La estatura total de cada uno de los monstruos se aproximaba al doble de la de un hombre.

—Son los seres monstruosos del desierto —se oyó murmurar a Larsín—. ¡Cuidado! ¡Son terribles!

—¿Quiénes sois y qué queréis de nosotros? —exclamó Tivo, dirigiéndose a los recién llegados. Éstos se detuvieron en seco a diez pasos y observaron a los tres viajeros. Su hocico se movía espasmódicamente, como si estuvieran tratando de captar su olor.

Vagamente, Tivo percibió que no se enfrentaba solo a los monstruos. Elavel se

había adelantado hasta colocarse junto a él, un poco a su derecha, con el arco montado y una flecha dispuesta. Pero no tuvo tiempo de decirle nada, pues en ese momento los dos seres se lanzaron al ataque en medio de un ominoso silencio.

Tivo vio cómo la muchacha tensaba al máximo su arma y disparaba la flecha cuando el primero de los monstruos se encontraba casi encima de ella. El proyectil se hundió totalmente en el cuerpo globular del gigantesco ser, desapareciendo en su interior. Pero esto no logró detenerle. Llevado por el impulso adquirido llegó junto a Elavel y le arrancó el arco de la mano, rompiéndolo en dos pedazos sin el menor esfuerzo. Después su enorme masa se precipitó sobre la joven.

Pero Tivo estaba entonces muy ocupado para poder prestar ayuda a su compañera. El otro ser le había elegido como enemigo y se aproximaba con precaución hacia él, sin separar la mirada de sus ojillos de la punta de la brillante espada, que Tivo mantenía siempre en dirección al monstruo. Por último, éste hizo una finta y se precipitó hacia el rey.

Tivo dio un salto hacia atrás para eludir el ataque y trató de ensartar a su enemigo con la espada. De pronto, el brazo del extraño ser se proyectó hacia adelante y, adelgazándose y alargándose como un látigo, rodeó el cuello del rey, quien cayó al suelo. Pero tuvo la suerte de no soltar el arma, cuyo filo rozó casualmente el cuerpo del monstruo, cerca del origen del brazo extensible. Cuando la bestia se sintió herida, emitió un sordo gruñido y su extremidad se contrajo hasta su tamaño original, dejando libre a Tivo, que se apresuró a ponerse en pie.

La lucha continuó. El monstruo giraba a su alrededor esperando un momento adecuado para repetir su ataque por sorpresa. Pero, cuando al fin se decidió, Tivo estaba sobre aviso y con un fuerte mandoble seccionó limpiamente un brazo de su enemigo.

El ser monstruoso dio entonces un grito terrible y retrocedió algunos pasos. Tivo se apresuró a perseguirle para aprovechar la ventaja adquirida y hundió el arma hasta la empuñadura en su cuerpo globoso.

Con un movimiento brusco, el monstruo arrancó la espada de la mano del rey y se alejó algunos pasos. Pero la estocada debió haber afectado algún centro vital, pues casi inmediatamente comenzó a vacilar y a moverse con dificultad. Por fin cayó al suelo y, tras agitarse espasmódicamente unos momentos, quedó quieto para siempre.

Tivo recobró la espada y buscó con la mirada al segundo ser monstruoso. Vio entonces que éste había caído también, víctima de la certera flecha de Elavel, a quien Larsín ayudaba a levantarse. La joven estaba magullada, pues el pesado cuerpo de su enemigo muerto le había caído encima. Tampoco Tivo había resultado totalmente ileso: una ancha línea roja alrededor de su cuello indicaba el lugar donde el brazo de su contrincante entró en violento contacto con su piel. Este brazo debía de estar cubierto por alguna sustancia irritante, pues el arañazo comenzó pronto a escocerle y le provocó fuertes dolores. Pero, al menos, habían podido librarse del terrible ataque sin sufrir mayores daños.

—Hemos tenido suerte de que sólo fueran dos —exclamó Larsín—. No habríamos podido defendernos contra un grupo más numeroso.

No queriendo pernoctar junto a los cadáveres, que despedían un hedor intenso, los tres viajeros continuaron la marcha durante las primeras horas de oscuridad. Por fin hallaron una hondonada que les pareció relativamente resguardada y allí decidieron pasar la noche.

—Esos seres que nos han atacado ¿eran bestias u hombres? —preguntó Tivo a Larsín, mientras preparaban un somero campamento.

—Eran dos de los monstruos del desierto, de la misma raza que los que terminaron con la expedición del rey Duva. Ignoro si poseen inteligencia aunque, después de haberlos visto, dudo que tengan mucha.

—Entonces, una de las piezas del rompecabezas pudo caer en su poder —repuso Elavel—. ¿No haríamos bien en buscarla?

—No estoy seguro de que estos seres sean capaces de reconocer el valor de un objeto mágico, aun cuando lo tengan a su alcance. Si se apoderaron de él, seguramente lo habrán perdido durante los tres siglos largos transcurridos.

—Entonces temo que sería inútil buscarla —dijo Tivo—. Debió de quedar abandonada en el desierto hace mucho tiempo y, o bien alguien la encontró y se la llevó consigo, o estará enterrada bajo la arena.

Al mediodía del día siguiente percibieron por primera vez una señal de que el fin de la travesía del desierto no se hallaba lejano. Directamente frente a ellos y en la dirección de su marcha, distinguieron a gran distancia un objeto blanco que destacaba en el horizonte. Pronto no les cupo duda de su naturaleza: era una cumbre nevada. A medida que se acercaban a ella vieron surgir a su alrededor otras tres manchas semejantes. Lo que les aguardaba en el oeste, por consiguiente, no era una montaña aislada, sino todo un macizo o quizá, incluso, una cordillera.

Su marcha se prolongó aún por espacio de otros cinco días. Pero no llegaron a sufrir escaseces y la vista de las montañas, que cada día se acercaban visiblemente, les alegró en extremo y les dio fuerzas para resistir las últimas penalidades de esta etapa de su viaje.

Diez días después de la partida de la boca del túnel que les sirvió para abandonar el valle perdido, llegaban por fin a las estribaciones de la nueva cordillera. Pronto encontraron comida y agua, aunque no en abundancia. Caía la noche cuando los viajeros alcanzaron uno de los contrafuertes de la primera montaña que habían distinguido a lo lejos, en el desierto. Estaban rodeando el saliente rocoso para llegar a su vertiente norte, donde esperaban encontrar un lugar adecuado para pasar la noche, cuando se abrió ante ellos la boca oscura y de aspecto imponente de una caverna enorme.

LA CAVERNA DE LA MONTAÑA

—¿Qué hacemos? —consultó Tivo a sus compañeros—. ¿Entramos?
 —Es un sitio tan bueno como cualquier otro para pasar la noche —exclamó Elavel.
 —Pero también puede ser el cubil de algún animal salvaje —dijo Larsín.

Tivo estudió el terreno en las proximidades de la boca de la caverna. Al cabo de un rato, dijo:

—No parece haber por aquí huellas ni restos de comida. Creo que esta cueva está deshabitada.

—Lo dudo —repuso Larsín—. Es un lugar demasiado conveniente. En cualquier caso, es casi de noche. No es el momento más adecuado para explorar una caverna desconocida.

—El día y la noche no tienen importancia ahí dentro —dijo Tivo, asomándose a la boca de la cueva—. Parece muy profunda. ¿Qué opinas, Elavel?

—No lo sé. Es posible que Larsín tenga razón y esta caverna sea la guarida de alguna bestia feroz, pero en ese caso estamos igualmente en peligro aquí fuera. Suponed que saliera.

—Al menos podríamos verla y tal vez huir de ella —exclamó Larsín—. Ahí dentro estaremos perdidos si somos atacados en plena oscuridad.

—Creo que no terminaremos con éxito esta aventura si nos comportamos siempre con prudencia —adujo Tivo—. He decidido entrar. Si queréis seguirme, podéis hacerlo. Si no, iré solo.

—Por supuesto que vamos contigo —exclamaron sus dos compañeros.

Algunos árboles resinosos que crecían cerca de la entrada les proporcionaron la materia prima necesaria para fabricar unas cuantas antorchas. Así preparados, nuestros viajeros trabaron sus cabalgaduras, regresaron a la boca de la caverna y se dispusieron a entrar.

Lo primero que vieron sus ojos fue un espacio inmenso, rodeado por todas partes por la negrura más absoluta. La luz de las antorchas se perdía a treinta pasos de distancia, sin descubrir las paredes ni el techo del recinto. Sólo en las proximidades de la entrada eran visibles las dos grandes murallas de roca que la enmarcaban y que se alejaban rápidamente en ángulo muy abierto.

—Esto es enorme —susurró Tivo—. Parece como si la montaña estuviera hueca.

—¡Adelante! —exclamó Elavel.

Entraron. No corrían peligro inmediato de perderse, puesto que era noche de luna llena y la boca de la cueva destacaba, a sus espaldas, contra la negrura que les rodeaba. Después de dar unos cien pasos tropezaron con la pared opuesta.

—¡Mirad! —exclamó Tivo, elevando su antorcha—. Allí se abre la entrada de un pasadizo.

—Me ha parecido ver una sombra oscura hacia la derecha —dijo Elavel—. Tal vez se trate de otro túnel.

Un examen cuidadoso les hizo ver que la pared de la caverna estaba perforada en este punto, no por uno, sino por tres pasadizos diferentes. Todos ellos eran bastante estrechos, permitiendo únicamente el paso de una persona no muy alta. A la luz de las antorchas descubrieron que los dos de los extremos presentaban cierta inclinación hacia arriba y desaparecían a los pocos pasos en curvas muy pronunciadas. El del centro, por el contrario, parecía extenderse indefinidamente en línea recta y ser perfectamente horizontal. Decidieron seguirlo para descubrir a dónde iba.

Tivo abrió la marcha, seguido por Larsín y Elavel. Poco más de cien pasos más allá del principio del pasadizo, éste se curvaba extrañamente en forma de S, bajando primero de nivel al tiempo que se deslizaba hacia la derecha, ascendiendo luego durante un corto tramo recto hacia la izquierda y descendiendo, por último, hasta llegar a un punto que no distaría más de veinticinco pasos en línea recta del principio de la desviación. Al mismo tiempo, la altura del pasadizo disminuyó, lo que obligó a los exploradores a avanzar inclinados.

—Esto parece un sifón —comentó Larsín.

Sus compañeros no tuvieron ocasión de contestarle. En ese instante acababan de alcanzar el final del tramo curvo y se encontraron ante una visión inesperada. A cinco pasos de donde estaban, el pasadizo desembocaba en un recinto enorme, aún más grande que el situado a la entrada de la gruta. Era abovedado y casi circular, con un diámetro de unos doscientos pasos. Su altura en el centro era superior a la de cincuenta hombres. Las paredes, perfectamente lisas, sólo estaban interrumpidas en dos puntos diametralmente opuestos, en uno de los cuales se encontraban los tres viajeros. Al otro lado del recinto se abría lo que parecía ser la continuación del pasadizo. Todo esto pudieron percibirlo porque la caverna semicircular estaba iluminada por una luz rojiza que se reflejaba con extrañas irisaciones en las paredes y el techo y que procedía de una gran hoguera encendida en el centro mismo de la inmensa excavación. Delante de esa hoguera, de espaldas a Tivo y sus compañeros, destacaba la forma de un ser humano inclinado, como agazapado junto al fuego.

Lentamente se acercaron hacia el centro del recinto hasta llegar a pocos pasos del extraño, que a esa distancia les pareció un anciano encorvado por el peso de muchos años y que no aparentaba haberse dado cuenta de la llegada de los tres viajeros. Pero cuando Tivo se disponía a decir algo para atraer su atención, una voz profunda

retumbó en la caverna. No procedía de la figura, que permaneció inmóvil dándoles la espalda. Más bien se trataba de un sonido articulado que parecía emanar de las paredes y el techo del recinto.

—¿Qué hacéis aquí?

Tivo, Elavel y Larsín se volvieron en todas direcciones tratando de averiguar la procedencia de la voz, pero en ninguna parte pudieron observar señal alguna de vida o movimiento, excepto en las llamas de la hoguera y en la forma oscura reclinada junto a ésta.

—¿Quién habla? —gritó el rey, mirando a su alrededor y avanzando algunos pasos hacia la figura central.

—¡No os mováis de donde estáis! —tronó la voz misteriosa.

Tivo se detuvo. Quienquiera que fuera el que hablaba, tal vez tuviera el poder de disparar contra ellos desde algún lugar oculto. Donde se encontraban ofrecían un blanco perfecto. Era mejor obedecer las instrucciones de la voz.

—¿Qué buscáis aquí? —La pregunta resonó de nuevo en toda la extensión de la caverna.

Tivo decidió de pronto ser audaz. Hasta ese momento nunca habían discutido si su empresa debía llevarse a cabo en secreto. Inconscientemente, desde que salieron del reino de Tiva bajo cubierta de la oscuridad, lo había dado por supuesto. Pero ahora le pareció oportuno correr un riesgo y contestó con la verdad.

—Vamos en busca de una de las piezas de cierto objeto mágico que se rompió hace muchos siglos y que perteneció a uno de mis antepasados.

Un silencio sepulcral sucedió a sus palabras. La figura agazapada junto al fuego no se movió, pero las llamas se avivaron de pronto, arrojando sombras movedizas sobre las paredes de la gruta. Después de unos instantes, la voz volvió a hablar diciendo:

—¿Por qué queréis hallarla?

—La necesitamos para devolver la salud a mi prometida, la princesa Aguamarina de Itin, que está gravemente enferma —respondió el rey.

De nuevo se produjo un largo silencio. Tivo y sus compañeros aguardaron impacientes, pero esta vez la espera fue más prolongada. Por fin, la extraña voz les interrogó por tercera vez.

—¿Dónde esperáis encontrarla?

—No lo sabemos —dijo Tivo, a quien sus compañeros habían cedido, tácitamente, el puesto de portavoz—. Tenemos razones para creer que al menos cuatro de las piezas, tal vez cinco, salieron de Tiva por la frontera del noroeste. Por eso estamos aquí.

Esta vez la pausa fue más breve. Y aunque parecía imposible distinguir inflexiones en un sonido tan resonante, Tivo creyó percibir cierta emoción en la respuesta que ahora obtuvo. Pero de qué emoción se trataba no habría podido indicarlo.

—Os ayudaré —dijo la voz—. Sé dónde se encuentra una de esas piezas que buscáis. Debéis dirigirlos al país de Klír. Allí la encontraréis.

—¿Dónde está ese país? —preguntó Tivo—. ¿En qué dirección debemos viajar?

—Dirigíos siempre hacia el oeste. Más pronto o más tarde llegaréis allí.

—¿No puedes darnos indicaciones más precisas? El país de Klír puede ser muy grande.

—No os resultará difícil hallar lo que buscáis cuando estéis allí.

—¿Quién eres? ¿Desde dónde nos hablas?

—Eso no os concierne.

—¿Quién es este anciano que está junto a la hoguera? ¿Tiene algo que ver contigo? ¿Por qué no se mueve ni parece darse cuenta de que estamos aquí?

—Ya habéis hecho suficientes preguntas. No contestaré a ninguna más. Os aconsejo que salgáis de aquí cuanto antes si no queréis que vuestro viaje tenga un final prematuro.

Tivo y sus compañeros se miraron. Sin necesidad de hablar, como de mutuo acuerdo, retrocedieron por donde habían venido, atravesaron el pasadizo del sifón y la caverna de la entrada y salieron al exterior. La luna se había desplazado considerablemente hacia el poniente, lo que les indicó que la medianoche había quedado atrás. El horizonte del este, en cuanto las montañas no les interrumpían la mirada, aparecía cubierto por nubes espesas, como si se aproximara una tormenta.

—¿Pasamos la noche aquí mismo, en la boca de la cueva? —propuso Tivo.

—¿Y si nuestra presencia molesta al que se oculta en ella? —dijo Elavel.

—Pero, si nos vamos de aquí, tendremos que pernoctar al aire libre, y aquellas nubes amenazan tormenta. El viento viene del este. Fíjate con qué velocidad se aproximan.

—Tal vez encontremos otra caverna —sugirió Elavel.

—O tal vez no —repuso Tivo—. O, lo que sería peor, puede que no estuviera desocupada. ¿Qué hacemos, Larsín?

—No lo sé —respondió éste—. Estoy desorientado. No comprendo nada de lo que ha sucedido ahí dentro. No tengo la más remota idea de quién pueda ser el habitante de la caverna ni qué podría hacer contra nosotros.

—Parecía muy interesado en que saliéramos de allí cuanto antes —dijo el rey—. Casi me dio la impresión de que nos temía. Creo que no debemos marcharnos tan aprisa, sin tratar de sonsacarle algo más.

—Pero ¿y si te equivocas en tus suposiciones? —objetó Elavel—. Si nos quedamos aquí correremos un riesgo innecesario.

—Si no estás dispuesta a correr riesgos, más vale que regreses a Tiva y abandones la aventura. Por mi parte, yo me quedo aquí. Vosotros podéis hacer lo que queráis.

Naturalmente, después de estas palabras de Tivo, Elavel se enojó y declaró su intención de pernoctar en la caverna, pasara lo que pasara. Larsín no estaba muy convencido, pero cedió a los deseos del rey.

La noche transcurrió sin incidentes. Cuando al fin salió el sol, las nubes se habían disipado. La luz del día penetró profundamente en la primera gruta a través de la enorme entrada y les permitió examinar con mayor claridad su interior. Era aproximadamente circular, aunque mucho menos regular que la caverna donde oyeron la voz. Las paredes, rugosas y desiguales, presentaban únicamente las tres aberturas que descubrieron la noche anterior. No había nada allí dentro salvo un montón de cenizas y hojas secas, cerca de la salida, donde al parecer alguien había encendido una hoguera no mucho tiempo atrás.

Tivo enarboló un par de antorchas, encendió una de ellas y se dirigió a la entrada del pasadizo central.

—¿A dónde vas? —le preguntó Larsín.

—Quiero examinar de nuevo esa gruta —respondió—. Tal vez de día las cosas tengan otro aspecto.

—Ahí dentro no existe diferencia alguna entre el día y la noche.

—De todas formas, quiero verlo —exclamó el rey, mientras se alejaba sin aguardar a sus compañeros.

—Vamos tras él —susurró Larsín a Elavel—. No podemos dejarle ir solo.

—¿Por qué no? —refunfuñó la muchacha entre dientes—. Si quiere poner en peligro su dura cabeza, que lo haga. —Pero siguió al maestro al interior del pasadizo.

Afortunadamente, Larsín se había provisto de otra antorcha, porque la luz de Tivo se veía ya bastante alejada y desapareció por completo cuando el rey alcanzó la parte curva del pasillo. No volvieron a verle hasta que llegaron a la entrada de la caverna circular. Una oscuridad absoluta reinaba en su interior.

—Aguardadme aquí —dijo el rey—. Quiero explorar la caverna, pero no deseo perder de vista la salida.

Elavel y Larsín vieron cómo su luz se alejaba hasta convertirse en una chispa diminuta. La vieron moverse en varias direcciones diferentes a medida que Tivo se desplazaba. Por fin volvió hacia ellos.

—No hay nada —dijo—. Ni rastro del anciano. Tampoco he descubierto señal alguna de que aquí se haya encendido una hoguera.

—Salgamos —rogó Larsín. Esta vez Tivo se dejó llevar por sus compañeros.

—No debemos perder más tiempo aquí —dijo el maestro cuando llegaron al exterior de la gruta—. Quienquiera que fuese el que nos habló anoche ahí dentro, se ha marchado.

—Pero no por esta entrada —repuso Tivo—. Hemos vigilado toda la noche. Nadie pasó por aquí.

—No sabemos cuántas salidas puede tener esta caverna —intervino Elavel—. Hay varios túneles que no hemos explorado. Puede estar escondido en cualquier sitio. Si desea ocultarse, no le costará hacerlo. Él conoce los pasadizos; nosotros, no.

—¡Está bien! —exclamó Tivo, furioso—. Puesto que estáis de acuerdo, vámonos de aquí. Pero tengo el presentimiento de que en esta caverna sucede algo raro y de

que haríamos bien en investigar más a fondo.

—Yo creo que sería inútil —murmuró Larsín.

Tivo no respondió. Junto con Elavel, se ocupó en aparejar los caballos y cargar el equipaje. Después, los tres viajeros reanudaron en silencio la marcha hacia el oeste.

El camino que seguían bordeaba, por un lado, la vertiente norte de la cordillera y, por el otro, una extensa e interminable estepa herbácea que se perdía de vista en las tres direcciones del horizonte que no cerraban las montañas. Apenas se veían árboles, salvo en los flancos de la cordillera. A lo lejos, destacando como islas movedizas en un mar de hierbas altas, distinguieron un grupo de animales más grandes que un hombre, que por su forma les recordaron conejos gigantes. Quizá los huesos que encontraron en el desierto pertenecieron a una de estas bestias.

Dos días después de abandonar la caverna de la montaña, se vieron obligados a desviarse hacia el noroeste para rodear la línea de las tierras altas, que aquí se prolongaba en un farallón rocoso a través de su ruta. Cuando rebasaron el obstáculo vieron un paisaje diferente. Al otro lado del promontorio, las montañas retrocedían hacia el suroeste, dejando libre, entre ellas y la estepa, un amplio espacio protegido contra los vientos fríos del este. Esta extensión estaba ocupada por un bosque de árboles de hoja caduca que ahora, al aproximarse el invierno, aparecían desnudos de gran parte de su follaje. Entre los viajeros y el bosque corría un riachuelo que se perdía de vista en dirección al norte y que bien pronto hubieron de cruzar. El agua era muy limpia y estaba fría como el hielo. No se atrevieron a beber de ella directamente, pero les sirvió para reponer su provisión.

Aquella noche descansaron al borde de la estepa, a cierta distancia de la espesura. Su experiencia en el gran bosque les había enseñado a desconfiar de las grandes extensiones cubiertas de árboles y, aunque ésta no podía ser muy ancha, limitada como estaba por las montañas, prefirieron abstenerse de penetrar en su interior.

Pasó la noche. La situación entre Tivo y Elavel continuaba tensa. Los dos jóvenes apenas habían intercambiado dos palabras desde su violenta discusión, tres días atrás. Durante el desayuno, Larsín decidió forzarles a salir de su mutismo.

—Es hora ya —dijo— de que deliberemos sobre lo que conviene hacer. Debemos estar, aproximadamente, a la altura del centro de la estepa que linda con Tiva por el noroeste. ¿Hacia dónde debemos dirigirnos?

—La voz de la caverna nos dijo que una de las piezas del rompecabezas está en el país de Klír —dijo Elavel.

—No creo que esa voz nos merezca confianza —replicó, hosco, Tivo—. Acaso el país de Klír ni siquiera exista. ¿Quién ha oído hablar de él?

—Yo —dijo Larsín—. Se le menciona en antiguas crónicas. No se halla muy lejos del país de Tacta, a donde se dirigía el rey Duva durante su desastrosa expedición.

—¿Sabes el camino para llegar allí?

—No estoy seguro. Pero creo que deberíamos cruzar las montañas a la primera oportunidad.

—Tenemos otra alternativa —dijo el rey—. Tres o cuatro de las piezas cayeron en poder de los nómadas que habitan la estepa ¿no es cierto? Ya que estamos aquí, busquémoslas.

—¿Por dónde? —preguntó Elavel.

—Tratemos de localizar algún grupo de nómadas. Tal vez puedan darnos información.

—Creo que ya lo hemos encontrado —musitó Larsín, señalando hacia el norte. Sobre una loma situada a unos quinientos pasos del campamento, acababan de aparecer las siluetas de una docena de hombres montados.

LOS NÓMADAS DE LA ESTEPA

Al divisar el campamento, los jinetes se detuvieron y parecieron entablar durante algunos momentos una animada discusión. De pronto uno de ellos, probablemente su jefe, levantó la mano e hizo un gesto de mando. Inmediatamente el grupo entero se lanzó al galope hacia los viajeros, vociferando gritos de guerra y blandiendo las armas.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Larsín.

—¡Aprisa! —dijo Tivo a sus compañeros—. ¡Corred hacia el bosque! Tal vez se contenten con saquear el campamento. Yo os sigo.

Larsín y Elavel obedecieron. Antes de imitarles, el rey disparó uno de sus dardos contra los atacantes. Sin detenerse a averiguar si haría blanco, arrojó el arco al suelo, giró en redondo y corrió tras el anciano y la muchacha.

Una lluvia de flechas cayó a su alrededor. Afortunadamente, la puntería de los jinetes no podía ser muy certera, lanzados como estaban en su vertiginoso ataque. Mientras corría, Tivo oyó crecer el retumbar de los cascos de los caballos. Iban a alcanzarles.

De pronto, el rey vio caer a Larsín, herido por una flecha. Elavel, que corría junto al anciano, se detuvo y se inclinó para ayudarle a ponerse en pie. Entonces Tivo se volvió y, enfrentándose a sus perseguidores, desenvainó la espada. Vendiendo cara su vida esperaba dar tiempo a sus compañeros para internarse en el bosque y escapar.

La mitad de los jinetes se desviaron para evitar al rey y seguir a los dos fugitivos. Los otros seis se detuvieron a algunos pasos de Tivo, quien por primera vez pudo examinarlos con atención. La expresión de sus rostros, ávida y salvaje, no le inspiró confianza y se extrañó de que no acabaran rápidamente con él, pues constituía un blanco excelente para sus flechas.

Mirando hacia atrás apresuradamente pudo ver cómo Elavel, en quien Larsín se apoyaba tambaleante, conducía al anciano hasta los primeros árboles de la espesura, desapareciendo en seguida entre ellos. Afortunadamente, esta zona del bosque era muy tupida, con numerosas ramas bajas y abundante maleza, y no podría ser franqueada por los caballos de los nómadas, que aun se encontraban a treinta pasos de distancia de los fugitivos.

En ese momento, los seis enemigos de Tivo, que aparentemente habían decidido capturarlo con vida, picaron espuelas a sus monturas y le acometieron

simultáneamente desde distintas direcciones. De pie en medio de la llanura, sin protección alguna por la espalda, no tenía oportunidad de defenderse. Uno de los atacantes le asestó un golpe en la cabeza con la parte plana de la espada y cayó al suelo sin sentido.

Despertó, mucho más tarde, con fuerte dolor de cabeza y sin darse plena cuenta de dónde se encontraba. Trató de moverse, pero no pudo. Estaba tendido boca abajo, atado de pies y manos y le rodeaba el silencio. Entonces recordó lo sucedido y tembló al pensar en el destino de sus compañeros y en el fracaso de su misión.

Luchó por sobreponerse a la desesperación. Al fin y al cabo, aun vivía. Tal vez no todo estuviera perdido. ¿Por qué no le habrían matado?

Con un esfuerzo, logró incorporarse y mirar a su alrededor. Era de noche. ¿Cuántas horas habrían transcurrido? La luna menguante acababa de elevarse sobre el horizonte del este. A su luz plateada pudo ver que se encontraba en su propio campamento. Éste había sido saqueado. Los restos de su equipaje que los nómadas no habían codiciado yacían esparcidos por doquier. Pudo distinguir a varios de sus captores, que dormían tendidos junto a los rescoldos de la hoguera. Algo más allá se veían las sombras de varios caballos. Dos bultos oscuros a cierta distancia de éstos le indicaron que los nómadas no pensaban correr riesgos, pues habían establecido turnos de vigilancia. De Larsín y Elavel no percibió rastro alguno. Esto le dio esperanzas de que sus amigos hubieran conseguido escapar, aunque también podía significar algo peor. Desde donde estaba no pudo contar el número de los durmientes para averiguar si faltaba alguno. Tal vez había habido lucha en el interior del bosque.

Pasó el tiempo. La luna ascendió en el cielo, rebasó el cenit y comenzó su lento descenso hacia el horizonte del oeste. Sólo los cambios de guardia interrumpieron la quietud absoluta de la noche.

Salió el sol. Los nómadas despertaron y reavivaron la hoguera para prepararse el desayuno. Tivo pudo ver entonces que sólo eran diez. ¿Qué habría sido de los dos que faltaban?

Poco después, uno de los hombres se acercó a él. Llevaba en la mano un plato de hojalata que contenía algún alimento. Sin pronunciar palabra, el nómada se inclinó, cortó la cuerda que sujetaba la mano derecha del rey y puso a su alcance el plato. Tivo trató de sonsacarle alguna noticia, pero no recibió más respuesta que un mutismo absoluto. Cuando terminó de comer, el hombre volvió a amarrarle, tomó el plato y se alejó.

Más tarde, Tivo observó que los nómadas se disponían a levantar el campamento. Aparejaron los caballos y cargaron todo lo que deseaban llevarse del pobre equipaje de los viajeros. Durante este tiempo no cesaban de dirigir miradas hacia el bosque, como si aguardaran algo. Pero nada ocurrió. Por último, cuando todo estuvo dispuesto, dos de ellos se dirigieron hacia Tivo, le transportaron hasta uno de los caballos y le cargaron boca abajo, como un fardo. Después montaron y emprendieron la marcha hacia el norte.

Tivo estaba seguro de que, por larga que fuera su vida, jamás conseguiría olvidar esta etapa de su viaje. De bruces sobre el lomo del caballo que le llevaba, en el que reconoció a una de sus propias monturas, sufrió un magullamiento indescriptible. A poco de partir perdió por completo la noción del tiempo y el camino recorrido. Todos sus sentidos se concentraban en el movimiento incesante del caballo y en el monótono subir y bajar a que le sometía.

La marcha duró un día entero, durante el cual no se detuvieron ni un momento, prescindiendo incluso de comida y de agua. Se ponía el sol cuando un estrépito de agudos gritos infantiles sacó a Tivo de su amodorramiento.

La cabalgata avanzaba en aquellos momentos por la calle central de un campamento de grandes tiendas de lona, llenas de remiendos, de las que habría unas cincuenta. Alrededor de los jinetes se agolpaba un grupo de algunas decenas de mujeres, otros tantos chiquillos, así como unos pocos ancianos. Los niños, semidesnudos y harapientos, corrían tras de los caballos y gritaban con toda la fuerza de sus pulmones. La meta hacia la que se dirigían los jinetes se encontraba al otro extremo del pueblo y consistía en un par de someros cercados vigilados por un nómada. En uno de estos cercados, el más extenso, Tivo pudo ver un par de docenas de caballos. El otro, mucho más reducido, de unos cincuenta pasos de perímetro, estaba ocupado por un hombre solo.

Los captores de Tivo hicieron alto ante lo que evidentemente era su caballeriza y desmontaron. Sin ningún miramiento, dos de los hombres que allí estaban y que se habían puesto en pie al ver llegar la comitiva, agarraron al rey, le condujeron hacia el recinto más pequeño y le arrojaron al interior por encima de la empalizada sin molestarse en quitarle las ligaduras. La violencia de la caída colmó la resistencia de Tivo, ya reducida por las penalidades que había sufrido desde su captura, y se quedó totalmente inmóvil y aturdido durante un buen rato.

Poco a poco fue volviendo en sí. Notó primero que podía mover los miembros, cosa que le costó trabajo comprender, pues no recordaba que nadie se hubiese molestado en desatarle. Después se dio cuenta de que había un hombre a su lado que le hablaba, pero le fue totalmente imposible concentrarse para comprender lo que decía y mucho menos para contestar a sus palabras.

El desconocido, que evidentemente le había librado de las cuerdas que le sujetaban, guardó silencio cuando se dio cuenta de que Tivo se sentía incapaz de responderle y se alejó de su lado. El rey volvió a caer en el estado de estupefacción provocado por el agotamiento y permaneció en él durante largo rato. Por fin, un sueño reparador, aunque inquieto, se apoderó de él y le permitió olvidar por el momento la situación en que se encontraba.

Despertó al alba y se incorporó. No muy lejos de donde él estaba, su compañero de cautiverio dormía. A pocos pasos de la empalizada, uno de los nómadas hacía guardia de espaldas a los prisioneros. Más allá, el campamento aparecía desierto y silencioso.

—¿Por qué no me habrán matado? —murmuró en voz alta.

—Yo puedo explicártelo —dijo una voz a su espalda. Tivo se volvió. El otro hombre había despertado y le observaba, sentado en el suelo en el mismo lugar donde había pasado la noche.

—¿Quién eres? —preguntó Tivo al desconocido.

—Me llamo Toral y vengo de un país lejano, hacia el oeste, cerca del mar —contestó—. Por tu aspecto, tú tampoco pareces de aquí. ¿De dónde procedes?

—Del reino de Tiva, que también se encuentra próximo a otro mar, al este de este lugar. Mi nombre es Tivo. —Por el momento, consideró conveniente ocultar su rango.

—Un nombre muy apropiado —exclamó Toral con ironía—. Por mi parte no puedo decir lo mismo. Mi país se llama Klír.

—¡Klír! —exclamó Tivo—. He oído hablar de él. Cuando fui capturado mis amigos y yo nos dirigíamos hacia allí.

Toral frunció el entrecejo.

—¿Para qué? ¿Qué motivo tan urgente pudo sacarte de tu tierra y moverte a cruzar el continente de parte a parte?

Tivo vaciló. No conocía a este hombre y no sabía cómo podría reaccionar ante su misión. Tal vez tomara a mal que él, Tivo, un perfecto desconocido del otro lado del mundo, tuviera la pretensión de apoderarse de un objeto que, si se conocían sus propiedades mágicas, sería enormemente valioso para su país. Por otra parte, la ocasión parecía demasiado buena para desperdiciarla. Un klíraíta podría proporcionarle información valiosísima que, si lograba escapar, le sería enormemente útil. Decidió descubrirle la mayor parte de la verdad.

—Nuestro viaje tiene por objeto encontrar y llevar a Tiva el remedio para mi prometida Aguamarina, que se encuentra gravemente enferma. Para salvarla partí de mi país acompañado únicamente por su hermana y un anciano.

—¿De qué remedio se trata?

—Es un trozo de un objeto mágico que se rompió hace muchos siglos.

—¿Qué forma tiene?

—Lo ignoro.

—¿Cómo lo reconocerás?

—No lo sé.

—Difícil es, en verdad, que logres lo que te propones. ¿Qué te hace suponer que se encuentra en Klír?

Tivo relató entonces, con todo detalle, los sucesos de la caverna de la montaña, la extraña voz que allí les interpeló y las noticias que les proporcionó respecto al rompecabezas mágico.

—No estoy seguro de que la información que nos dio sea digna de crédito —terminó—. En mi opinión sería mucho menos arriesgado buscar aquí, en la estepa, pues parece ser que, a lo largo de los siglos, varias de las piezas del objeto mágico

cayeron en poder de los nómadas.

—¿Cómo pudo llegar a Klír un objeto semejante?

—No tengo la menor idea. En varios siglos pueden ocurrir muchas cosas. Tal vez algún viajero de tu país halló la pieza que perdió en el desierto el rey Duva, cuando su expedición encontró un final desastroso. ¿Qué sucede? —se interrumpió, pues vio ensancharse de sorpresa los ojos de Toral. Pero el klíraíta no le respondió y pareció reflexionar profundamente. Tivo tampoco distinguió nada que pudiera haber atraído su atención.

Poco después se acercó a ellos un nómada procedente del campamento, donde las labores del nuevo día habían dado comienzo. El recién llegado traía consigo dos platos con el escaso desayuno que destinaban a sus prisioneros. Después de entregárselo por encima de la cerca, se acercó a su compañero y le relevó en su labor de vigilancia.

Comieron en silencio. Después, Toral se retiró al extremo más alejado del cercado y permaneció meditando durante cerca de una hora. Al cabo de este tiempo pareció tomar una decisión, se levantó y, acercándose a Tivo, dijo:

—He decidido revelarte lo que sé sobre el asunto que te interesa. En la ciudad de Klír, la capital de mi país, se guarda un objeto al que llamamos «la bola de Duva». Es perfectamente esférico, de color negro, y algunos le atribuyen propiedades mágicas, aunque yo, personalmente, no creo en esto último.

—¿Por qué me lo dices? ¿No temes que me apodere de él? Debe ser muy valioso para vosotros.

—Recuerda dónde estamos. En realidad, da igual que lo sepas o no, porque nunca podrás hacer uso de esta información. Por otra parte, no pienses que el destino de la bola de Duva me preocupa demasiado. Ya te he dicho que no creo en sus poderes mágicos.

—Lo que significa que tampoco crees que a mí me pueda servir de nada para mis propósitos. Está bien. Ya veremos. Pero ahora recuerdo que todavía no me has explicado por qué nos han hecho prisioneros en lugar de matarnos. Esta mañana afirmaste conocer la razón.

—La conozco, en efecto —respondió Toral—. Mañana se celebrará la gran festividad anual de los nómadas de esta tribu. Habrá bailes, vino en abundancia y mucha comida. Han estado escatimando desde hace semanas para poder disfrutar de un festín más abundante. Pero el punto culminante del día será un sacrificio solemne realizado en honor del Señor de la Caza.

—¿El Señor de la Caza? ¿Quién es? ¿El jefe de la tribu?

—Por lo que he podido comprender, no se trata de un hombre como nosotros, ni siquiera de un ser material, corpóreo, sino de un espíritu.

—¡Ah! —exclamó Tivo—. Debe ser el nombre por el que conocen al Señor de la Luz, el Ser Supremo, creador del mundo. Nosotros también le ofrecemos sacrificios. Pero todavía no he entendido cuál es nuestro papel en todo esto.

—¿Quién crees que va a ser sacrificado? —preguntó, irónico, Toral.

—¡Qué dices! —exclamó Tivo, indignado—. ¿Ofrecen sacrificios humanos al Señor de la Luz? Pero ¡eso es monstruoso!

—A ellos no se lo parece. Aunque estoy de acuerdo contigo en que sería mucho mejor para nosotros si no lo hicieran. Creo que la muerte de las víctimas de estas celebraciones bárbaras tarda mucho en llegar. Hubiera sido más rápido y agradable morir en el campo de batalla.

—Dices que esta celebración tendrá lugar mañana. Entonces tendremos que escapar esta noche.

—¿Cómo? El campamento está perfectamente guardado.

—El vigilante nos da la espalda a veces. No parece demasiado difícil sorprenderle.

—Hay otros dos guardias un poco más allá, que se darían cuenta inmediatamente si le atacáramos. Es inútil, te lo aseguro. No creas que no lo había pensado.

—¿No sería mejor morir intentando escapar?

—¿Con qué nos defenderíamos? Sólo tenemos las manos. Además, no nos matarían. Nos cogerían vivos para reservarnos para el sacrificio. Sólo conseguiríamos sufrir más.

—Entonces ¿qué podemos hacer?

—Nada en absoluto, salvo resignarnos a nuestra suerte.

—No abandonaré la esperanza mientras viva. Estoy seguro de que algo favorecerá nuestra huida. El Señor de la Luz nos ayudará —afirmó Tivo, tajantemente.

—Consuélate así, si quieres. Por mi parte, nunca me han interesado las cuestiones sobrenaturales. No pienso intentar la huida a menos que el éxito esté razonablemente asegurado. Pero tú puedes hacer lo que te plazca.

Tivo creyó conveniente cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Qué negocios pudieron traerte a la estepa, tan lejos de tu casa y de tu país? Tengo curiosidad por saberlo.

—Es una historia muy larga —contestó Toral—. Te la contaré.

Pero cuando se disponía a continuar hablando le interrumpió una algarabía que se inició bruscamente en el campamento. Tivo pudo oír con facilidad los gritos de mujeres y niños que vitoreaban alegremente o hablaban entre sí, cada uno dispuesto a dominar a los demás en la intensidad de su voz. Poco después apareció a su vista una comitiva, formada por una docena de jinetes que conducían varios caballos cargados. Uno de éstos llevaba además un hombre atado y echado de bruces sobre la grupa.

—Otro prisionero —exclamó Toral—. Las festividades de mañana van a ser desusadamente fastuosas. Dudo que puedan ofrecer frecuentemente tres víctimas al Señor de la Caza. Y todas extranjeras, a lo que parece.

Tivo asistió ahora a una repetición de lo que había sucedido el día anterior durante su llegada, aunque en este caso él no era el actor principal. Vio cómo dos

nómadas descargaban al recién llegado del lomo del caballo, le transportaban hasta la cerca y le arrojaban por encima sin contemplaciones. Pero el nuevo prisionero, o bien era más fuerte que Tivo, o bien había sufrido menos penalidades en el camino porque, en lugar de quedarse aturdido, se revolvió y trató de incorporarse. Las ligaduras se lo impidieron, pero al menos logró darse la vuelta y quedar tendido boca arriba.

Toral se acercó al desconocido y se quedó mirándole un rato fijamente, en pie, con las manos en jarras. No hizo ademán de desatarlo.

—De modo que tú también has caído en la trampa, Valaz —exclamó—. Me alegro. No deja de ser irónico que el cazador y su presa se encuentren en las mismas circunstancias. Parece como si, después de todo, existiera la justicia en este mundo.

Valaz no contestó. Dirigió a Toral una mirada de basilisco y escupió en dirección a él. Toral palideció e intentó arrojar sobre el hombre atado, pero Tivo, que había asistido a la escena como espectador interesado, se lo impidió.

—¿Qué vas a hacer? —exclamó—. ¡Este hombre está indefenso!

Toral trató de controlarse y se alejó con Tivo hasta el extremo opuesto del recinto. Llegado allí, dijo:

—No confíes en él. Es traicionero como una víbora.

—¿Quién es? —preguntó el rey.

—Se llama Valaz y es klíraíta como yo. Conténtate con saber, por el momento, que por su culpa me encuentro aquí.

—Creo que deberíamos desatarlo —propuso Tivo—. Espero que sepas comportarte. No creo que los nómadas permitan que sus víctimas de mañana se enzarquen en una pelea que podría terminar con la muerte de una de ellas.

—Desátale tú, si quieres —dijo Toral—. Yo no pienso mover un dedo por él. Pero te prometo que mantendré la paz, si él no me provoca.

Tivo se dirigió hacia Valaz y trató de obtener de éste la aceptación de la tregua propuesta por Toral. Tras una acalorada discusión logró hacer comprender al desconocido que una conducta violenta hacia sus compañeros sólo conseguiría aumentar los sufrimientos de los tres, sin alcanzar su objetivo. Por fin Valaz quedó libre y se mantuvo en silencio, eligiendo para sentarse la parte del cercado diametralmente opuesta a la que ocupaba Toral. Los dos hombres se ignoraban mutuamente y procuraban no mirar nunca en la dirección en que el otro se encontraba. Esta solución satisfizo a Tivo, aunque la tensión reinante le impidió reanudar la conversación con cualquiera de ellos.

Las horas pasaron en silencio. Pronto oscureció y dio comienzo la que había de ser la última noche en la vida de estos tres hombres. Las estrellas fueron encendiéndose paulatinamente. Tivo las contempló y recordó el maravilloso aspecto del cielo nocturno en el Valle Perdido. Le pareció que hacía mucho tiempo, tal vez años, desde que salió de allí. Habían sido los momentos más felices que pasó desde que tuvo la noticia de la enfermedad de Aguamarina y partió para realizar su desesperada misión.

En medio de sus ensueños le sobresaltó oír un sonido inesperado, semejante a un silbido. El silencio de la noche era tan absoluto que cualquier roce parecía amplificarse hasta volúmenes desmesurados. Se incorporó y miró a su alrededor. Sus dos compañeros dormían. En el campamento tampoco se observaban señales de vida, pero tuvo la sensación de que en la escena había algún elemento extraño, algo que no debería estar allí. Le costó darse cuenta de que lo que sucedía era exactamente lo contrario: faltaba algo, un ingrediente del paraje que le rodeaba que hasta entonces le había parecido imprescindible. ¿Dónde estaba el guardián?

De pronto desaparecieron la somnolencia y los recuerdos del pasado. Si el vigilante se había marchado podían tener una ocasión única para escapar. Por lo menos, él estaba dispuesto a intentarlo.

Se puso en pie. Buscó con la mirada a los otros guardianes, más alejados, que Toral le había señalado. No había nadie a la vista. Se disponía a despertar a sus compañeros cuando vio erguirse una sombra al otro lado de la empalizada.

Se le cayó el alma a los pies. Éste debía de ser el guardián. Se sintió lleno de indignación y se lanzó contra la sombra, pero inmediatamente se detuvo en seco. Había oído una voz cuchicheante que le decía:

—¡Quieto, Tivo! No hagas ruido. Soy yo.
Era Elavel.

LA CAZADORA

Cuando Elavel, en quien Larsín se apoyaba tambaleante, penetró en el bosque, oyó el ruido de la persecución, que les seguía a poca distancia. La muchacha eligió con presteza la zona más tupida y guió al anciano a través de ella. Afortunadamente, al otro lado de la maleza y en dirección transversa a la que seguían, se abría un estrecho calvero muy alargado, como un pasadizo, cuyo suelo estaba cubierto de hojas secas en las que sus pies apenas dejaban huella. Los dos fugitivos siguieron este camino natural durante un breve trecho y volvieron a introducirse en la espesura. Justo a tiempo. Los seis nómadas, que habían dejado sus caballos a la entrada del bosque, irrumpieron violentamente en la galería un instante después.

Elavel y Larsín se agazaparon en silencio, tratando de pasar desapercibidos. Desde donde se ocultaban pudieron ver cómo los seis enemigos se dividían en tres grupos para buscarles. Dos de ellos penetraron inmediatamente en la espesura; las dos parejas restantes siguieron el corredor en sentidos opuestos.

Cuando los dos nómadas se aproximaron a su escondite, Elavel preparó el arco y dispuso a su alcance tres saetas. Más valía estar prevenida por si el enemigo les descubría. Pero sus perseguidores pasaron de largo y se perdieron entre la vegetación al otro extremo del pasadizo, que terminaba bruscamente veinte pasos más allá de donde se encontraban. La joven respiró aliviada, pero su consuelo fue de corta duración.

Los dos nómadas volvían, hablando entre sí en voz baja. Elavel contuvo el aliento. Acababan de pasar por segunda vez junto a donde estaban los fugitivos cuando Larsín emitió un sordo gemido. Inmediatamente los nómadas giraron en redondo. Iban a descubrirles.

Rápida como el rayo, Elavel disparó un dardo a través de una abertura de las ramas y buscó con la mano otro proyectil. Tan veloz fue su acción que el segundo nómada cayó sin emitir el más leve sonido, sin haber llegado a darse cuenta de que su compañero yacía a su lado atravesado por una certera flecha.

Aunque era la primera vez que daba muerte a un ser humano, Elavel no permitió que un incipiente sentimiento de náusea la dominara. Dejó el arco, miró a lo largo de la galería y, no viendo señales de peligro, salió al exterior y arrastró, uno tras otro, los dos cadáveres al interior de la espesura. Después procuró arreglar las hojas secas que

cubrían el suelo para ocultar toda señal de lo que allí había sucedido. Se escondió de nuevo y permaneció vigilante.

Al cabo de un rato, las otras dos parejas de nómadas regresaron al corredor. Después de cambiar unas breves palabras, miraron insistentemente hacia el otro extremo de la galería. Era evidente que aguardaban a sus compañeros. Sin embargo, tras una breve espera parecieron cansarse. Uno de ellos se encogió de hombros y dijo algo, a lo que los otros contestaron con fuertes risotadas. Dando media vuelta, los cuatro se dirigieron a la salida del bosque.

Elavel exhaló un suspiro de alivio y, por primera vez, pudo dedicar su atención a Larsín. El anciano se había desmayado en el mismo lugar en que lo dejara, apoyado contra el tronco de un árbol. El asta emplumada de una flecha negra sobresalía de su espalda. La muchacha no se atrevió a moverla por temor a que la herida se agravara.

Pero era imperioso salir de allí cuanto antes. Cuando los nómadas descubrieran que sus compañeros no volvían, emprenderían una búsqueda más completa. Elavel tomó en brazos a Larsín y se internó en el bosque. Afortunadamente, el anciano pesaba muy poco, mas aun así sus fuerzas sufrieron una dura prueba. Pero se obligó a seguir adelante hasta poner al menos una hora de marcha entre ellos y sus perseguidores.

En lo profundo del bosque encontró un arroyuelo y se adentró en sus frescas aguas. Si alguno de sus enemigos era capaz de seguir su rastro, un rato de marcha corriente abajo podría hacerle perder la pista. Además necesitaba refrescarse los pies. Se sentía agotada. Por fin no pudo resistir más y, después de alejarse unos doscientos pasos del arroyo, dejó a Larsín en la postura más cómoda posible y volvió a la orilla a buscar agua para el anciano. Tuvo que transportarla con las manos y apenas pudo refrescarle la frente. Poco después Larsín abrió los ojos.

—¡Tivo! —exclamó débilmente, buscando con la mirada en todas direcciones desde la postura en que se encontraba—. ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él?

—No lo sé —respondió Elavel—. Creo que se detuvo para enfrentarse a los nómadas y darnos tiempo de escapar. Seguramente habrá perecido.

—Puede que le hayan hecho prisionero... —balbuceó Larsín—. Cuando yo haya muerto... (no me falta mucho)... debes buscarle... Elavel...

—¡No hables! ¡No digas nada! Los esfuerzos te harán empeorar.

—Si no hablo ahora, no lo haré nunca... Elavel... de ti depende... a partir de este momento... el éxito de la misión... Si Tivo ha muerto... tú debes continuar... Si está cautivo... trata de salvarle... si es posible... Recuerda... que del resultado de esta empresa... dependen muchas más cosas... de las que podemos imaginar... No fracases.

—¿Por qué no ha venido Kial en nuestro auxilio? —exclamó, llorando, Elavel—. ¡Él dijo que nos ayudaría en nuestra mayor necesidad! ¿Por qué no ha cumplido su palabra?

—Tal vez... el momento... no haya llegado... todavía... No te preocupes por

mí... Sabía que éste sería... mi último servicio a Tivo... Kial también predijo... que alguno de nosotros... no llegaría vivo... al final... de la misión.

Elavel trató de decir algo, pero las lágrimas ahogaron sus palabras. Larsín, cada vez más débil, continuó:

—Adiós... Elavel... ¡Que Kial... y el Señor de la Luz... te ayuden!... Ten confianza...

Iba a añadir algo más, pero de pronto su cabeza cayó hacia un lado y quedó inmóvil para siempre.

Elavel se arrojó al suelo y lloró amarga y abiertamente. En las breves semanas de convivencia con el anciano maestro de Tivo, había llegado a tomarle mucho cariño.

Era mediodía. No debía perder tiempo en regresar si quería conocer el destino del rey de Tiva, pero tampoco podía dejar el cuerpo de Larsín abandonado a merced de las fieras. No disponía de herramientas para cavar una fosa, pero encontró piedras suficientes para cubrir su cuerpo y erigir un pequeño túmulo. La tarea le llevó varias horas y ya anochecía cuando al fin pudo darla por concluida. Estaba tan cansada que era inútil pensar en regresar al campamento. Se acercó al arroyuelo para beber un poco de agua, volvió al lado de la tumba de Larsín y se echó a dormir cerca de ella, sin haber probado bocado desde esa mañana.

Despertó intranquila, antes del amanecer, y se puso en marcha inmediatamente hacia el campamento para obtener noticias de Tivo. Aunque el horizonte del este comenzaba a clarear, la oscuridad de la noche reinaba aún en la espesura del bosque. Su paso era rápido y llegó al borde de la estepa bastante antes de la partida de los nómadas, a los que observó escondida entre la maleza. Supo así que Tivo no había muerto, sino que se encontraba prisionero, y que sus captores se disponían a llevárselo. Le extrañó que no aguardaran más tiempo a sus compañeros, los que ella había matado, o que no trataran de encontrarlos. Las miradas que de cuando en cuando dirigían hacia el bosque daban a entender que no se habían olvidado de ellos pero, no obstante, cuando llegó el momento de partir, se pusieron en marcha sin más dilación. Elavel ignoraba que la proximidad de la gran fiesta anual (que iba a tener lugar sólo dos días más tarde) les espoleaba a regresar. Buscar a sus compañeros en aquel bosque podía hacerles perder un tiempo precioso, pues el regreso al campamento nómada consumiría, por sí solo, una jornada entera.

La joven no dudó un momento lo que debía hacer: perseguir a los merodeadores y ayudar a escapar a su rey y compañero de aventura. Pero no podía emprender así la travesía de la estepa, a pie, con el estómago vacío, sin comida y sin agua. Tampoco se decidía a prescindir de la protección del bosque para acercarse al campamento abandonado. ¿Y si los nómadas se habían apostado detrás de aquella loma esperando, precisamente, que ella hiciera acto de presencia? Aguardó, por tanto, un tiempo prudencial antes de salir al campo abierto.

Por fin no se atrevió a demorarlo más. Si los nómadas la atacaban, tendría aún una oportunidad de escapar de ellos de la misma forma que el día anterior. Poco

después se encontraba entre los despojos del lugar donde Larsín había gozado de su último descanso nocturno.

Sin perder de vista la loma que cerraba su visión por el norte, tras de la cual habían desaparecido los raptos de Tivo, eligió las pocas cosas que necesitaría para su viaje a pie: un pellejo de agua vacío que los nómadas habían despreciado; yescas y pedernales útiles para encender fuego y poca cosa más. Entonces se vio obligada a perder un tiempo precioso, regresando al bosque en busca de comida y de agua.

No tardó en encontrar el arroyo que atravesó el día anterior, donde sació la sed y llenó el pellejo. Más tarde tuvo la suerte de matar un gallo de bosque. Éste, junto con algunas bayas y frutos secos que recogió por el camino, constituyeron su desayuno, poco después, de regreso en el campamento. Por fin emprendió la marcha tras de los nómadas, unas cuatro horas después de la partida de éstos.

No será necesario relatar las penalidades que hubo de sufrir Elavel durante su largo viaje, a pie y en solitario, a través de la estepa. La ventaja que le llevaban los nómadas aumentó, como es lógico, puesto que disponían de caballos para efectuar la travesía, hasta el punto de que las cuatro horas llegaron a convertirse en un día entero. La joven tuvo que pasar una noche al raso, sin atreverse a encender una hoguera, sin comida y apurando al máximo la provisión de agua, puesto que ignoraba la distancia que se vería obligada a recorrer y el tiempo que podría transcurrir hasta que encontrara una fuente o arroyo donde renovarla. Si de ella hubiera dependido, habría continuado la marcha durante la noche, a pesar de su agotamiento, pues la intranquilizaba el destino de Tivo. Pero el temor de perder el rastro de los jinetes si se atrevía a avanzar durante las horas de oscuridad la forzó a desistir de este empeño.

Era el crepúsculo del segundo día de viaje, víspera de la gran fiesta de los nómadas, cuando Elavel oyó a lo lejos el rumor del campamento. Procuró entonces desplazarse con la máxima prudencia, llegando incluso a recorrer cuerpo a tierra los últimos pasos que la separaban de la cumbre de una colina baja desde donde esperaba poder divisar su objetivo. Aunque la altura del altozano era pequeña, pudo ver desde allí una panorámica completa del campamento y de los alrededores del mismo.

Lo primero que atrajo su atención fue el cercado, situado en el lado opuesto a donde ella se encontraba, en cuyo recinto pudo observar las figuras de tres hombres. Adivinó que uno de ellos era Tivo, aunque a esta distancia no podía distinguir los detalles de su vestido o de sus facciones. Supuso, asimismo, que los otros dos serían compañeros de cautiverio del rey.

En el campamento reinaba una actividad confusa y claramente desusada. Hombres, mujeres y niños corrían y se afanaban desordenadamente por doquier, preparando las celebraciones del día siguiente. En la explanada que lindaba con las tiendas de los nómadas por el lado más próximo a la colina que Elavel estaba utilizando como atalaya se habían erigido tres postes verticales, firmemente clavados en el suelo, alrededor de los cuales se amontonaba gran cantidad de troncos y ramajes, cuya misión no alcanzó a comprender. Esta construcción iba a ser,

evidentemente, el centro de algún tipo de celebración o rito, a juzgar por el esfuerzo que se estaba realizando para darle los toques finales, como también por la cantidad de apilamientos menores de ramaje que se extendían entre la construcción principal y el campamento, cerca de los cuales se veían ollas, calderos y otros útiles que sugerían que allí se preparaba una gran formación de fogatas.

De pronto, Elavel sintió un sobresalto. A pocos pasos de ella, en la ladera de la colina, oyó resonar una voz humana. Descubrió entonces que el campamento estaba vigilado y que sólo la suerte había impedido que fuera descubierta, pues el guardián se había distraído en la contemplación de las actividades que tenían lugar en la explanada. Precisamente su compañero, que venía a relevarle, le estaba increpando por haber abandonado su puesto, que al parecer se encontraba en el mismo punto donde asomaba la cabeza de la muchacha. Ésta se trasladó rápida y silenciosamente hasta unos arbustos próximos, tras de los que se ocultó, extrajo una flecha de su carcaj y dispuso el arco, pues quería estar dispuesta a cualquier eventualidad.

Pronto vio aparecer la cabeza y los hombros de los dos nómadas, destacándose sobre la línea del cielo en la cumbre de la colina. Elavel estaba ahora lo bastante cerca de ellos para oír lo que decían:

—Va a ser una gran fiesta.

—Sí, mucho mejor que otros años, hasta donde alcanza mi memoria. Esta vez tenemos tres víctimas para el sacrificio.

—La pira está casi lista. Me regocijo al pensar en esos hombres, contorsionándose mientras las llamas lamen sus pies.

—Espero que dure mucho.

—Durará. El gran chamán sabe hacer las cosas.

Elavel estaba horrorizada. Descubrió ahora el fin al que estos bárbaros destinaban el amontonamiento de troncos y ramajes. Iba a ser una hoguera sacrificial, y los tres postes verticales se convertirían en otras tantas estacas del suplicio para Tivo y los dos desgraciados que compartirían su suerte.

Poco después regresó al campamento el nómada cuya imperfecta vigilancia había permitido a Elavel llegar hasta donde estaba sin ser descubierta. Su compañero, sin embargo, no mostraba señales de seguir su ejemplo y la joven apenas se atrevía a moverse. En su forzada inmovilidad, pensaba furiosamente tratando de idear algún plan que le permitiera salvar a los tres condenados. El hecho de que el campamento estuviese vigilado haría más difícil conseguirlo. Pero tenía que hacer algo, y pronto. Por lo avanzado de los preparativos y los comentarios de los nómadas dedujo que el sacrificio tendría lugar al día siguiente. Por tanto, debía actuar inmediatamente si deseaba servir de ayuda a Tivo.

De pronto, los astutos ojillos del guardián se dirigieron hacia los arbustos donde ella se ocultaba. ¿La habría descubierto? El rostro del nómada se contrajo en una feroz mueca de regocijo. No cabía duda. La había visto y se disponía a capturarla. Un cuarto prisionero pondría el broche de oro sobre las celebraciones del día siguiente.

Aunque tal vez, en consideración a su sexo, le reservaran un destino peor que la estaca y la hoguera.

Elavel no perdió el dominio de sí misma y su flecha abandonó el arco en el mismo instante en que su enemigo se abalanzaba hacia ella. Nunca supo lo que le había sucedido. Cayó muerto en el mismo lugar donde había hecho guardia y ni siquiera su postura podía denotar, a un observador casual que le mirara desde el campamento, que no se encontraba cumpliendo su labor normal de vigilancia.

Más tranquila, Elavel se arrastró hacia él y asomó nuevamente la cabeza sobre la cumbre de la colina. Los gérmenes de un plan comenzaban a formarse en su mente. Ahora la necesidad de actuar aprisa era más perentoria, pues en cuanto se produjera el próximo relevo de la guardia se descubriría su obra y su presencia allí, y para el éxito de lo que iba a intentar era indispensable la sorpresa. No podía hacer nada hasta que estuviera totalmente oscuro y el campamento dormido, pero era preciso aprovechar al máximo los escasos momentos de luz que quedaban. Debía descubrir la posición exacta de todos los vigilantes.

Elavel sentía un gran respeto por la vida humana. Si hubiera podido idear un plan alternativo o hubiese dispuesto de tiempo suficiente para madurarlo, habría prescindido de un curso de acción cuyo desarrollo exigiría la muerte de varios hombres que no la habían atacado directamente. Por otra parte, se trataba de la vida de sus amigos contra la de sus captores. No actuar, no hacer todo lo que estuviera en su mano para salvarlos, sería equivalente a dejarlos morir a manos de sus enemigos. Y lo que proyectaba hacer podía tener bastantes probabilidades de éxito. Era necesario escoger el mal menor.

Una hora después, el silencio reinaba en la explanada y en las tiendas de los nómadas. La noche había cerrado por completo. Elavel comenzó a arrastrarse con cautela por la ladera de la colina, hacia el campamento. Éste era un lugar peligroso pero constituía la mejor base de operaciones posible, pues los guardianes no sospecharían nunca que pudieran verse atacados desde esa dirección.

Actuó rápidamente y en silencio. Los cinco hombres que protegían a sus compañeros contra un posible ataque de una tribu rival quedaron pronto tendidos en el suelo, atravesados por otras tantas flechas. Para reponer su provisión de estas últimas y previendo que los prisioneros también las necesitarían si lograban escapar o para vender cara su vida si el intento de fuga terminaba en el fracaso, hizo acopio de todas las armas de sus enemigos muertos y las apiló en el extremo del campamento más próximo a los cercados. El último en caer fue precisamente el guardián que custodiaba los caballos y a los cautivos.

Todos los vigilantes se encontraban fuera de combate. Era preciso ahora escapar rápidamente para cobrar una ventaja suficiente antes de que tuviera lugar el cambio de guardia. Elavel se arrastró hacia el recinto de los prisioneros y sólo se atrevió a ponerse en pie al llegar junto al cercado. En ese momento vio que uno de sus ocupantes, al que algo había llamado la atención, se acercaba a ella. Por su forma de

andar reconoció al rey de Tiva. Su actitud era abiertamente hostil y supuso que la confundía con uno de los nómadas y tal vez tratara de atacarla para escapar. Era preciso detenerle, para evitar que un estrépito imprevisto despertara a alguno de sus enemigos. Susurró:

—¡Quieto, Tivo! No hagas ruido. Soy yo.

CAMINO DE KLÍR

—Elavel! —exclamó Tivo en voz baja—. ¿Cómo has llegado aquí? ¿Dónde está Larsín?

—Larsín ha muerto —explicó Elavel—, pero no es éste el momento de hablar de ello. El tiempo apremia, si queremos salir de aquí con vida.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz a espaldas del rey. Era Toral, que había despertado y se extrañó de que Tivo estuviera hablando con alguien que no estaba dentro del cercado y se acercó a investigar lo que esto significaba.

—Creo que tenemos una inmejorable oportunidad de escapar —dijo el rey—. Voy a llamar a Valaz.

—Yo le dejaría ahí —murmuró Toral, pero no hizo ademán de detenerle.

Poco después, los cuatro se encontraban fuera del recinto. Lo primero que hicieron fue armarse, escogiendo cada uno una espada, un arco y una cantidad razonable de flechas de la pila que Elavel había amontonado con los despojos de los guardianes. Después se dirigieron a la empalizada de los caballos y abrieron sus puertas.

—Tendremos que montar al estilo nómada, sin silla ni riendas —dijo Tivo.

Para no poner nerviosos a los animales, Elavel y el rey localizaron primero sus propios caballos, los que habían sido capturados por los merodeadores, ya que éstos les conocían y les permitirían aproximarse sin sobresaltos. Afortunadamente no les fue difícil reconocerlos, pues todavía conservaban restos del aparejo. Estaban los dos muy juntos, como si se sintieran tímidos ante tantos congéneres desconocidos, y se habían situado cerca de la valla protectora, lo que facilitó que los dos jóvenes llegaran hasta ellos. Tivo ayudó a Elavel a montar el suyo y seguidamente se izó sin dificultad sobre su propio corcel. Los dos jinetes se adelantaron entonces hacia la salida. Algunos de los otros caballos se pusieron en pie cuando vieron pasar a sus compañeros. Toral y Valaz eligieron entre éstos sus cabalgaduras. Los cuatro fugitivos estaban, pues, dispuestos para partir.

Pero antes debían resolver un grave problema. A juicio de Tivo, no faltaba mucho para el cambio de guardia, por lo que los nómadas estarían pronto enterados de su intento de fuga. Disponiendo de caballos y con un conocimiento superior del terreno tal vez pudieran darles alcance, aún con la dificultad de seguir su rastro en plena

oscuridad. Si les perseguía un grupo numeroso no habrían conseguido otra cosa que aplazar su destino.

Contra esta eventualidad, Elavel había ideado un plan. Tan pronto se alejaron unos veinte pasos del cercado que hacía las veces de establo, extrajo de su carcaj una flecha negra y le prendió fuego con la yesca y el pedernal. Se apresuró entonces a dispararla, clavándola en uno de los postes de la empalizada. Rápidamente hizo lo mismo con otros tres dardos, después de lo cual emprendieron la marcha sin aguardar más. No se habían alejado mucho cuando vieron elevarse grandes lenguas de fuego y oyeron los relinchos de los caballos. Las llamas de las flechas encendidas habían prendido con facilidad en la reseca madera del cercado.

Por las abiertas puertas de éste salieron, desbocados, los animales. La suerte quiso que, en su deseo de escapar cuanto antes del peligro, enfilaran directamente hacia el campamento, derribando a su paso algunas tiendas y sembrando el caos entre los nómadas que trataban apresuradamente de descubrir lo que sucedía y que creían ser víctimas del ataque de alguna tribu vecina. Los asustados corceles, después de producir grandes destrozos en el asentamiento, escaparon finalmente por el otro extremo, donde se encontraban los montones de ramaje dispuestos para la fiesta. Ni éstos ni los utensilios de cocina salieron mejor librados. Por último, todos se alejaron al galope en distintas direcciones y se perdieron en la oscuridad de la noche.

—Creo que les hemos estropeado la fiesta —comentó Tivo en voz alta.

Durante algún tiempo oyeron las imprecaciones de sus enemigos. Después, una pequeña elevación del terreno ocultó el campamento y no vieron ni escucharon nada más.

No habían tenido tiempo de discutir la dirección de su marcha y dejaron que Toral les guiara. El klíraíta puso rumbo hacia el suroeste y durante una hora mantuvieron una velocidad relativamente elevada que, sin agotar a las monturas, pusiera cuanto antes la mayor distancia posible entre ellos y sus hipotéticos perseguidores. Más tarde continuaron el camino, durante toda la noche, a un trote más pausado. Por primera vez pudieron conversar con tranquilidad. En la primera ocasión, Tivo se acercó a Elavel y la avisó de que no debía mencionar su rango, pues le parecía más seguro ocultarlo por el momento. Elavel estuvo de acuerdo en la prudencia de esta medida y relató al rey algunos particulares del fin de Larsín y de su arriesgada travesía de la estepa para salvarle.

Tivo se sintió lleno de agradecimiento y admiración por la hazaña de la muchacha. Por su parte, estaba un poco avergonzado al recordar sus palabras, muchos días atrás, cuando él se resistía a admitirla como compañera de viaje. «No permitiré que tu presencia ponga en peligro el éxito de la misión —había dicho—. Si he de elegir entre protegerte a ti o conquistar el remedio que puede curar a Aguamarina, escogeré esto último». A lo que la joven respondió: «Puede que, cuando llegue el momento, sea yo quien tenga que ayudarte a ti». Aquellas palabras habían resultado proféticas. Y su gratitud y respeto eran aún mayores porque Elavel no se las había

recordado.

Por la mañana hicieron un breve alto durante un par de horas, para proporcionarse un corto respiro y dejar descansar a los caballos. Después continuaron la marcha. No observaron señal alguna de persecución. La estepa se extendía ininterrumpidamente en todas direcciones y sólo al sur, un poco a la izquierda de la dirección que seguían, pero cada vez más cerca, se alzaban los picos nevados de la cordillera que bordearon los tres aventureros hasta la violenta interrupción de su viaje por el ataque de los nómadas. Tivo se sorprendió al descubrir que apenas habían transcurrido dos días. ¡Tantas cosas habían sucedido! Larsín estaba muerto (casi no podía creerlo). Había sufrido torturas, agotamiento y temores sin fin. Acababa de escapar de un destino terrible. Parecían sucesos suficientes para haber colmado un año entero.

El peor problema con que se enfrentaban ahora los viajeros, puesto que la persecución no parecía inminente, era la carencia absoluta de alimentos. Afortunadamente, habían cruzado un arroyo procedente de las montañas, cuyas aguas aprovechó Elavel para reponer el contenido de su pellejo. En una ocasión vieron a lo lejos un grupo de aquellos animales parecidos a conejos gigantes, pero cuando intentaron aproximarse a ellos se dieron a la fuga con una velocidad increíble para su enorme corpulencia, de modo que los fugitivos hubieron de renunciar a comer su carne, que les habría bastado para muchos días.

Volvieron a descansar un tiempo prudencial poco después de que el sol rebasara el punto más elevado de su curso y comenzara a descender hacia el horizonte. Los caballos, más afortunados que ellos, aprovecharon la pausa para mordisquear las hierbas altas de la estepa. La tarde estaba ya avanzada cuando siguieron adelante. Poco después distinguieron a lo lejos una masa oscura e informe, justamente delante de su curso.

—Es la parte septentrional del bosque de la lengua verde —explicó Toral—. Es allí a donde nos dirigimos. Dentro de él hay un paso que nos permitirá atravesar las montañas y abandonar la estepa. Los nómadas no se atreverán a seguirnos más allá de ese punto.

—¿Es ése el bosque donde yace Larsín? —preguntó Tivo a Elavel—. Si es así, me gustaría visitar su tumba.

—No lo creo —contestó la muchacha—. Nos hemos desviado mucho hacia el oeste desde que salimos del campamento. Por otra parte, el bosque no parece extenderse muy lejos hacia oriente, al menos por este lado. Da la impresión de que empieza precisamente aquí.

—Así es —dijo Toral—. La mayor parte de esta arboleda se encuentra al sur de las montañas. Lo que ahí veis no es más que una lengua estrecha que atraviesa el paso y se prolonga hasta aquí. A nosotros nos vendrá muy bien, pues nos proporcionará agua, comida, cobijo y protección contra nuestros enemigos más peligrosos.

—¿Hay fieras salvajes en ese bosque? —quiso saber Elavel.

—Algunas hay, ciertamente —repuso Toral—, pero están bastante habituadas al

hombre, conocen su fuerza y no lo acometen, a menos que se vean agujoneadas por un hambre desesperada, y aun en ese caso suelen atacar únicamente a viajeros solitarios. No creo que tengamos nada que temer.

—¿Dista mucho de aquí tu país? —intervino Tivo.

—Nos costará al menos tres semanas llegar hasta allí, sin forzar demasiado a las cabalgaduras. Si tuviéramos caballos de repuesto, para poder cambiar de montura de cuando en cuando, tal vez pudiéramos hacerlo en dos, pero no tenemos prisa ¿verdad?

«No estoy muy seguro —pensó Tivo—. Quisiera regresar cuanto antes con el remedio para Aguamarina, además de que me expongo a perder el trono si tardo demasiado en volver». Pero no dijo nada de esto en voz alta, ni siquiera a Elavel.

A partir de este momento, la suerte de los viajeros pareció cambiar. En cuanto penetraron en el bosque hallaron fácilmente agua y alimento, no vieron señales de nómadas ni de fieras y tampoco encontraron impedimento para un avance rápido hacia su destino. El bosque era muy extenso. Tardaron en atravesarlo más de una semana y durante la mayor parte de este tiempo se prolongaba entre dos ramales de la cordillera, siguiendo el larguísimo desfiladero que Toral había mencionado.

Cuando abandonaron la protección de la arboleda y salieron de nuevo a campo abierto, tuvieron que cruzar una corriente de agua bastante impetuosa, que bajaba saltarina desde las montañas y continuaba más pausadamente hacia el sur, a través de una extensa meseta poco provista de vegetación. Franqueado el río, Toral comunicó a sus nuevos amigos que acababan de penetrar en el país de Tacta, vecino del suyo. Como las relaciones entre ambas naciones no siempre habían sido amistosas, los viajeros de Klír que se veían obligados a atravesarlo solían seguir caminos situados muy al norte, bordeando la cordillera central que constituía, en aquella región, el límite septentrional del país de Tacta. Eran regiones relativamente áridas y poco pobladas, donde no era fácil encontrar nativos hostiles. Éste era precisamente el camino por donde los dos klíraítas guiaban ahora a Tivo y a su compañera.

El rey sintió gran interés al saber que se encontraba en Tacta, el país a donde se dirigió el rey Duva trescientos sesenta años atrás. Su gran amor, la princesa Laurin, había sido hija de un rey de Tacta. Tivo comenzaba a dudar de que la expedición de Duva hubiera tenido realmente un fin desastroso. ¿Cómo si no había llegado a aplicarse el nombre de «bola de Duva» a una de las piezas del rompecabezas? ¿No sería posible que aquel antiguo rey de Tiva hubiera logrado escapar del ataque de los monstruos del desierto y conseguido llegar a su destino? Las comunicaciones entre los dos extremos del continente eran tan poco satisfactorias que no cabía extrañarse de que una historia como ésta no hubiese llegado a conocerse en Tiva después de tres siglos y medio. Probablemente nadie o casi nadie la recordaba ya, incluso en Tacta o en Klír. Había aquí un misterio que le habría gustado investigar, si hubiera tenido tiempo. Pero la búsqueda de la pieza del rompecabezas debía absorber toda su atención. La salud de Aguamarina estaba antes que cualquier otra circunstancia.

Durante la mayor parte de la segunda semana siguieron adelante bordeando las estribaciones de las montañas, hasta que vieron señales inequívocas que presagiaban el fin de la cordillera. Las cumbres eran menos elevadas y más redondeadas, las nieves desaparecían, a pesar del avance de la estación: el invierno se acercaba a pasos agigantados.

Un día tropezaron con un segundo río, aún más caudaloso y torrencial que el anterior. En el lugar donde se encontraban era imposible hallar un vado, pero Toral conocía uno, para llegar al cual se verían obligados a desviarse hacia el sur. Tivo, nervioso por el retraso que esto suponía, trataba de acelerar la marcha, pero Toral se resistía, temeroso de forzar excesivamente a los caballos.

Atravesado el vado, el klíraíta comunicó a Tivo que pensaba desviarse un poco más hacia el suroeste, para buscar un escondite que sólo él y Valaz conocían y en el que habían ocultado algunas cosas, producto de expediciones anteriores a la presente, realizadas con posterioridad a su última estancia en Klír. Toral les dio a entender que tanto él como su compañero habían abandonado su país hacía casi un año.

Viene ahora a propósito referir la naturaleza de la relación entre los dos klíraítas, Toral y Valaz, cuyo enfrentamiento violento había logrado evitar Tivo durante las últimas horas de su cautiverio. Los dos habían mantenido tácitamente el mismo acuerdo después de que el éxito de su fuga les forzó inevitablemente a convivir. Aunque no se hablaban, o tal vez precisamente por ello, no habían llegado a surgir disputas entre ellos. Pero cada uno desconfiaba del otro, y ambos se negaron a quedar a merced de su rival durante el descanso nocturno. El resultado de esto fue que Tivo y Elavel, de quienes los klíraítas no tenían motivos para sospechar malas intenciones, siguieron realizando en solitario sus turnos de vigilancia, mientras que sus dos compañeros compartían en silencio una guardia algo más prolongada. El número de turnos quedaba, por tanto, reducido a tres, pero como el rey y la muchacha se habían acostumbrado a este estado de cosas durante su largo viaje con Larsín, no encontraron demasiadas dificultades para soportarlo.

La víspera del día en que planeaban alcanzar el escondite de que hablaba Toral, mientras Elavel estaba de guardia, Valaz se incorporó de pronto y, acercándose a ella, le dijo en voz muy baja para no despertar a sus compañeros:

—¿Por qué repartir un tesoro entre cuatro, si podemos disfrutarlo nosotros dos solos? Ven conmigo y te guiaré al escondite. Sé muy bien dónde está.

Elavel le miró con una mezcla de confusión y desprecio. ¿Qué se proponía este individuo?

—¿Estás loco? ¿Crees que voy a abandonar la guardia?

—¿Por qué no? ¿Qué puede importarte lo que les ocurra a estos dos? A Toral apenas le conoces. En cuanto al otro, el que venía contigo, no se le oye hablar de otra cosa que de su prometida y su deseo de regresar con ella para curarla de su enfermedad. No le importas nada. Si me acompañas, te prometo que te trataré bien.

Elavel enrojeció violentamente de indignación e intentó responderle como se

merecía, pero durante unos momentos no supo hallar palabras adecuadas para ello.

De pronto, Valaz pareció perder la paciencia. Avanzando hacia Elavel, la cogió del brazo y la empujó hacia los caballos.

Afortunadamente para él, pisó una rama seca que se partió con resonante estrépito y Tivo despertó y se dio cuenta de que sucedía algo raro. De no haberse producido la intervención del rey, no cabe duda de que el klíraíta habría perdido la vida a manos de su víctima, pues Elavel había logrado echar mano al cuchillo que llevaba entre las ropas y no hubiera dudado en defenderse con él. Lo que ocurrió, en cambio, fue que una pesada mano cayó sobre el hombro de Valaz, al tiempo que sentía la punta de un acero contra la espalda y oía la voz de Tivo que le decía:

—¿Qué pasa aquí? ¿A dónde crees que vas?

Elavel explicó al rey lo que había sucedido y Tivo sintió tentaciones de terminar allí mismo con la vida del miserable. Pero ahora la muchacha, viéndole inerme, intercedió en su favor. El intento de Valaz no tuvo para él peores consecuencias, por el momento, que las de verse obligado a pasar el resto de la noche atado, pues ninguno de los presentes sentía ya la más mínima confianza en él. Toral, que había despertado con el ruido de la disputa, no se extrañó nada de lo sucedido y declaró que no era otra cosa que lo que él habría esperado de Valaz.

—Ya te avisé que es peor que una víbora —dijo a Tivo.

Al día siguiente tardaron poco en llegar al escondite. Una vez allí, Toral recuperó una pequeña colección de piedras preciosas de bastante valor, resultado de sus actividades comerciales durante ese año, que separó en dos partes iguales. Cuando hubo terminado, extrajo de su cinturón un cuchillo de afilada hoja y se dirigió hacia Valaz, que aun continuaba atado. El miserable, creyendo que se proponía matarlo, empezó a pedir ayuda a voces a Elavel y Tivo. Toral, sin embargo, sólo deseaba cortar sus ligaduras y dejarlo libre. Después de hacerlo, le dijo estas palabras:

—Toma la parte que te corresponde del producto de nuestros viajes y márchate inmediatamente. Nunca más volveré a hacer tratos contigo.

—En cuanto a mí —añadió Tivo—, si vuelvo a verte ante mi presencia no tendré compasión de ti. Es mejor que te vayas ahora, antes de que cambiemos de opinión y te hagamos pagar lo que mereces.

Valaz se apresuró a apoderarse de las piedras preciosas que le pertenecían, dirigió a Elavel una mirada de odio, montó su caballo y se alejó presurosamente del lugar en dirección noroeste. Pronto se perdió de vista.

—Espero que sea la última vez que le veo —comentó Tivo, mientras los tres viajeros se disponían a seguir, con más lentitud, el camino que había tomado Valaz.

No ocurrió ningún otro incidente digno de mención durante esta etapa del viaje. Al principio, el camino bordeó el curso de otro río bastante caudaloso. Cuatro días después de lo relatado, Tivo y Elavel percibieron que el aspecto del paisaje sufría un cambio. El suelo llano de la meseta cedía el paso a un terreno muy plegado, que formaba largas cadenas de colinas bajas entre las que sobresalía, a lo lejos, algún

picacho no muy alto. Al mismo tiempo era posible ver que la elevación del suelo descendía gradualmente a través de la región de las colinas, aunque la extensión ocupada por éstas era tan amplia que no se habría visto su fin aunque hubieran podido ascender a un punto de vista más ventajoso. Al llegar al pie de la primera línea de lomas, Toral detuvo su caballo, se volvió hacia sus amigos y dijo:

—Aquí comienza la última etapa de nuestro viaje. Éste es el país de Klír.

LA BOLA DE DUVA

Lestaban en Klír! Tivo y Elavel habían llegado por fin al, para ellos, fabuloso país situado al otro extremo del continente. Ya sólo les faltaba localizar la pieza del rompecabezas, apoderarse de ella, escapar sin ser capturados por sus actuales propietarios y desandar todo el camino recorrido. Difícilmente podían aceptar lo que decía Toral: que se hallaban en la última etapa de su viaje.

La cuestión que Tivo deseaba ahora resolver con urgencia consistía en descubrir hasta qué punto podía contar con la ayuda de Toral para lo que se disponía a intentar. Es cierto que el klíraíta les había guiado hasta su país, pero quizá no le hacía muy feliz la idea de que estos dos extranjeros desearan llevarse uno de los objetos más valiosos del reino. Decidió interrogarle al respecto. Toral, sin embargo, procuró tranquilizarle.

—No te preocupes —dijo—. He resuelto ayudaros, por dos motivos. En primer lugar, debo la vida a Elavel, que me salvó de perecer en la hoguera. Por otra parte, no creas que me desagradaría que tuvierais éxito. No es fácil explicar hasta qué punto la Bola de Duva ha llegado a ejercer sobre muchos de mis compatriotas una influencia que considero malsana.

—¿Qué clase de influencia? —preguntó Elavel.

—Lo verás cuando estemos ante ella.

Toral explicó a sus amigos que el objeto que buscaban se guardaba celosamente en la capital del país, la ciudad de Klír, para llegar a la cual tendrían que atravesar de parte a parte la región de las colinas, y aun entonces les quedarían unas diez jornadas para alcanzar la meta.

En el primer descanso nocturno, mientras cenaban alrededor de una hoguera, Tivo expresó su curiosidad por la enemistad profunda que existía entre Toral y su ex-compañero, Valaz. Hasta ahora, debido a la presencia de éste, no se había atrevido a preguntar nada. Pero, puesto que Valaz se había marchado, no dudó en requerir de Toral más información sobre el tema. El klíraíta no se mostró remiso a relatarles la historia de sus desventuras y dijo así:

—Habéis de saber que, desde hace muchos años, me dedico a la profesión de comerciante en piedras preciosas, que fue también la de mi padre y mi abuelo. A lo largo de mi vida he realizado numerosos viajes que me han llevado a países lejanos y

desconocidos. He cruzado desiertos y estepas. He visto las montañas de fuego del país de los montes Pictos. He visitado la región misteriosa que rodea el lago Negro, donde confluyen cuatro mundos diferentes. He penetrado en el bosque del Triángulo y he visto de lejos el Gran Bosque, donde pocos de los que entran vuelven a salir. He cruzado ríos sin fin. He estado en las playas y acantilados del mar de la Cinta, al sur, y del mar Boreal, al norte. He visitado incluso —aquí esbozó una leve sonrisa— el país de Tiva —el rey y Elavel le miraron alarmados—. Pero no temáis. Sé reconocer la necesidad de viajar de incógnito cuando se presenta, y mis amigos pueden confiar en mi discreción.

«Generalmente no viajo solo. Es costumbre entre los miembros de mi gremio unir fuerzas con otro colega y emprender los viajes en pareja. De esta forma, los peligros y aventuras que inevitablemente acaecen son más fáciles de vencer. Aun así es frecuente que los miembros de una expedición no regresen nunca o que sólo uno de los dos vuelva con vida».

—Es un oficio muy peligroso el vuestro —comentó Tivo.

—Pero muy lucrativo, por regla general. El precio que obtenemos a cambio de las piedras preciosas es compensación más que suficiente para las penalidades que sufrimos por conseguirlas. Es ley establecida que los socios de estos viajes repartan los beneficios obtenidos en lotes de igual valor.

»Durante algunos años —continuó Toral— tuve la suerte de servir de socio a un hombre excelente, muy experimentado y de un valor a toda prueba. Desgraciadamente, poco antes de partir en mi última expedición, mi compañero fue víctima de un accidente violento que, aunque no terminó con su vida, le obligó a abandonar todos sus proyectos de viaje durante algún tiempo, por lo que tuve que apresurarme a buscar otro socio, si no quería marchar solo o perder toda la temporada, es decir, el trabajo de un año. Para entonces casi todas las parejas estaban ya constituidas, por lo que hube de contentarme con Valaz, a quien solíamos evitar por su carácter huraño y pependenciero y por cierta fama de mala suerte que se suponía recaía sobre los socios de este hombre. En efecto, durante los cinco años anteriores había regresado sólo en tres ocasiones, hablando de accidentes mortales que habían sobrevenido a sus respectivos compañeros.

»Partimos al fin al comienzo de la primavera pasada y durante algunos meses no tuvimos mucha suerte, adquiriendo sólo la colección de piedras que visteis hace unos días, que dista de justificar los esfuerzos de un año entero. Por ello, cuando el verano estaba ya muy avanzado, decidimos intentar algo más arriesgado y tratar de obtener un premio mejor. Dejando ocultos nuestros beneficios en un escondite que yo conocía, próximo a nuestro país, emprendimos viaje hacia el oeste. Cerca de Tiva, en la región donde la estepa linda con los montes Latios, existe un importante yacimiento de piedras preciosas, explotado por una tribu de nómadas que hacen muy poco honor a su nombre, pues en la práctica son casi sedentarios, y con los que es posible alcanzar acuerdos comerciales ventajosos, pues no son tan hostiles hacia los

extranjeros como otros hombres de su raza. Hacia allí nos dirigimos, por consiguiente, para ver de obtener algo que nos compensara de los esfuerzos realizados.

»No encontramos dificultades en el viaje de ida y alcanzamos el éxito deseado, pues los nómadas nos cedieron una buena cantidad de piedras a cambio de esos objetos propios de la civilización, que para nosotros son de uso ordinario, pero que estas gentes bárbaras desean ardientemente poseer, y de los que llevamos siempre, en nuestras expediciones, abundante provisión.

»Durante las primeras semanas del regreso a través de la estepa no sucedió nada especial, pero una noche de luna llena, mientras Valaz estaba de guardia y yo dormía, distinguió a bastante distancia las siluetas de varios jinetes en los que reconoció una partida de nómadas hostiles. ¿Qué creéis que hizo entonces?

—Cuéntanoslo —rogó Elavel.

—Tomó apresuradamente su caballo, se apoderó de una parte de las provisiones y de todas las piedras preciosas y emprendió la huida, sin avisarme y sin siquiera apagar la hoguera. Era inevitable que los hombres de la estepa observaran el brillo de ésta y me encontraran allí, inerme y sumido en un profundo sueño. Valaz pensaba, sin duda, que me matarían en el acto y él quedaría dueño absoluto del tesoro y podría regresar a Klír con una historia más de la mala suerte de su compañero. Pero no se salió con la suya, pues no perdí la vida, ya que los nómadas me reservaron para su sacrificio anual. Además, su gozo fue de corta duración, pues cayó en manos de otro grupo perteneciente al mismo campamento, perdiendo así todo lo que tenía, sin excluir las piedras que debían compensarnos los esfuerzos de un año de trabajo y que él se había apropiado contra todo derecho.

«Comprenderéis ahora por qué le recibí como lo hice, cuál era la causa de mi desconfianza hacia él y de dónde provenían los avisos que os dirigí. Sospecho que muchos de los accidentes que acabaron con sus anteriores compañeros fueron, si no provocados por él (pues no le concedo el valor suficiente para ello), sí al menos aprovechados o agravados intencionadamente para suscitar su muerte. Ciertamente estuvo a punto de conseguirlo en mi caso, y ya habéis visto cómo en el último momento trató de adelantarse al escondite, a pesar de lo exiguo del tesoro que allí había y del peligro de ser descubierto».

—¿Qué harás cuando llegues a la capital, si te encuentras de nuevo con él? —preguntó Tivo.

—Tengo la intención de dar cuenta de todo esto en la reunión anual del gremio. Supongo que será expulsado de la profesión, lo que significa que nadie querrá formar sociedad con él y quizá consigamos que los talladores de piedras preciosas se nieguen a adquirir lo que trate de venderles. De todas formas, no morirá de hambre. Debe de haber amasado una buena fortuna con las ganancias de años anteriores, y siempre podrá encontrar compradores en el país de Tacta, donde nadie le conoce. Probablemente se trasladará allí y comenzará de nuevo. Es más de lo que merece.

La tarde del cuarto día después de esta conversación, los tres viajeros seguían aún avanzando trabajosamente a través de la tierra de colinas. Esa mañana, su camino les había hecho pasar entre dos picos algo más elevados, que destacaban en aquel terreno tan desigual y que habían podido distinguir a lo lejos desde que pusieron pie en el país de Klír. El río cuyo curso discurría más o menos paralelamente a su ruta desde el escondite del tesoro quedaba ya atrás, pues sus fuentes surgían de la tierra en la base del peñasco que habían dejado a su izquierda poco antes.

De pronto, el klíraíta detuvo su caballo e hizo seña a sus amigos de que se acercaran. Cuando los tres estuvieron juntos en la cumbre del pequeño cerro cuya ladera acababan de ascender, Toral les señaló algo que se podía distinguir vagamente al pie de una colina próxima. Al principio no pudieron percibir con claridad la naturaleza de la desigualdad del terreno hacia la que se dirigían: tan sólo divisaron una mancha oscura e informe que no destacaba mucho entre el follaje que la rodeaba. Después se dieron cuenta de que aquel paraje parecía estar cortado por numerosas grietas, como si hubiera sido destrozado por obra de un ejército de gigantes, o como si la Tierra entera se hubiera convulsionado bajo los efectos de un enorme terremoto.

Comenzaron el descenso. Pronto advirtieron que el único camino practicable era muy estrecho y serpenteaba entre las hendiduras y precipicios haciendo peligrosa la marcha y provocando el nerviosismo de las monturas y sus jinetes. Sólo Toral parecía tranquilo. Pero lo peor estaba aún por llegar.

A pesar de las vueltas y revueltas del sendero, Tivo y Elavel no tardaron en darse cuenta de que se estaban aproximando a la gran desigualdad que les había señalado su compañero. Pronto pudieron comprobar que se trataba de una hondonada o pozo de dimensiones gigantescas. Al fin, vieron que el camino avanzaba directamente hacia el abismo y lo contorneaba, convirtiéndose en una cornisa de no más de tres o cuatro pasos de ancho que por un lado estaba limitada por una pared rocosa casi vertical, más alta que cinco hombres, y por el otro se perdía bruscamente, sin protección alguna, en el borde de la fosa.

Al llegar a este punto, Tivo experimentó una intolerable sensación de angustia al percibir que el precipicio hacia el que se dirigían era mucho más ancho y profundo de lo que en un principio había supuesto. De pronto, los caballos, que parecían compartir sus sentimientos, se negaron a seguir adelante. Toral desmontó, tapó los ojos de su montura con un pañuelo e indicó a sus amigos que lo imitaran. Antes de reanudar la marcha, Tivo y Elavel se acercaron al borde del abismo y contemplaron una escena increíble.

La tierra, cortada a pico, desaparecía ante sus pies sin dejar rastro. La anchura del pozo era de unos doscientos pasos. Era casi circular, aunque su curva distaba de ser perfecta: entrantes y salientes irregulares interrumpían a cada paso su perímetro. Pero lo más impresionante del precipicio era la altura: a pesar de todos sus esfuerzos les fue imposible distinguir su fin. Las paredes, perfectamente verticales, descendían hasta perderse de vista en una oscuridad impenetrable sin que el ojo pudiera

distinguir señal alguna del fondo.

—¡Escuchad! —exclamó Toral, y cogiendo una piedra la arrojó al vacío. Durante largo rato la vieron descender, por fin la perdieron de vista. Pero aunque aguardaron mucho tiempo en silencio absoluto, no llegó hasta sus oídos sonido alguno.

—¿Cuál es la profundidad de este abismo? —preguntó Tivo.

—En Klír se afirma que no tiene fondo —respondió Toral.

—¡Sólo Kial podría ayudar al desgraciado que cayera ahí! —exclamó Elavel.

Toral dirigió a la muchacha una mirada de extrañeza y dijo:

—¿Qué sabes de Kial?

—Es amigo nuestro —respondió la joven—. Nos ha ayudado una vez durante este viaje y prometió volver a hacerlo antes de su fin.

—Su nombre no os abrirá puertas en Klír —repuso Toral—. Ha estado aquí alguna vez y dejó muchos enemigos. Algunos le consideran una personificación de las fuerzas del mal, una especie de demonio.

—¿Tú que opinas? —preguntó Tivo.

—Ya te dije, en otra ocasión, que las cuestiones sobrenaturales no me interesan. Kial no me ha perjudicado nunca, por lo que me considero neutral hacia él. De todas formas, es justo que os avise de las consecuencias que puede tener para vosotros declararos abiertamente en su favor mientras estéis en mi país.

—Yo no pienso negar su amistad. ¡Sería indigno! —exclamó Elavel.

—No es eso lo que te sugiero. Absténte, simplemente, de mencionarlo.

Prosiguieron la marcha con gran cuidado, conduciendo por la brida a los caballos a lo largo de la peligrosa cornisa. El camino que hubieron de recorrer de esta forma no era muy prolongado: unos trescientos pasos, todo lo más. Pero emplearon casi media hora en atravesarlo de parte a parte. Cuando al fin pusieron pie de nuevo en terreno firme, todos ellos, sin excluir a Toral, emitieron un fuerte suspiro de alivio. La tensión nerviosa que acababan de sufrir había sido muy grande.

Ésta fue la última dificultad que encontraron en esta etapa de su viaje. Poco después de dejar atrás el abismo sin fondo, terminó bruscamente la región de las colinas. La última ladera les llevó hasta una llanura muy extensa, que se perdía de vista en el horizonte del oeste y que estaba cruzada por un ancho río. Al verlo, Toral dijo a sus compañeros:

—Éste es el río Gilo, que antes de llegar al mar une sus aguas con las del Levi. En la confluencia de ambos se encuentra la ciudad de Klír.

Aun hubieron de seguir adelante durante diez largos días, pero la cercanía de la meta de su viaje y la seguridad que Toral les proporcionó de que lo peor ya había pasado y que la marcha no presentaría nuevos contratiempos, les dieron ánimos. A veces Tivo rompía a cantar, murmurando con voz queda alguna tonada de su país. Sólo el recuerdo de Larsín le entristecía de cuando en cuando.

Por fin, un día, a la caída de la tarde, divisaron a lo lejos la cinta plateada de otro río que confluía con el que venían siguiendo al otro lado de un montículo. Los

últimos rayos del sol poniente se reflejaban sobre la cumbre de éste en mil y una cúpulas y minaretes dorados, rojos y azules, alrededor de los cuales se extendían, por las laderas del cerro y en las cercanías de sus faldas, numerosos tejados de color rojo ladrillo y negro pizarra. Ante sus ojos veían, por primera vez, la ciudad de Klír, donde esperaban encontrar la respuesta a todas sus preocupaciones, el objetivo de su viaje y el medio de devolver la salud a Aguamarina. Habían transcurrido setenta y dos días desde su partida de Itin.

El día estaba ya muy avanzado y pernoctaron por última vez al aire libre, pero tan pronto despuntó el alba reanudaron la marcha. Era temprano aún cuando llegaron al puente que atravesaba el río Gilo al pie del cerro sobre el que se alzaba la ciudad y en las afueras de ésta. Una vez sobre el puente se encontraron en medio de un tráfico animado. Unos viandantes se dirigían, como ellos, a la ciudad, llevando mercancías en carros tirados por bueyes. Otros procedían de Klír y marchaban a los campos próximos a realizar sus tareas cotidianas.

Toral les guió a través de un laberinto de callejuelas en las que Elavel y Tivo se habrían perdido irremisiblemente sin su ayuda. El rey interrogó a su amigo respecto a la facilidad con que habían podido entrar en la ciudad, que no estaba amurallada y en cuyos accesos no parecía haber un cuerpo de guardia digno de tal nombre.

—No sucede lo mismo en Ecto o en Cti, ciudades fronterizas del país —explicó el klíraíta—. Pero la capital se encuentra a una distancia considerable de la estepa y del reino de Tacta, nuestros vecinos más peligrosos. Además, los caminos que llevan hasta aquí no son fáciles de recorrer para un ejército numeroso. La región de las colinas nos proporciona una protección considerable.

—A pesar de todo, supongo que alguna vez habréis sido atacados —insistió Tivo.

—Ciertamente, pero siempre sin éxito. Esta ciudad no ha caído jamás en manos del enemigo. Es más: nos enorgullecemos de no haberle permitido acercarse a menos de tres días de marcha. Por esta razón, como veis, la vigilancia está relajada y no tenemos excesivo temor a los extraños.

—Espero que esto nos favorezca —murmuró el rey.

Poco después, Toral hizo alto ante una casa de aspecto sencillo y bien cuidado, que se encontraba en una calle no demasiado estrecha que ascendía en pendiente bastante pronunciada, lo que les indicó que estaban en las faldas del cerro de Klír. El barrio tenía un aspecto algo más elegante que las zonas próximas a la entrada de la ciudad. Seguramente vivían aquí mercaderes y artesanos relativamente desahogados. A juzgar por el aspecto de la ciudad, vista de lejos, las secciones más ricas se encontraban en la parte alta de la capital.

—Aquí vivo yo —dijo Toral—. ¡Pasad!

Desmontaron, entregaron los caballos a un sirviente y entraron en la casa. Ésta, amueblada con gusto, estaba atendida por una fiel criada, que lanzó gritos de alegría al ver a su amo y recibió con deferencia a sus invitados. Toral les había advertido que no pronunciaran palabra sobre su misión en presencia de nadie que no fuera él

mismo. Tivo y Elavel se vieron, por tanto, obligados a guardar silencio durante bastantes horas, pues la noticia del regreso del dueño de la casa se extendió rápidamente, recibándose numerosas visitas de amigos, parientes y colegas que deseaban conocer noticias de los países que había visitado o, simplemente, volver a verle después de su larga ausencia. Toral presentó a sus compañeros de viaje como comerciantes de lejanas tierras. Nadie demostró demasiado interés en ellos, limitándose a hacerles algunas preguntas corteses sobre la distancia a la que se encontraba su país y los principales productos del mismo.

Toral mostró gran impaciencia por obtener noticias de Valaz, que sin duda había llegado a Klír antes que ellos, pero nadie pudo darle razón de él. Su ex-compañero parecía haberse esfumado totalmente.

—No se habría perdido nada si hubiese caído al abismo sin fondo —dijo. Elavel se horrorizó. A pesar de lo ocurrido, no deseaba la muerte de Valaz.

Caía la noche cuando al fin quedaron a solas y Toral hizo seña a sus amigos de que lo siguieran. En esta zona las calles eran más rectas y les condujeron con rapidez al punto donde Toral quería llevarles: la cumbre, que era plana y había sido convertida en una inmensa plaza. Un lado de ésta estaba totalmente ocupado por un edificio gigantesco, impresionante por su magnificencia y riqueza.

—El palacio del rey —indicó su compañero. Tivo no pudo evitar compararlo con el suyo, mucho más modesto. Pero no sintió deseos de cambiarse por el monarca de Klír.

En el centro de la plaza se alzaba un monumento de piedra que representaba una elevada montaña sobre la que se posaba un águila majestuosa, de oro macizo, símbolo de la monarquía de Klír. Al otro extremo de la explanada se elevaba una torre altísima y muy estrecha, adosada a una construcción relativamente pequeña, pero muy ornada. Una doble fila de personas entraba y salía por sus recargadas puertas. Toral les indicó que ocuparan su lugar en la hilera.

A su debido tiempo penetraron en el edificio, que estaba profusamente iluminado por hachones y velas. El interior era una gran sala, sin divisiones de ninguna especie. Aparte de la entrada principal, que daba a la calle, sólo se veía una puerta en la pared de la izquierda, que sin duda comunicaba con la torre. No había ninguna otra abertura en los muros, ni siquiera ventanas. En el centro del recinto se alzaba una tarima elevada y, sobre ella, una urna de cristal que contenía un objeto redondo, flanqueada por dos soldados. La fila de visitantes daba vuelta a la tarima y volvía a salir al exterior. Al pasar ante la urna, casi todos ellos se inclinaban y hacían gestos del mayor respeto e incluso, hubiera dicho Tivo, de adoración. Toral señaló el objeto contenido en la urna y dijo:

—Ahí tenéis la Bola de Duva.

EL SACRIFICIO

Tivo observó atentamente aquella esfera oscura que había pertenecido a sus antepasados, uno de los siete pedazos en que se rompió el objeto misterioso puesto bajo el cuidado del primer rey de Tiva, en cuya busca había atravesado el mundo conocido y que, a primera vista, no parecía justificar el esfuerzo realizado y la sangre que ya se había vertido por él. Era pequeño, del tamaño de un puño, y parecía estar construido con un material negro y liso que no supo identificar.

De pronto se dio cuenta de algo extraño en la actitud de uno de los soldados que vigilaban la Bola de Duva. A pesar de que había al menos doscientas personas en el interior del recinto, este hombre parecía mostrar mucho interés por él y su compañera. Sus ojos no se despegaban de ellos, les seguía mientras recorrían lentamente la sala al ritmo de la hilera de visitantes. ¿Por qué se fijaba en ellos así? ¿Los reconocería como extranjeros? Era extraño, pues Toral les había proporcionado vestidos a la usanza de Klír, para que no destacaran demasiado. Aquel soldado no podía conocer de vista a toda la población de la ciudad, que su amigo calculaba en cien mil habitantes. Además, éste era un lugar de culto, que visitarían numerosos peregrinos procedentes de todo el país. ¿A qué, entonces, se debía su interés?

Salieron nuevamente al exterior y emprendieron el regreso a la casa de Toral. Tivo comunicó a éste su preocupación por la conducta del centinela, pero su compañero no había advertido nada anormal. Elavel, por su parte, estaba indignada por el comportamiento de los klíraítas con respecto a la Bola de Duva: la adoración de que la hacían objeto sólo debía ser destinada al Señor de la Luz. ¡Aquello era idolatría! A Toral también le desagradaba que su pueblo se dejara influir por un culto fetichista que, además, era aprovechado por la clase gobernante para doblegarlo bajo una carga abusiva de impuestos y contribuciones. Por otra parte, se mostraba escéptico respecto a las supuestas propiedades mágicas y curativas del objeto. Reconocía, sin embargo, que no tenía razonamientos válidos a favor o en contra de esto último. En Klír no se utilizaba nunca para estos fines, pues no se le permitía a nadie tocarlo y estaba siempre encerrado en la urna de cristal donde lo habían visto.

Ya tranquilos en casa de su amigo, los tres discutieron hasta muy avanzada la noche sobre lo que podían hacer para obtener la posesión de la pieza del rompecabezas. Tivo sugirió presentarse al rey y pedírsela abiertamente, ya que al fin

y al cabo le pertenecía, pues se trataba de la herencia de los reyes de Tiva. Toral, que había adivinado hacía tiempo la identidad de su compañero, le disuadió de este propósito. El monarca de Klír era orgulloso y terco y jamás se avendría voluntariamente a desprenderse de un objeto que le resultaba tan útil. Reconoció, sin embargo, que no se le ocurría ningún plan mejor para apoderarse de la Bola de Duva sin correr peligro.

A preguntas de Tivo, el klíraíta explicó que el templo donde se exponía la pieza del rompecabezas a la admiración del público estaba siempre vigilado y sólo se abrían sus puertas a la caída de la tarde. En otros momentos las llaves se guardaban celosamente en el palacio real. No había otra forma de penetrar en el recinto, pues no tenía ventanas y los portones eran muy resistentes. Escalar la torre para acceder al templo desde la terraza era imposible, dada su altura y lo pulido de sus paredes. El problema parecía no tener solución.

Por fin decidieron aplazar la decisión. Al día siguiente volverían a visitar el templo para observar más atentamente el lugar. Tal vez descubrieran algo que les hubiera pasado desapercibido e incluso pudiera ser que se presentara una oportunidad de conseguir lo que deseaban. Tivo estaba casi dispuesto a intentarlo en presencia de todo el mundo, apoyándose en la sorpresa para apoderarse del objeto y escapar antes de que nadie lograra reaccionar. De todas formas, Toral le hizo prometer que no haría nada sin estar razonablemente seguro del éxito. Para prever cualquier eventualidad, decidieron tener preparados tres caballos, así como pellejos de agua y una provisión suficiente de alimentos, por si era preciso abandonar precipitadamente la ciudad.

El día siguiente se les hizo muy largo, tanto más cuanto que no esperaban conseguir nada de forma inmediata, aquella misma noche. Tampoco se atrevían a pedir información sobre la Bola de Duva, por temor a que alguien sospechara y adivinara su propósito.

El sol se puso. El tiempo, que había amanecido nublado, fue empeorando a lo largo del día hasta el punto de que, cuando los tres conspiradores salieron de la casa, amenazaba inminentemente una tormenta. Las calles estaban tan oscuras que no vieron una sombra que surgía de pronto de una travesía próxima a la casa de Toral y que les seguía.

Llegaron al templo y ocuparon su lugar en la fila de visitantes. Avanzaron lentamente, penetraron en el interior y se acercaron por segunda vez a la tarima donde estaba la urna, flanqueada por dos centinelas. Ninguno de ellos era el soldado que el día anterior se había fijado en Tivo y Elavel, como si sospechara algo.

Estaban ya en el centro del recinto, junto a su objetivo. Era el momento de tomar la decisión de actuar ahora o dejarlo para otra ocasión mejor.

De pronto se oyó ruido de pasos acompasados. En la entrada del templo apareció un grupo de soldados dirigidos por un civil. Era Valaz. Junto a él estaba el guardián del día anterior, que evidentemente les había delatado. Señalando hacia Tivo y sus amigos, Valaz exclamó:

—¡Detenedlos! ¡Quieren destruir la Bola de Duva!

Toral reaccionó inmediatamente.

—¡A la torre! —gritó a sus compañeros y corrió hacia la puertecilla, seguido de cerca por Tivo y Elavel, antes de que los guardianes de la urna pudieran evitarlo. Al otro lado de la estrecha entrada comenzaba una escalera empinadísima, que los tres fugitivos subieron con toda la velocidad que les permitían las piernas. Tras ellos oían el ruido de la persecución.

Llegaron a la terraza. Se accedía a ella por una trampilla muy pesada que lograron levantar, dejaron caer ante sus perseguidores y aseguraron con una barra de metal que se introducía en dos anillas dispuestas al efecto. Por el momento se sintieron relativamente seguros, aunque comprendían que sus enemigos no tardarían en buscar medios más contundentes para penetrar en su refugio.

Poco a poco, los sitiadores se cansaron de dar golpes en la trampilla, aguardando la llegada de refuerzos. De pronto se hizo el silencio debajo de ellos y se oyó un terrible estrépito, al tiempo que toda la torre temblaba. Al tremendo golpe del ariete sucedió otro, y otro más. La madera de la trampilla comenzó a resquebrajarse.

—¡Kial, ayúdanos! —exclamó Elavel, mientras corría al lado de sus compañeros que, situados frente a la trampilla, se disponían a vender caras sus vidas.

Del cielo nublado, negro como la tinta, descendió una sombra oscura. Un momento más tarde, el hombre-murciélago se posaba sobre la terraza, junto a ellos. Mirándolos con infinita tristeza, habló así:

—He venido, como os predije, para ayudaros en el momento de vuestra mayor necesidad.

Mientras esto decía, un último golpe violento hizo saltar en pedazos la tapa de la abertura. Inmediatamente, varias cabezas aparecieron en el hueco, pero quedaron inmóviles al ver a Kial. Éste avanzó hacia ellos. Sus enemigos retrocedieron.

Se hizo un silencio absoluto. Kial se acercó a la boca de la escalera y bajó a ésta. Los klíraítas descendieron ante él. Todos ellos desaparecieron de la vista de los tres amigos, que se habían quedado como clavados en tierra.

—Vamos tras él —dijo Toral, dando un codazo a Tivo, quien movió la cabeza como si tratara de despejarse. Cogiendo el brazo de Elavel, condujo a la muchacha tras de su compañero.

La escalera estaba desierta. Al pie de los escalones vieron que el templo había sido abandonado hasta por los centinelas. Todos habían salido en silencio a la explanada, retrocediendo ante el avance de Kial.

De un salto, Toral subió a la tarima, golpeó la urna de cristal con el pomo de la espada y la rompió en mil pedazos. Guardando entre sus ropas la Bola de Duva, se dirigió hacia la entrada del templo, seguido por sus compañeros.

En la plaza se había reunido una enorme multitud que se retiraba delante del hombre-murciélago, que continuaba avanzando lentamente. Por fin, en el centro de la explanada, Kial se detuvo, apoyando la espalda en el monumento y cruzando los

brazos sobre el pecho.

Durante algunos momentos, que parecieron eternos a todos los presentes, todos mantuvieron una inmovilidad absoluta. Kial contemplaba a los klíraítas y éstos le miraban fijamente, como hipnotizados.

De pronto, como si se hubiera roto un hechizo, se deshizo el silencio. Una babel de gritos y aullidos procedentes de los espectadores se elevó en un estruendo repentino.

—¡Es el demonio Kial! ¡Matadlo! —repetían cientos de voces. Al mismo tiempo, algunos de los circunstantes le atacaron con piedras y palos, que le arrojaron desde una distancia prudencial. Por el momento, nadie se atrevía a acercarse a él. Kial no se movió ni hizo ademán alguno.

Elavel dio un grito y se lanzó a la carrera hacia el centro de la plaza, pero Toral fue más rápido. Alcanzándola en cuatro zancadas, la sujetó fuertemente mientras le decía:

—¿Estás loca? ¿Qué puedes hacer tú por él? ¿Quieres que su sacrificio sea en vano?

La muchacha luchó por liberarse de sus fuertes brazos. Por fin, reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos, se volvió como loca hacia el rey y exclamó:

—¡Tivo! ¡Si eres hombre, haz algo! ¡Defiéndele! ¡Lucha por él! ¡Muere por él!

Pero Tivo permaneció con la cabeza baja, mirando al suelo y con la espada desnuda apenas sostenida por sus dedos flácidos y desfallecidos.

—¡Cobarde! —gritó Elavel—. ¡Tienes miedo! —y no pudo decir más, pues los sollozos ahogaron su voz.

Entretanto, en el centro de la plaza, la multitud había cobrado valor al darse cuenta de que su enemigo no pensaba resistirles. Poco a poco fueron cerrando el cerco y se atrevieron a golpearle con los puños. Algunos blandieron armas blancas. Kial desapareció bajo el ataque de la turbamulta.

Un alarido de triunfo atravesó el aire. Mil personas lanzaron vítores saludando la muerte de su temido adversario. Elavel dio un grito y quedó exánime entre los brazos de Toral, que aun la sujetaba.

De pronto, un rayo hendió los cielos y cayó sobre el monumento central de la plaza. La multitud, enloquecida y temiendo un ataque de fuerzas sobrenaturales, huyó y se dispersó en todas direcciones. Poco después, la explanada quedaba desierta, a excepción de los tres amigos. En el lugar de los hechos sólo se veía el cuerpo de Kial, junto al que yacía el águila de oro, partida en tres pedazos.

Las nubes se abrieron por fin, como habían estado amenazando todo el día, y una sábana de agua cubrió la ciudad. La visibilidad era casi nula.

—¡Aprisa! —exclamó Toral—. Recojamos su cuerpo y escapemos de aquí.

Entre Tivo y Toral transportaron el cadáver de Kial, que les pareció ligero como una pluma. Elavel, entretanto, marchaba tras ellos, tambaleándose y no muy segura de dónde ponía los pies. Al llegar ante la puerta de su casa, Toral hizo la señal

convenida y pasaron directamente al establo, donde los caballos estaban dispuestos para partir.

—Debéis marchar cuanto antes —dijo—. Pronto se descubrirá la desaparición de la Bola de Duva y registrarán toda la ciudad.

—¿No vas a acompañarnos? —preguntó Tivo, sorprendido.

—No. Mi lugar está aquí. No temáis, no me ocurrirá nada. Tengo amigos poderosos. Además, somos muchos los descontentos. Creo que no nos será difícil organizar un levantamiento popular contra el monarca reinante, para poner en su lugar a su sobrino, más digno, en mi opinión, de ocupar el trono. La destrucción del emblema real, el monumento de la plaza, será interpretada por muchos como una señal del cielo. Otro tanto sucederá cuando se den cuenta de que han perdido su fetiche.

—Correrás muchos riesgos.

—No más que los necesarios, podéis estar seguros. En el fondo soy un hombre prudente —dijo, riendo, Toral.

—En cualquier caso —intervino Elavel—, no nos marcharemos de aquí sin dar adecuada sepultura al cuerpo de Kial. No podemos dejarlo así.

—¡Está bien! —exclamó el klíraíta—. Os acompañaré hasta un campo que poseo donde no será difícil cavar una tumba. Yo también le estoy agradecido. Ha dado su vida por la nuestra. —Se interrumpió, vaciló un poco y añadió—: He de reconocer que era una persona extraordinaria, y que los que le creían un demonio se equivocaron totalmente. Lo que ha hecho Kial es inaudito: dar la vida por personas a las que apenas conocía. Uno llega a desear que hubiera algún lugar, más allá de este mundo, donde las buenas acciones obtengan recompensa.

»Pero antes de partir —continuó— debo pagar una deuda. Vosotros salvasteis mi vida cuando estaba prisionero de los nómadas. Ahora —dijo, con ademán solemne, extrayendo de sus ropas la pieza del rompecabezas—, tengo el honor de devolver al rey de Tiva el objeto que en legítima herencia le pertenece. Aquí tienes la Bola de Duva, tu antepasado.

—Gracias —exclamó Tivo, tomándola. Volviéndose a Elavel, dijo—: Te confío este remedio que salvará la vida y la salud de tu hermana Aguamarina. Nadie mejor que tú podrá guardarlo hasta que regresemos a Tiva.

Toral proporcionó a la muchacha una bolsita, donde guardó la pieza del rompecabezas y que colgó en su cuello. Después, con ayuda de un fiel servidor de toda confianza, izaron el cuerpo de Kial a lomos de un caballo y partieron hacia el campo que Toral había indicado, situado en las afueras de la ciudad. Iban bien pertrechados de palas y otras herramientas que necesitarían para cavar la fosa.

Al salir de la casa miraron en todas direcciones, pero las calles estaban desiertas. La lluvia no había amainado. Bajo el azote del agua y del vendaval emprendieron el descenso de la colina de Klír. Apenas se habían perdido de vista detrás de una esquina, cuando una sombra se separó de la oscuridad de un callejón próximo y

siguió sus pasos.

No tardaron en llegar al campo que buscaban y comenzaron en seguida a trabajar, mientras Elavel vigilaba. La sombra que les había perseguido se detuvo un momento en la linde del terreno y, tras descubrir lo que hacían, dio media vuelta y corrió de regreso a la ciudad.

Después de una hora de furioso cavar, quedó dispuesta la tumba, depositado en ella el cuerpo de Kial y cubierto de tierra. Para evitar que se descubriera, esparcieron la tierra sobrante por los alrededores. La intensa lluvia, que aun continuaba, borraría rápidamente las huellas de su obra.

Toral y su criado les acompañaron hasta el puente sobre el río Gilo. Al entrar en él se detuvieron. El klíraíta insistió en que sus amigos se llevaran los tres caballos para transportar las provisiones. Agua no era probable que les faltara en bastante tiempo, pues la primera parte de su viaje transcurriría siguiendo el curso de varios ríos. Pensaban regresar a Tiva por la misma ruta que les había llevado hasta Klír.

—Cuidado con los nómadas —dijo, sonriendo, Toral.

—Lo tendremos. Has sido un buen amigo, Toral. Serás bien venido en Tiva cuando quiera que allí vayas.

—Lo mismo os digo —repuso el klíraíta, algo emocionado.

Los dos viajeros hicieron volver grupas a sus monturas y emprendieron la marcha a través del puente. Toral y su criado permanecieron viéndolos partir. Cuando la lluvia y la noche les ocultaron, regresaron a su casa.

Unos momentos después, un jinete abandonó el lugar donde había permanecido oculto y atravesó el puente en pos de Tivo y su compañera.

EL ABISMO

Transcurrieron diez días, durante los cuales los viajeros avanzaron sin gran dificultad y no encontraron ningún peligro. Tampoco se dejó ver en este tiempo el perseguidor misterioso que había salido de Klír tras de sus pasos. Al cabo se aproximaron al abismo sin fondo que tanto les impresionara durante el viaje de ida. Ahora, al divisarlo a lo lejos, les pareció que había perdido gran parte de su terror. La muerte de Kial había influido en ellos tan profundamente que los horrores de la Tierra parecían desprovistos de su aguijón.

Por fin llegaron al comienzo de la estrecha cornisa que bordeaba la fosa. Elavel emprendió la marcha, conduciendo su caballo de la brida. Tivo permaneció algunos instantes mirando a las profundidades, lo que permitió a la muchacha adelantarse casi hasta un tercio del camino. En aquel lugar había un saliente rocoso que desviaba la cornisa y ocultaba de la vista de los viajeros lo que hubiera al otro lado.

De pronto, un grito de la joven atrajo la atención de Tivo. Valaz, que había estado oculto tras del saliente, se precipitó sobre ella con el sable en la mano y el rostro contraído en una expresión de odio indecible. Ignorando el peligro y abandonando los dos caballos que llevaba, Tivo rompió a correr bordeando el abismo, pero estaba demasiado lejos.

Era, en efecto, Valaz quien les había seguido desde que partieron de la capital, furioso en su deseo de venganza. Calculando que el borde del abismo sería el punto más adecuado para atacarles, donde encontrarían más dificultades para defenderse y donde sería más fácil sorprenderles, la noche anterior se les había adelantado, mientras los jóvenes descansaban. Desde entonces había aguardado impaciente, oculto en este lugar, esperando que se le presentaría una ocasión favorable para conseguir sus propósitos, lo que efectivamente había sucedido, cuando Elavel se adelantó.

La joven pudo detener los primeros golpes con su acero, que apenas tuvo el tiempo justo de desenvainar, pero la fuerza de Valaz era muy superior a la suya y el resultado de la contienda no era dudoso. La furia del ataque pronto le hizo perder el equilibrio. Al caer al suelo, muy cerca del precipicio, soltó la espada. Al mismo tiempo, la pieza del rompecabezas mágico salió despedida de la bolsita que llevaba al cuello y rodó lentamente hacia el abismo.

Tivo percibió todo esto mientras corría. Vio cómo Valaz levantaba el sable,

dispuesto a asestar a Elavel un golpe mortal. Sin vacilar, con la espada desnuda, el rey se olvidó de la Bola de Duva y acometió a Valaz. Su ataque fue tan terrible que el arma del klíraíta se partió en dos pedazos. Viéndose perdido, Valaz se volvió para huir, perdió pie y cayó al vacío. Tivo pudo oír sus alaridos durante largo rato, mientras se despeñaba. Por fin, se hizo el silencio.

Se volvió hacia Elavel, que se había incorporado y exclamó entrecortadamente, con el rostro demudado, mientras su mano buscaba en el interior de la bolsa que colgaba de su cuello:

—¡El remedio! ¿Dónde está la Bola de Duva?

Tivo se acordó entonces de la pieza del rompecabezas. Frenético, la buscó por todas partes, mas no pudo hallarla. Indudablemente había sufrido la misma suerte que Valaz. Elavel, destrozada, le recriminó duramente.

—¿Por qué la dejaste caer? Yo habría dado la vida con gusto por la salud de mi hermana. Ahora se ha perdido para siempre. ¡Quisiera estar muerta!

—No puedo creer que hables en serio —dijo una voz a su espalda. Los jóvenes dieron un respingo de sorpresa. Elavel se levantó de un salto y Tivo se volvió con el acero en guardia.

—¡Kial! —exclamó Elavel, corriendo hacia el que había hablado. Pero antes de alcanzarle se detuvo y, vacilando, dijo:

—Pero ¡esto no puede ser! Tú estás muerto. Nosotros mismos te sepultamos.

—No soy un fantasma, Elavel. Puedes tocarme y te convencerás.

Dudosa, la muchacha avanzó, extendió una mano y le tocó el brazo. Entonces se dejó caer al suelo y se abrazó a sus pies, exclamando:

—¡Kial! ¡Eres tú! ¡Estás vivo! Ahora creo que todo va a salir bien, pues estás otra vez con nosotros.

Kial se volvió hacia el rey, que permanecía a cierta distancia, expresando en su mirada una extraña mezcla de incredulidad, temor y alegría.

—¡Tivo, rey de Tiva! Acércate. Háblame de tu misión.

Muy despacio, como si sufriera una gran lucha interior, Tivo se aproximó. Avergonzado, no se atrevía a levantar los ojos del suelo, pero cuando llegó junto a Kial un impulso irresistible pareció atraerlos, obligándolo a mirarle cara a cara. La expresión de su rostro no indicaba ira, sólo amor y un poco de tristeza. Aun así precisó de todas sus fuerzas para hablar:

—He fracasado por completo, señor. En Klír te traicioné, abandonándote a tu suerte. Y hace un instante he permitido que la pieza del rompecabezas cayera al abismo.

—Muy distintas son las dos culpas de que te acusas. Respecto a la primera, ¿por qué me abandonaste? ¿Temías poner en peligro el éxito de tu misión, la curación de Aguamarina?

Por un momento, Tivo se sintió tentado a responder que sí. Pero, sobreponiéndose, murmuró con gran esfuerzo:

—No, señor. Temía sólo por mi vida.

—Has respondido bien. Me alegro de que no trates de engañarte a ti mismo. En cuanto a la segunda acusación, ¿cómo se ha perdido la pieza del rompecabezas?

—Elavel estaba en peligro. Corrí en su defensa y dejé que la bola rodara hasta el abismo.

—¿Lamentas haberlo hecho? ¿Preferirías haber obrado de otro modo?

—Creo que no, señor. En el fondo, me alegro de haber actuado así.

—¿Por qué?

—Porque de los dos males he elegido el menor. La muerte de Elavel habría sido irreparable. Pero la pérdida de la pieza del rompecabezas no supone el fracaso total de la misión. Significa, simplemente, que tendré que seguir buscando. Al fin y al cabo existen otras seis.

—¿Sabes que te arriesgas a perder tu reino? Si tardas mucho en volver, el regente nombrará rey a tu primo.

—Lo sé, señor. Pero si no vacilé en correr ese riesgo al comenzar esta aventura, tampoco voy a hacerlo ahora.

—Dices bien. Pero no será necesario. Tu acción al salvar a Elavel y, sobre todo, la forma en que has respondido a mis preguntas, son prueba suficiente.

—No comprendo. ¿Quieres decir que no es preciso buscar las otras piezas? ¿Acaso es posible recuperar la que ha caído al abismo sin fondo?

—Eso tampoco sería necesario, aunque fuera posible. Pero no lo es. La Bola de Duva ha desaparecido para siempre, pero al mismo tiempo ha perdido su valor. Todo su poder se ha transferido a ti. ¡Tivo, rey de Tiva! Tú eres ahora la primera pieza del rompecabezas mágico.

—¿Quieres decir que yo puedo curar a Aguamarina?

—En tus manos está.

—Pero ¿cómo?

—Ya te lo he dicho. Cuando llegue el momento, sabrás lo que tienes que hacer.

Elavel, que había estado escuchando atentamente este diálogo, no pudo contenerse y exclamó:

—Ya sabía yo que todo se arreglaría. ¡Alabado sea el Señor de la Luz! ¡Mi hermana se curará!

—Hija mía —dijo Kial—, puedes estar satisfecha de tu papel en esta aventura. Sin tu ayuda, sin el amor que profesas a Aguamarina, Tivo no habría triunfado. Pero ya hemos hablado bastante. Es hora de que regreséis a casa.

»Lo primero que debéis hacer —continuó—, es dejar libres a los caballos. Ya no los necesitaréis. No os preocupéis por ellos. Sabrán regresar a casa de Toral. Cuando hayáis terminado, volved aquí.

—Toral se asustará cuando los vea llegar solos —dijo Tivo—. Creerá que nos ha ocurrido algún percance. Tal vez emprenda viaje para ayudarnos.

—Escribe en esta corteza una nota para tranquilizarle y sujétala al arzón de uno

de los caballos. Ya me ocuparé yo de que llegue a sus manos.

Así lo hicieron. En su mensaje, Tivo comunicaba a su amigo la noticia del trágico fin de Valaz y la buena nueva de que Kial había vencido a la muerte y estaba otra vez entre ellos, dispuesto a ayudarles. La punta de un cuchillo le sirvió de pluma.

«No me creerá —pensó Tivo, mientras escribía—. Pensará que hemos perdido el juicio. Pero, a pesar de todo, debo decírselo».

Después de hacer lo que Kial había indicado, Tivo y Elavel regresaron junto a él, quien dijo así:

—Es el momento de partir. Subid a mi espalda.

Se volvió y los muchachos vieron que de cada uno de sus hombros pendía una correa a guisa de estribo. Kial les indicó que pusieran los pies sobre su base y se agarraran con las manos a los tirantes. En cuanto estuvieron bien sujetos, el hombre-murciélago extendió las alas y comenzó a volar.

Subieron muy alto. Desde donde estaban, Tivo y Elavel veían extenderse la Tierra bajo sus pies. Volaban muy aprisa y las montañas, los campos sembrados, las llanuras, bosques y desiertos se deslizaban bajo ellos con tal celeridad, que les dio la sensación de estar inmóviles en el espacio y que era la Tierra misma la que se movía en sentido opuesto.

Nunca supieron cuánto duró aquel viaje. Tal vez horas, tal vez días, quizá semanas. De pronto vislumbraron una elevada cadena de montañas que se acercaba. Parecía que volaban directamente hacia las cumbres nevadas, ¡iban a estrellarse! Pero en el último instante comprendieron que no corrían el menor peligro, pues Kial sabía lo que hacía. Se introdujo hábilmente entre los picos, mientras descendía y disminuía la velocidad de su marcha. Pocos minutos después se posaba grácilmente sobre una roca en el interior de un amplio valle encerrado entre dos ramales de la cordillera. Kial dijo:

—Podéis bajar. Aquí nos encontramos por primera vez y aquí hemos de separarnos. Desde este punto no os será difícil regresar a Tiva.

—¿Puedes decirnos, señor, qué ha sido de las otras seis piezas del rompecabezas? —preguntó Tivo.

—Aun no ha llegado su hora. Pero algún día volverán a reunirse y todas juntas formarán un nuevo objeto mágico, mucho más grande y mejor que el primero. Entonces regresaré.

—Pero tú, ¿a dónde vas a ir? —se atrevió a preguntar Elavel.

—Yo he de marchar a mi casa, que está muy lejos de aquí. Pero no temáis. Mi amor os acompañará siempre.

Dichas estas palabras, Kial desapareció. Asombrado, Tivo comenzó a mirar en derredor y levantó los ojos al cielo pensando que quizás habría emprendido el vuelo. Pero Elavel le dijo:

—No le busques, no lo encontrarás. Ha regresado a su casa, como nos dijo. — Pero no había tristeza en sus palabras.

No sucedió ningún incidente digno de mención durante el viaje de regreso a Tiva. Después de descender el Valle Perdido hasta la catarata donde se originaba el río Itin y seguirlo hasta su desaparición, penetraron en el desfiladero y tuvieron que adentrarse en el Gran Bosque, aunque no por mucho tiempo: el ruido del río subterráneo les guió por el camino más corto. La travesía del bosque duró solamente un día y ninguna fiera les cortó el paso. Tan pronto como encontraron los ojos del río Itin, donde éste surgía de nuevo a la superficie, siguieron su orilla izquierda y pocas horas después abandonaron para siempre la selva tenebrosa. Estaban, por fin, en tierras de Tiva.

Dos días más tarde entraban en Itin. La noticia de su regreso corrió por la ciudad como reguero de pólvora. El príncipe salió a su encuentro ante las puertas del palacio y, emocionado, abrazó a su hija menor. Luego se inclinó ante el rey y habló:

—Majestad, debo darte las gracias porque sé que la empresa que te alejó de Itin tenía como objetivo la curación de mi hija Aguamarina. Sin embargo, debo también expresar mi desaprobación por la forma furtiva en que escapaste de mi casa, que considero una grave muestra de desconfianza hacia mí.

—Es inútil lamentar el pasado, príncipe de Itin —exclamó Tivo—. Hora es de alegría, no de resentimiento. Aguamarina espera.

—¡Habéis descubierto el remedio! —exclamó el príncipe. Pero Tivo, sin contestarle, entró en el palacio y se dirigió a las habitaciones de la princesa. Sólo Elavel y su padre se atrevieron a seguirle.

El aspecto de Aguamarina era, si cabe, aún peor de lo que Tivo recordaba. Sin vacilar un momento se acercó a ella y le impuso las manos en la frente. El efecto fue inmediato. El tinte verdoso de su rostro desapareció, convirtiéndose simplemente en una acentuada palidez. Sus párpados se movieron y sus ojos se abrieron. Movié los labios con dificultad y habló:

—¿Eres tú, Tivo? He tenido unos sueños horribles.

Luego, el agotamiento provocado por su larga enfermedad se apoderó de ella. Cerró los ojos y durmió profundamente. Era evidente que estaba curada y una buena alimentación y abundante reposo harían maravillas.

Una semana después, Aguamarina pudo abandonar el lecho. Tivo permaneció aún con ella durante un mes. Después se despidió del príncipe de Itin y de sus hijas y emprendió el camino de regreso a la capital.

Toda la ciudad estaba engalanada cuando, quince días más tarde, el rey y su séquito se aproximaron a las puertas de Tiva. Tan pronto como fueron avistados por los vigías, cien trompetas proclamaron la noticia. Las puertas de la ciudad se abrieron y un cortejo presidido por Taria, el regente, salió a su encuentro. Cuando llegó junto al rey, Taria hincó la rodilla en tierra, le besó la mano y dijo:

—Señor, has demostrado ser más digno de llevar el cetro de Tiva que cualquiera de tus antepasados. Lo que ellos perdieron, tú lo recobraste. Por consiguiente, en este acto te hago entrega de todos tus poderes y renuncio a mi cargo de regente.

Tivo se inclinó, le abrazó y le instó a que se levantara.

—Lo que he conseguido no lo he hecho solo, sino con ayuda de muchos y en realidad no es mérito de ninguno. Yo no soy más que el primero de los reyes de la nueva era y apenas he ayudado a recuperar la primera pieza del rompecabezas mágico. Queda mucho por hacer. Pero el amor de Kial estará siempre con nosotros y nuestros descendientes. Más pronto o más tarde, el éxito está asegurado. En cualquier caso, no debes abandonar tu puesto a mi lado. Soy joven e inexperto y necesitaré tu consejo.

Las dos comitivas hicieron entonces solemne entrada en la capital, entre los vítores de los ciudadanos.

La coronación oficial de Tivo se demoró dos meses, hasta que Aguamarina se encontrara en condiciones de emprender viaje. El propio príncipe de Itin la acompañó a la capital, donde también habría de celebrarse la boda que la convertiría en reina del país de Tiva.

Una vez finalizadas ambas ceremonias, tuvo lugar una solemne recepción en la que todos los nobles prestaron vasallaje al rey y la reina. Cuando le tocó el turno a Elavel, Tivo se levantó del trono, la abrazó y dijo:

—Recibe, hermana mía, toda la expresión de mi cariño y mi agradecimiento por tu inestimable ayuda. Como el príncipe de Itin no tiene hijos varones, y aunque no es costumbre en este reino que las mujeres ejerzan cargos de gobierno, en este acto te nombro princesa de Itin, con derecho a la sucesión de tu padre.

Un aplauso general respondió a estas palabras. Aguamarina abrazó y felicitó a su hermana. Ésta no sabía hacia dónde mirar. Comprendiendo que todos esperaban que respondiera, dijo:

—No he tenido hasta ahora ocasión de agradecerte lo que hiciste por mí durante la última etapa de nuestro viaje, rey Tivo. Ahora quiero que sepas que muchas de las cosas que dije contra ti fueron efecto del excesivo acaloramiento. Estoy convencida de que serás un excelente rey de Tiva y de que harás feliz a mi hermana Aguamarina.

—Sólo espero que tú seas tan feliz como yo lo he de ser —respondió el rey.

El reinado de Tivo XVI fue largo y beneficioso para el país. Dos años después de la coronación, Tivo recibió un emisario del lejano reino de Klír, con un mensaje del nuevo rey, ofreciéndole palabras de paz y amistad. Supo así que el plan de Toral había tenido éxito e incluso tuvo noticias de aquél, que ahora ocupaba un cargo importante en el gobierno de su país. Seguía siendo, al parecer, tan escéptico como antes, aunque no permitía que nadie hablara mal de Kial en su presencia.

Cuando su padre murió, Elavel asumió el gobierno de la ciudad de Itin, contrajo matrimonio con un noble caballero y tuvo muchos hijos. Durante largo tiempo no se emprendió ningún otro intento de recuperar las restantes piezas del rompecabezas mágico.



MANUEL ALFONSECA (Madrid, 1946). Escritor y catedrático de universidad español. Es hijo del pintor y escultor Manuel Alfonseca Santana.

Es doctor Ingeniero de Telecomunicación y licenciado en Informática. Trabajó veintidós años en IBM (1972-1994), donde alcanzó el nivel de Asesor Técnico Senior. Ha sido profesor de las Universidades Complutense, Politécnica y (actualmente) Autónoma de Madrid, donde ha sido catedrático (actualmente profesor honorario) y fue director de la Escuela Politécnica Superior (2001-2004). Ha publicado unos doscientos artículos técnicos en castellano y en inglés y numerosos artículos de divulgación científica como colaborador de La Vanguardia de Barcelona y del blog de la Asociación Española de Comunicación Científica.

Ha colaborado con científicos de los centros de investigación de I.B.M. en Winchester (U.K.), Yorktown Heights, Hawthorn, San Jose y Santa Teresa (U.S.A.), y Tokyo (Japón).

Sus investigaciones han dado lugar a artículos publicados en revistas y libros internacionales de prestigio, como I.B.M. Journal of Research and Development, I.B.M. Systems Journal y revistas del A.C.M. y del IEEE. También ha publicado cinco libros de texto, varios libros de divulgación científica y numerosos artículos de este tipo en un periódico de gran difusión. Ha dirigido diversos proyectos internacionales que se han plasmado en dieciséis productos internacionales de I.B.M. más otros cinco internos de esta compañía. Ha sido investigador principal en varios proyectos del Plan Nacional de Investigación español y ha dirigido siete tesis

doctorales. Ha impartido conferencias acerca de sus trabajos de investigación en instituciones de prestigio de diversos países, como diversos centros de investigación de I.B.M. en U.S.A. y Japón, o en las conferencias europeas de usuarios de dicha empresa.

Ha publicado varios libros de divulgación científica y 24 considerados como literatura infantil y juvenil, habiendo obtenido el Premio Lazarillo en 1988 y el IV Premio La Brújula en 2012. También fue finalista del Premio Lazarillo en 1987 y del Premio Elena Fortún de 1988. Tres de sus libros han aparecido en la lista de honor de la CCEI, uno de ellos como finalista del Premio.